Alberto Nin Frias

Estudios religiosos

F. Sempere y Compañía, Editores
Calle del Palomar, núm. 10
VALENCIA

Librería y Papelería
DEL
CORREO
MAXIMINO BARRIO

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y C.ª—Valencia

ESTUDIOS RELIGIOSOS

Del mismo autor publicada por esta Casa

Ensayos de crítica é historia.—Una peseta.

CARTA-PRÓLOGO

Salamanca 13 de Diciembre de 1906.

Señor don Alberto Nin Frías.

¡Ay mi buen amigo, y en qué torbellino me veo metido! He de dar dos clases diarias, despachar el rectorado, atender á colaboraciones fijas como la de La Nación, *de Buenos Aires, y luego una correspondencia que cada día crece, sobre todo con americanos, y añada que preparo tres libros, el primero de versos. Y paseo á diario, gracias á lo cual y á esta excelente constitución física con que Dios me regaló, resisto todo ello sin resentirme. Ahí sólo, en Montevideo, tengo tres amigos de los de primera, de aquellos con quienes me gustaría departir de largo, que son: don Juan Zorrilla de San Martín, don José Enrique Rodó y usted.*

Pero hagan cuenta que hablo con mis amigos en mis escritos públicos, y en mis libros, La vida

de don Quijote, *pongo por caso, les habrá hablado de mí.*

Con usted querría departir—á ver si llego á ir por esas tierras, que lo deseo—muy en especial del cristianismo en esa América.

Yo no sé por qué el protestantismo histórico no acaba de satisfacerme y me parece poco adecuado para los pueblos que llamamos latinos. Cierta estrechez de criterio, y por mucho que quieren sacudirse de ello siempre conservan un supersticioso culto á la letra. Tal vez en el fondo sea el católico más racionalista, por ser más pagano, que el protestante, que es más fideísta. Los cristianos educados en el catolicismo, cuando dejan éste siguiendo cristianos están más prontos á aceptar los resultados de la exégesis libre.

Lo que creo se prepara, es un cristianismo á secas, un cristianismo amplio y universal, igualmente elevado sobre catolicismo y protestantismo, sin dogma católico ni protesta protestante, algo á que confluyen la tendencia del abate Soisy—cuyos dos preciosos libros L'Evangile et l'Eglise *y* Autour d'un petit livre *conocerá usted—y de Harnack de otra parte, por ejemplo. En todas partes se camina á algo que es á modo de una síntesis ó una depuración de las distintas confesiones cristianas en aquello en que se asemejan. Y si el catolicismo tiene que dejar todo lo específico suyo, que es, digamos, como un 80 por 100 de su contenido, también el protestantismo tiene que*

dejar del suyo aunque sólo sea un 20 por 100. Tiene que dejar el literalismo y la doctrina de la inspiración verbal de las Escrituras. Hay que ir al cristianismo puro, dejando hasta el dogma de la divinidad de Jesús, en que no creyó Jesús mismo.

Hasta otra. Sabe es su amigo afectísimo

MIGUEL DE UÑAMUNO.

Sobre el espíritu filosófico del autor

No hace mucho tiempo que, comentando otro libro de Nin Frías, señalaba yo lo diferente, y aun opuesto, de nuestros respectivos puntos de partida, en nuestra orientación ideal. El procede—decía—del protestantismo, yo del helenismo; pero después de notar esta diferencia agregaba que, á pesar de ello, nuestros espíritus se aproximaban más cada día y convergían á un mismo término, porque toda gran ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección á la armonía, á la amplitud, á la comprensión de todo lo bueno, á la amistad con todo lo hermoso.

Y he aquí que ha llegado la ocasión de que luchemos juntos, porque esta es la hora en que me ha tocado asumir, contra ciertas tendencias, la defensa de la tradición cristiana y del ideal cristiano, á pesar del paganismo de mi imaginación y de mi gusto artístico.

He explicado recientemente cómo cabe participar sin contradicción de ambas devociones. La obra de Grecia perdura en lo mejor de nuestra mente: es el sentido de lo bello, la investigación metódica, el pensamiento libre. Sin la persistencia de esta obra, el cristianismo sería un veneno que consumiría hasta el último vestigio de civilización. Las esencias más salutíferas, los específicos más nobles, son terribles venenos tomados sin medida ni atenuante. Es una gota de ellos lo que salva; pero no por ser una gota deja de ser la parte esencial en la preparación en que se les administra. Lo que en la redoma del farmacéutico da el olor aromático, el color, la eficacia medicinal, la virtud tónica es, á menudo, una gota diluída en muchas partes de agua. El agua fresca y preciosísima, el agua pura de la verdad y la Naturaleza, es lo que Grecia ha suministrado al espíritu de nuestra civilización. Agradezcamos esta agua, pero no desconozcamos por eso la gota de quinta esencia que la embalsama y le da virtud de curar y la guarda de que se corrompa.

Ambos principios han llegado á reunirse en la complejidad de nuestra alma, en nuestro concepto de la vida; pero no sin conflicto frecuente, no en síntesis perfecta y estable, sino más bien como mezcla que sólo se consigue por la tenaz agitación del vaso en que los dos elementos se contienen. La concordia definitiva,

la unión íntima y segura, ¿es asequible y se producirá alguna vez? Cabe esperarlo de esta misteriosa alquimia que tiene por laboratorio el tiempo, y por material las ideas y los sentimientos humanos.

Uno de los conductores de almas que en nuestro ambiente pueden cooperar con más eficacia á esa tarea es, sin duda, Nin Frías. Pertenece al escaso número de los escritores que, en nuestro idioma, tratan con amor y conciencia el problema religioso (así lo ha reconocido Unamuno), y suyo es principalmente el mérito de haber atraído á ese alto objeto la atención de nuestra juventud. Su interpretación y comprensión del cristianismo es amplia, delicada y profunda, y no excluye un vivo y justo sentimiento del espíritu clásico. Este cristiano sabe el modo de sacrificar, sin inconsecuencia, en el altar de las Gracias. Tiene un hondo sentido moral y religioso, y tiene además un claro sentido de lo bello.

José Enrique Rodó.

Du Dictionaire International des Écrivains du Monde Latin

Littérateur et critique, journaliste et professeur, a revélé, dans son jeune âge, un rare talent, un esprit original et une érudition peu commune.

Né á Montevidéo, il a fait son éducation en Angleterre, en Belgique et en Suisse, se formant á l'école critique et positive des Taine et Carlyle. Mais son positivisme n'est jamais pesimiste: sa vision de beauté et de vérité l'emporte toujours: «J'aime le suggestif», dit-il; la suggestion du bien, la suggestion du beau, font de ce jeune homme un intellectuel exquis.

Il a fondé á Montevidéo la Société Cervantes, et il travaille avec toute son ardeur á relever le niveau intellectuel de son pays. La critique littéraire a acueilli avec enthousiasme les premiers essais de ce jeune et puissant littérateur, qui semble destiné á jouer un rôle considérable et bienfaisant dans l'Uruguay.

Sur les traces de ces deux maîtres, Renan et Taine, il ateindra á son tour les hauteurs.

On lui doit aussi un essai en français sur *La religion de Taine* (1900), un essai sur *Cervantes* (1900), á l'occasion de la création de la société littéraire internationale de ce nom; mais surtout des *Ensayos de crítica é historia y otros escritos* (1902), 309 pages; *Nuevos ensayos de crítica* (1904), 250 pages. A la fin de cet intéressant volume, se trouve une bibliographie compléte des écrits de ce jeune et brillant littérateur en voie de devenir á son tour un maître.

On lui doit en plus *L'Arbre*, livre de lecture pour les écoles primaires de son pays, en vue de la propagande pacifiste. Ce livre est pieuseument dédié á la mémoire d'Elisée Réclus et á la sympathie pour son frère Onésime, deux auteurs favorits du jeune écrivain.

En outre il a publié cette année 1906: *Études sur Jésus et son influence*, 120 pages; *Essai sur la vie de l'étudiant et ses rapports avec la morale*, qui a été le sujet d'une conférence donnée á l'Université de Montevidéo (1906); en ce moment il prépare un volume avec ses meilleurs essais édité par la maison Sempere, de Valence (Espagne), et un étude sur le celebre styliste et penseur uruguayen J. E. Rodó.

Ajoutons qu'il y a quelques jours le grand journal argentin *La Nacion* a publié un article fort important de Nin Frias. Or, chacun sait

avec quel soin l'organe de Buenos-Aires trie les travaux qui lui sont remis. Acueillir l'œuvre de Nin Frias c'est un nouveau et serieux hommage pui lui a été rendu.

Rome, 1906

DATOS BIOGRÁFICOS DEL AUTOR

Por César L. Rossi

Nació en Montevideo, el 9 de Noviembre de 1879. Él puede repetir, respecto de sus antepados, la frase de Marco Aurelio, el piadoso emperador romano: «Recibí de mi abuelo costumbres apacibles, paciencia inalterable; de mi padre, vigor, y de mi madre, instintos piadosos, generosidad: no solamente no hacer nunca el mal, sino que tampoco pensarlo siquiera.»

En 1887, su padre, el doctor Alberto Nin, presidente entonces del S. Tribunal de Justicia, fué nombrado encargado de negocios en Inglaterra, trasladándose á ese país con toda su familia. El joven Alberto continuó allí sus estudios primarios. La familia del doctor se trasladó á Wíndsor, preciosa ciudad donde residen con preferencia los reyes de Inglaterra. En este ambiente pintoresco y poético se deslizó la soñadora infancia de Nin Frías. La influencia del medio de que nos habla Taine—el gran maestro

de Nin Frías—, determinó en éste una admiración muy pronunciada por las bellezas de la Naturaleza, de la cual ha sido siempre un observador amante y sagaz. Espíritu esencialmente religioso, las serias cuestiones del destino humano tenían un lugar preferente en su pequeña vida intelectual.

Á los catorce años hizo un viaje á Italia, en compañía de sus padres. Varias veces, en íntimas confidencias, nos ha hablado de ese viaje, y siempre notamos que guarda un recuerdo dulcísimo de aquel magnífico país: su libro de viaje es la mejor prueba de ello. Y notamos también que, aunque muy joven todavía, ya observaba las cosas de una manera seria á la vez que picaresca. Sin duda, esas circunstancias tuvieron una gran influencia para su amor por la Historia y el Arte.

Algún tiempo después, volvió con su familia á Montevideo, donde permaneció seis meses. De nuevo en Europa, ingresó al Colegio Internacional de Ginebra (Suiza), donde hizo sus estudios de francés y siguió el curso de bachiller en ciencias. Pasó luego á Berna para estudiar el alemán y continuar luego sus estudios superiores en Alemania. Su conversión al cristianismo evangélico es una de las páginas más interesantes del libro de su vida, tan rico en experiencias morales é intelectuales. Las primeras manifestaciones que de la libertad para

elegir el camino de su salvación eterna recibió, fué en Windsor, donde conoció la Biblia. Es sabido que en las escuelas inglesas las clases comienzan por la lectura de las Sagradas Escrituras.

Nin Frías, en su carácter de católico, fué privado de asistir á esas clases; pero él halló el medio de anular esa disposición, yendo á escuchar, detrás de la puerta, los cursos bíblicos de sus jóvenes condiscípulos. Su joven imaginación sintió ansias de esa lectura, y tanto habló de ella á sus padres, que éstos concluyeron por tolerar sus inclinaciones á la Biblia, regalándole un ejemplar de la *Vulgata*, ejemplar que nuestro distinguido amigo conserva como un precioso tesoro de su infancia. Nos cuenta que su ocupación preferida, su diversión más amada, consistía en reunir, los domingos, á sus pequeños hermanos y enseñarles la historia del pueblo de Israel y los cánticos sencillos y conmovedores de los himnarios evangélicos.

Quizás sea por la comunión de ideas, pero podemos asegurar que la faz más interesante de este «joven filósofo» (como lo ha sancionado la crítica) la vemos en sus ideales religiosos. ¡Cuántas veces nos extasiamos, soñando en cosas lejanas, al escuchar á Nin Frías en sus conversaciones sobre el «más allá»... sobre su inmensa fe en una vida futura!...

Los gérmenes de cristianismo recibieron su

sazón en Berna, donde asistió con frecuencia á la Iglesia reformada, haciéndose bien pronto un espiritualista convencido. Desde entonces el espíritu de San Pablo y Lutero—esa fortaleza de carácter que sólo el cristianismo puede generar—han impreso un sello característico en todos los numerosos y profundos escritos de Nin Frías.

En aquella época, su padre había sido ministro plenipotenciario de nuestro país en Bélgica y Suiza, además de Inglaterra, pero ciertas circunstancias de orden privado determinaron al doctor Nin á regresar al Uruguay.

Nin Frías, que había ingresado al colegio de San Luis de Bruselas, se vió en la precisión de abandonar sus cursos y seguir á su padre á América.

El director del Colegio Internacional de Ginebra había dirigido, poco antes de abandonar la Suiza, al doctor Nin una carta que hemos leído y constituye una profecía, hoy hermosamente cumplida, sobre lo que sería el talento y el carácter de nuestro biografiado.

Definitivamente en su patria, Nin Frías ha ocupado distintos puestos, revelando en todos condiciones excepcionales. Ha sido encargado de sección en el Museo Pedagógico, y hoy desempeña el puesto de Bibliotecario en la Cámara de Representantes. Profesor de idiomas en la Facultad de Comercio, sustituto de Filosofía,

catedrático de Inglés en la de Preparatorios de nuestra Universidad. En este primer centro de enseñanza, Nin Frías es justamente muy solicitado: formó parte del tribunal examinador en el concurso para llenar la cátedra de Francés, y se le llama para todas las mesas examinadoras de idiomas y Filosofía.

El 28 de Octubre de 1905, inició con los jóvenes Juan Carlos Gómez Folle y Wáshington Paullier un Comité de juventud intelectual colorada, para manifestar al doctor Claudio Williman la simpatía con que era recibida su candidatura entre el elemento joven. Dicha iniciativa, como se sabe, tuvo el más franco y brillante éxito, recibiéndose, desde un principio, numerosas adhesiones de los departamentos. Esos trabajos fueron continuados activamente, y después de la Asamblea verificada por la Juventud Colorada en el Instituto Verdi, dió origen al actual Comité Pro-Williman de la Juventud.

Es socio corresponsal del Ateneo de Guatemala, corresponsal de *El Mundo Latino*, de la Sociedad Heleno-Latina de Roma, del Ruskin Hall de Oxford, de la *Revista positiva* de Méjico, de la *Revista de Derecho, Letras é Historia* de Buenos Aires, de la *Revue Américaine* de Bruselas, de la *Ilustración Sudamericana*, etcétera, etc.

Ha publicado varias obras de aliento, entre

ellas un *Ensayo sobre la Sociedad Cervantes* (de la cual es iniciador); numerosos estudios críticos, históricos y filosóficos, un estudio sobre la religiosidad de Taine, dos volúmenes de Ensayos de crítica é historia, varios estudios en las revistas más importantes de Sud-América, una conferencia sobre la vida del estudiante y la moral, *Estudios sobre Jesús y su influencia,* un libro de lectura, *El Arbol*, y otros muchos escritos, en los que campea su maravilloso espíritu de pensador y observador.

Á la extensa lista de sus escritos, habría que agregar ahora el tomo de *Ensayos de crítica é historia* que la Casa Editorial Sempere, de Valencia, acaba de publicar. La importancia de esa biblioteca es de todos conocida: en los libros que ha publicado está el torrente de luz que iluminará la futura grandeza de Hispano-América. Un crítico justiciero ha señalado esta aparición en los siguientes términos:

«La obra de Nin Frías, bajo la etiqueta de la casa Sempere, recorrerá todos los países de habla castellana, llevando á ellos, por vez primera en esa encuadernación, una voz del pensamiento uruguayo.»

(Publicado en el *Trabajo*, de Canelones.—Año I. núm. 9.)

ENSAYO

sobre las obras que la Casa Sempere ha publicado acerca del cristianismo

ENSAYO

sobre las obras que la Casa Sempere ha publicado acerca del cristianismo

---

I. El cristianismo según la Iglesia libre. (Análisis de las ideas del profesor T. M. Lindsay, de Glásgow.)—II. El cristianismo y sus comentadores: Strauss; Renán; Mæterlinck; Tolstoi; Draper; el barón d'Holbach; Nietzsche; el nuevo realismo y el antiguo idealismo; el ideal de Occidente y el ideal de Oriente; la misión de la ciencia; el verdadero cristianismo; necesidad de nuevos ideales; lucha de tendencias; un juicio de Max Nordau.—III. El ideal insustituíble; el testimonio del positivista Juan Morley; de Goethe; de Spencer; del psicólogo Guillermo James; una invitación para el estudio de estos problemas. Reflexiones finales.

I

Debido á la gentileza nunca desmentida de esta Casa Editorial hacia el pensamiento elevado y culto, publico estos estudios religiosos. Contribuyo así con mi pequeño esfuerzo á presentar al neo-cristianismo. En mí no habla el

creyente á ciegas, ni el protestante liberal, que he sido desde los quince años, sino el profundo amigo de la ciencia y de la belleza moral que expresa en esta forma el agradecimiento por cuanto el cristianismo ha contribuído á mis satisfacciones físicas, morales é intelectuales, por cuanto me ha hecho atisbar la inmarcesible armonía del Universo.

La humanidad no debe ni puede vivir en el pasado, pero es su deber continuarlo bajo formas más perfectas. Una imagen sugestiva y verdadera á la vez del concepto de la vida y del progreso era aquella que perpetuaba en Atenas la fiesta simbólica de las *lampadophorie*. Para esa solemnidad se colocaban varios ciudadanos á cierta distancia unos de otros formando una cadena. El primero del círculo encendía una tea en el fuego del altar, y luego la transmitía, tal como la había recibido, al otro, y así sucesivamente. Cada uno de los concurrentes sólo debía preocuparse de conservar el brillo de la llama. Así es la vida mental, así es la luz del cristianismo, que lleva en la mano nuestra civilización.

Nuestro deber presente no es extinguirla, sino buscar su mayor esplendor, á fin de que se extienda la visión de lo bello y moral á todos los seres.

¿Pertenece la filosofía cristiana á un régimen que cesa ó á uno que se afianza?

La lectura de estos *Ensayos* por un lado y las obras de Ernesto Renán, Draper, David Strauss, de Mæterlinck, Merejkowsky, Tolstoi, Nietzsche por otro, podrán sugerir al lector consciente una idea cabal de la elevada teoría cristiana.

Cualesquiera pueda ser la opinión definitiva que adopte la sociedad futura respecto al cristianismo, no podrá negársele, á la par de los grandes sistemas filosóficos y morales del mundo, el haber sido una brillante y vigorosa etapa de la mente humana en la ruta áspera hacia sus inmortales destinos.

La palabra cristianismo proviene del adjetivo *cristiano,* que á su vez se deriva del griego *cristos*, es decir, ungido; en su más lato sentido se aplica á la religión introducida por el hebreo Jesu-Cristo y comunicada á sus discípulos.

Está constituído por dos elementos: el uno *objetivo*, la revelación de la mente infinita al hombre á efectos de su salvación; el otro *subjetivo,* la posesión de esta manifestación y lo que implica para el ser humano, mediante la fe.

La vida de Jesús y de su pueblo, que constituye la esencia del cristianismo, se manifiesta en una organización visible y externa con ob-

jeto del culto, que vulgarmente se llama iglesia.

Pero este culto no es el cristianismo, y aun menos lo son las diversas instituciones y ceremonias por las cuales se efectúa el culto.

El cristianismo no puede menos de afectar poderosamente todo el elemento intelectual de la vida del hombre... El cristianismo no puede menos de diferir de Platón y Aristóteles en su concepción de Dios. Él considera al pecado como algo que se extiende á toda la raza humana, mientras que el pagano lo cree un error ó desgracia de los individuos... La teología y el cristianismo son dos cosas muy distintas...

Las críticas hechas al cristianismo por las Dietas, reforzadas por los enciclopedistas (1), de que Jesús era un charlatán y que todo su sistema se basaba sobre el fraude, han desaparecido. Otros han creído ver en él una de las tantas religiones que contiene parte del patrimonio de las grandes verdades. Este es el punto de vista evolucionista.

La escuela de Tubinga, á la que pertenece Strauss, ha sugerido el método seguido por la mayor parte de los filósofos supernaturistas. Su método consiste en una crítica negativa, ingeniosa, para separar los elementos primitivos del

---

(1) V. *Moisés, Jesús y Mahoma,* por el barón d'Holbach.

cristianismo, tales como se presentaron en la mente de Jesús y los comunicó á sus discípulos, y los demás elementos agregados después por adherentes más filósofos.

Este sistema tiende á explicar cómo surgió la armonía actual del conflicto entre las dos tendencias opuestas, es decir, entre el judaísmo y el antijudaísmo.

Para estos comentadores, Jesús es un rabino judío y su religión sería no sólo producto suyo, sino la combinación de sus ideas con elementos pertenecientes á la civilización romana, á la filosofía griega y á la oriental. Todo esto se prueba por evidencias internas y en la premisa de que el cristianismo no es un producto sobrenatural. Para los que niegan lo sobrenatural, el cristianismo sólo es una fuerza moral... La Biblia y el cristianismo no pueden separarse, mas existen con respecto al libro dos opiniones fundamentalmente distintas. Los naturalistas lo consideran como un compendio de verdades abstractas, que pueden condensarse en dogmas y resumirse en credos, mientras que aquellos que se atienen más á la interpretación espiritual del cristianismo estiman á la Biblia como un medio por el cual Dios se revela al lector creyente... El cristianismo no es meramente una revolución social ó paso natural en la marcha del progreso

humano. Es una religión cuyos orígenes no hay que buscar dentro de la naturaleza humana, sino fuera de ella. El cristianismo empezó su carrera en el mundo en una época política, social y religiosa singularmente propicia al advenimiento de una nueva religión universal y espiritual.

El cristianismo, al solucionar el problema de su conexión con el judaísmo, acertó en cuatro grandes cuestiones, pero al mismo tiempo incurrió en cuatro grandes errores. Estos últimos fueron el dar á la fe el ascendiente intelectual al prestar á la Biblia un aspecto completamente intelectual, al delinear los credos infalibles y al conferir á una clase privilegiada el poder de interpretar las Escrituras y regularizar la disciplina eclesiástica. Las causas de sus rápidos progresos, pueden reducirse á estas cinco que formuló Gilbbon:

1.ª, el inflexible celo de los cristianos, proveniente del judaísmo, pero desligado del espíritu estrecho é insociable, que en vez de atraer á los gentiles á la ley de Moisés, los había alejado de ella; 2.ª, la doctrina de una vida futura, mejorada por una circunstancia adicional, que podía dar peso y eficacia á esa importante verdad; 3.ª, los poderes milagrosos atribuídos á la Iglesia primitiva; 4.ª, la pura y austera

moral de los cristianos; 5.ª, la unión y disciplina de la República cristiana, que gradualmente llegó á constituir un Estado independiente dentro del corazón del imperio romano.

Tres eran las razones que daban los paganos al convertirse al cristianismo:

1.ª, la sublimitud y la sencillez de las doctrinas cristianas sobre Dios, el pecado y la salvación; 2.ª, la noble pureza de la vida cristiana, y más especialmente la de la mujer cristiana; 3.ª, la grandeza de la doctrina de la creación, contenida en el Antiguo Testamento...

La influencia política del cristianismo es tan noble como su poder moral; influyó mucho sobre el paganismo, en cuyo seno fué arrojado.

Fué el cristianismo quien comunicó al mundo estos dos grandes factores de la libertad civil: una opinión pública consolidada y un sistema eficaz de gobierno representativo...

La tranquila influencia ejercida por el cristianismo sobre la mente humana, y especialmente sobre las investigaciones científicas, es demasiado importante para no mencionarla. Los escritores anticristianos se han combinado para hacer resaltar la hostilidad existente entre la religión y la ciencia.

...Semejantes críticas se parecen á los movimientos para derribar la escalera con la cual ha

ascendido al sitio que ocupa. El cristianismo no creó la filosofía ni la ciencia... Estos fueron los últimos vestigios de la civilización pagana que se opusieron á la conquista cristiana.

Muy pronto, sin embargo, la filosofía y el cristianismo hicieron las paces, y en los escritos de San Agustín hallamos el más noble platonismo junto á la más elevada teología cristiana.

Lo cierto es que la ciencia tiene necesidad de construir sobre el fundamento provisto por el cristianismo, base que el paganismo no tiene la aptitud de dar, ó por lo menos nunca dió.

La ciencia presupone y reposa sobre la unidad y uniformidad del universo, y esta idea, estrictamente hablando, es un concepto cristiano. Aristóteles, el más científico de los filósofos de la antigüedad, no fué capaz de concebir la uniformidad de la Naturaleza según el sentido que esa frase tiene para el pensador moderno.

Sus concepciones de la materia y de la forma, de la potencialidad y de la actualidad y otras, implicaban una sutil dualidad que se oponía á tales ideas.

La uniformidad de la Naturaleza, capacidad del ideal, para realizarse en las cosas actuales siempre tendían á detenerse por una resistencia interna de la materia, opuesta en ocasiones á sometérse á la ley. Fué esta la idea que impedía

el resurgimiento de las ideas modernas concernientes á la uniformidad de la Naturaleza y de la totalidad de las cosas é ideas esenciales á la ciencia.

...El cristianismo no se propuso la solución ni aun el enunciado de problemas científicos; su anhelo de acercarse á Dios lo habilitó para ver ahondar más el problema de la base de la ciencia que lo hubiese podido hacer el pensamiento pagano.

Las doctrinas de la creación y de la Providencia también presentan los fundamentos sobre los cuales se alza la ciencia moderna. La doctrina cristiana de la creación establece que todas las cosas dependen absolutamente de Dios.

Nosotros y todas las cosas nacemos de Dios y de nadie más.

Prácticamente Dios es el todo en todos nosotros, pues todas las cosas se originan en él y sólo dependen de él. La doctrina de la Providencia señala el mismo pensamiento bajo otra forma. El nervio de esta doctrina es que Dios puede y hace concurrir efectivamente todas las fuerzas de la Naturaleza para el bien de su pueblo... De esta suerte la idea de Dios, como creador y conservador de todo, presta una completa unidad al Universo, idea á la cual nunca

llegó la filosofía pagana; ésta originó el concepto de la uniformidad de la Naturaleza, exigido por la ciencia. El proceso mediante el cual el cristianismo hizo penetrar esta idea al intelecto humano, fué largo. Sólo cuando esto hubo sucedido, fué cuando avanzó la ciencia. La tarea de la escolástica fué esa... La corrupción que apareció en el cristianismo se debió en parte al espíritu del judaísmo, á la política mundial de Roma, á la superstición pagana y á la inmoralidad. La transformación del reino cristiano de Dios en una monarquía visible, de la cual las santas eran herederas; el abandono de Roma por los emperadores y el debilitamiento progresivo del poder civil, contribuyeron también á ese resultado. La infiltración en la Iglesia de la concepción hebrea del sacerdocio y del culto simbólico del templo, también fueron factores en la evolución regresivá de la pura y amplia doctrina de Jesús.

He ahí esbozadas á grandes rasgos las ideas de un espíritu evolucionista, la síntesis hermosa y francamente intelectual á que arriba el pensador cristiano cuando no detenido por ningún preconcepto, analiza el Evangelio y su poderoso desarrollo en la historia del mundo. Los pensadores ingleses y norteamericanos que han tratado este tema son legión, pero en un senti-

do casi constantemente opuesto al de los filósofos anticatólicos del Continente. En muchas de las severas críticas y apóstrofes contra el catolicismo ha ido envuelto el cristianismo primitivo. Es necesario deslindar posiciones como los pensadores que he mencionado. No han buscado destruir ni anonadar, sino edificar é iluminar las conciencias con nuevos aspectos de la augusta verdad.

El hombre de nobles tendencias siempre busca unir su esfuerzo al de todas las demás almas bellas. Recuerdo en este momento á un autor con quien he vivido en espíritu por las épocas de vida intensa, que fueron el reinado de Juliano y el Renacimiento. Cuanto hay de insaciable en las aspiraciones del alma humana, las he sentido al leer sus novelas cien veces grandes, mil veces bellas. Scott ni Hugo supieron evocar mejor el pasado, ni Taine adivinar el secreto, el misterio que toda alma bella lleva en sí. Hablo de Dimitry Merejkowsky, cuyas obras son de lo más notable que ha publicado esta Casa Editorial. En esas obras hay arte, hay sabiduría, está el pasado con los caracteres insinuantes de la realidad.

Recuerdo uno de los capítulos de *La resurrección de los dioses* en que se describe el hallazgo de una maravillosa estatua, esculpida

allá en la adolescencia del mundo. El fanatismo de los que se apoderaron del Evangelio para imponer sus ambiciones y caprichos la habia ocultado allí, pensando acaso el que lo hiciera que tras aquella época de pasiones malsanas se sucederían otras de hermosa y libre mentalidad. El cristiano que así pensó, conocía á fondo el maestro. El Renacimiento y la Reforma fueron gemelos; la vuelta al cristianismo primitivo también fué un regreso al arte de Atenas y á la grandeza de su filosofía. Lo ocurrido con la Venus sucedió con las ideas de Jesús; sólo en el siglo pasado pudo contemplársele tal cual se presentó en los valles de Palestina y al borde de los lagos. Como ese símbolo de piedra de la belleza eterna que es la Venus de Milo, él es el complemento viviente, el soplo de vida de ese ser inerte, pero tan poderosamente sugestivo, que los hombres le confunden con lo eterno é impalpable.

La belleza infinita sólo reside en Dios.

II

David-Federico Strauss nació en 1808, cerca de Stuttgart. Después de cursar todos los altos estudios de las universidades, estudió á Schleirmacher y luego á Hegel. Flotó, durante algún tiempo, entre un misticismo exagerado y la negación categórica de todo lo sobrenatural. En el siglo XIX puede considerársele como el más mortal enemigo del cristianismo y un poderoso agitador de conciencias. Fué el creador de la crítica más disolvente hecha al cristianismo.

En 1835 publicó su célebre *Nueva vida de Jesús*, que tan honda impresión produjo sobre viejos y jóvenes en la erudita Alemania. En 1872 publicó, después de cuarenta años de labor intelectual contra la veracidad de los Evangelios, *La antigua y la nueva fe*. En estas obras expone la ruina de todos los misterios cristianos. Aconseja creerlo todo ó nada. Profundas inconsecuencias de criterio se notan entre sus primeras y últimas obras. No posee este origi-

nal innovador de los estudios religiosos la simpatía amorosa necesaria para comprender bien toda obra, cualidad que debe tener todo crítico en el sentir del divino Goethe.

Á pesar de todo su nihilismo, muchas veces desconsolador, no puede morir sin oir las páginas que escribiera Platón sobre la inmortalidad del alma. Quiso embellecer su funeral con el rito helénico, y que por encima de los lamentos de los suyos resonaran los sutiles acordes de Mozart.

Strauss sugiere mucho, pero no convence, porque por encima de la dialéctica más sutil y la argumentación más lógica está la ambición humana, el instinto, el presentimiento de un progreso indefinido para el cerebro humano, que finalmente penetrará los grandes misterios...

Strauss ha ejercido una influencia enorme sobre el libre pensamiento moderno. Sin él, Renán no hubiese sido. Ninguno que desee estudiar el pensamiento cristiano, sus crisis, su evolución, sus triunfos y sus derrotas, puede dejar de leerlo.

La vida de Jesús por Renán es, ante todo, una obra de arte, modelo de panfleto, escrito en un francés impecable y con tendencias á la novela histórica. Nada más hermoso y seductor que la dedicatoria de esa obrita, adornada de

la más pura belleza. Esta obra embellece, singularmente, el concepto humano del Cristo.

En su *Anticristo,* sus *Estudios religiosos, El Evangelio y la segunda generación cristiana, Marco Aurelio* y *El fin del mundo antiguo,* describe la epopeya del cristianismo en lucha, primero con el judaísmo y luego con el formidable imperio romano. De todos ellos se deduce la suma importancia de la persona de Cristo en la historia y de sus ideas en el porvenir religioso de la humanidad. Renán seduce siempre por el aticismo de su frase elegante, su pensamiento conciso y justo, sus juicios respetuosos y simpáticos sobre el cristianismo que amó profundamente. Sin tratar el punto directamente, Mæterlinck, en el *Tesoro de los humildes* (1), revela á cada paso la dulce nostalgia por el mundo del espíritu, su preocupación por todo lo sutil en la vida humana—cosas todas que el cristianismo incita á comprender y amar—. Como de un bajo relieve se disloca de este libro, tan hermoso como breve, un concepto profundo de la existencia. León Tolstoi, en *La verdadera vida,* semejante á un nuevo Strauss, creyente en la virtualidad poderosa de Cristo y su ley, interpreta su modo peculiar de concebir al cristianismo.

---

(1) Publicada por esta Casa Editorial.

Del fondo de la Rusia, tan deseosa de emanciparse como otrora las poblaciones esclavizadas del imperio romano, sale esa voz austera para saludar en el cristianismo á una doctrina superior, á un sistema social aun por realizarse y á una fuerza de incalculable poder para el bien de la humanidad.

En *Los conflictos entre la religión y la ciencia*, el erudito Juan G. Draper historea el titánico esfuerzo del pensamiento humano por emanciparse no tanto de la religión como del poderío eclesiástico que durante tantos siglos retardó el progreso del mundo. Estudia soberbiamente al catolicismo latino. Esta cuestión es de las que más debieran interesar al español y al americano, pues aun la fe que impusiera la Iglesia allá en las tinieblas del pasado pesa como una capa de plomo sobre nuestra mentalidad.

Es necesario convencerse de que el abismo entre la Iglesia y el espíritu moral moderno se ahonda. La crisis es inminente. Es indispensable poseer todo el bagaje posible para afrontarla con la razón, única arma del pensador.

Bello sería que, como en otras épocas, la Iglesia se pusiera al frente de la civilización. Guyau, ese armonioso espíritu, soñaba en la utilización de las inmensas fuerzas del catolicismo

y de su sacerdocio en la gran obra de regeneración social.

El barón d'Holbach, el célebre enciclopedista, estudia escépticamente la personalidad de los grandes reformadores Moisés, Jesús y Mahoma. Es un buen ejemplo del modo de pensar en materia religiosa de los hombres que con la ironía, el saber y la crítica despiadada, prepararon el advenimiento de la Revolución francesa.

Toda la obra de Nietzsche se encuentra impregnada de crítica acerba al cristianismo. La tendencia manifestada notablemente por el clero católico hacia el aislamiento del mundo y sus legítimos placeres es lo que más rebela á este filósofo, enamorado de la vida y sus satisfacciones.

Al cristianismo opone su concepción darwiniana del superhombre, especie intelectual superior que, á manera de los paquidermos de la historia natural, dominaría por su fuerza á los demás seres.

En su intenso afán de satisfacer su más voluptuosa sed de arte, el filósofo alemán olvida á los microbios, á la plebe, que como aquéllos la salud del cuerpo, dominan al resto de los hombres.

Creo más bien, con un filósofo escocés, que

Wordsworth reveló mayor perspicacia cuando se dirigió á la Naturaleza para percibir la manifestación y el significado espiritual del Universo, y aun más pienso con Goethe que es el espíritu del planeta el tejedor del traje viviente de la Divinidad.

«La lección para el idealista», prosigue esta mente sutil, si me es permitido hacer uso de una frase de Carlyle, es la siguiente:

«¡Cerrad vuestro Browning, abrid vuestro Goethe; cerrad vuestro Berkeley, abrid vuestro Platón; cerrad vuestro Bradley, abrid vuestro Hegel!» «Espero—continúa observando—que cuando se cierren las obras de Browning, Berkeley y Bradley no se las lacrará herméticamente, y que al leer á Goethe, á Platón y á Hegel se hará con ánimo crítico...

»Pero lo que quiero significar con todo esto, es que nuestro deber es aprender á considerar más objetivamente nuestra experiencia, si deseamos toda vez que el mundo se vuelva más inteligible para nosotros. No afirmo de ningún modo que pueda presentarse á nosotros como completamente comprensible en esta vida presente. Esto sólo puede suceder al final del proceso. Creo que éste debe llegar á su término y que veremos las cosas tales como son en verdad. Confieso abiertamente que, en la actual

encarnación, estamos aún en los pasos más elementales de la marcha ascendente, y nuestras mejores teorías tan sólo son hipótesis para proseguir la investigación» (1).

El libre pensamiento, credo de la mayoría de los autores de que he hecho mención, cumple con esta preciosa idea que Ibsen ha expresado tan hermosamente en *Hedda Gabler* (2): «Se respira con mayor libertad cuando se ve algo independiente y valeroso en el mundo, algo iluminado por un rayo de belleza absoluta.»

La verdad única sólo existe en el mundo dividida; para llegar á poseerla, fuerza es conocer todos los aspectos de la cuestión.

Este estudio obedece á esa afirmación, y busco ir al encuentro de todas las ideas con el ánimo abierto y el corazón lleno de afecto. Sigo sereno el principio de Goethe: «La simpatía afectuosa es esencial para la crítica productiva.»

En un hondo libro sobre el ascetismo indio, leí un juicio vigoroso que condensa á maravilla mi pensamiento frente al conflicto entre la sabiduría humana y las ansias del espíritu por el más hallá; helo aquí: «Lo sobrenatural de

---

(1) J. M. Makenzie, *El nuevo realismo y el viejo idealismo.*

(2) Publicada por esta Casa Editorial.

Oriente se basa en los hechos físicos... El dominio británico en la India ha puesto en lucha á dos ideales: el de Oriente y el de Occidente. El hindu discierne el principio de una lucha momentánea entre las fuerzas que trabajan para el renunciamiento del mundo por un lado y para la acumulación de la fortuna por otro la ciencia es un enemigo mortal de lo sobrenatural... El pueblo de la India retendrá durante bastante tiempo el espíritu ascético para continuar la vida sencilla y frugal de sus antepasados, recordando siempre la enseñanza de sus sabios, á saber: que la verdadera riqueza y la libertad no dependen tanto del dinero como del dominio y severa disciplina de los deseos desordenados. Esta ha sido desde tiempos inmemoriales la lección de las más elevadas religionea del Asia y su evangelio para Europa.»

Estas ideas sugieren toda la importancia que puede tener el cristianismo—el genuino cristianismo, despojado de todos los elementos extraños y funestos que le han agregado las religiones positivas—para la sociedad moderna. El objeto espléndido de la ciencia es la conquista física del mundo.

¡Lector! si quieres palpar toda la belleza, intensa poesía y utilidad que hay en ese esfuerzo mental, lee á uno de los grandes cerebros

de la España moderna: á Blasco Ibáñez. Lee su artículo sobre Cajal, el gran español.

Al alma no sólo le satisface la ciencia, sino también el ideal, porque siente sed intensa por lo inasequible. El neo-cristianismo puede aún desempeñar ese rol. España y las naciones de América necesitan de ese soplo ideal. De idealidad ha menester el espíritu hispano, según lo expuso magistralmente el iluminado Unamuno. Blasco Ibáñez también lo deja entrever en su deseo profundo por que España se emancipe de su pasado histórico.

Estos párrafos suyos, estas reflexiones que no hubiese negado el mismo divino Hipólito Taine, lo sugieren á voz en grito:

«¡La religiosidad española!... Los hombres más religiosos de España son los sabios y los escritores impíos, por la razón de ser los únicos que se han preocupado del problema religioso, estudiando, investigando, reflexionando, aunque el resultado de las rebuscas de su pensamiento sea negativo y dé en el suelo con las creencias tradicionales.

»El que llega á la incredulidad por reflexión, es que tiene un alma religiosa, ansiosa por profundizar el supremo misterio que nos envuelve. Pero el buen español que va á misa todos los domingos porque también iban sus padres y

porque van todas las personas decentes; que confiesa y comulga á la hora de la muerte, «porque nada se pierde con ello», y «por si más allá hay algo que no sabemos», y aparte de esto, vive como mejor le parece y se ríe de los curas y desea la desaparición de los frailes, se quedaría asombrado si le dijesen que Salmerón, por ejemplo, es más religioso que ellos, porque ha estudiado los problemas del alma y de la idea de Dios, mientras ellos sólo se preocupan de la última zarzuela del «género chico», ó discuten el cartel que regirá las corridas de toros de primavera. Hombres de ideal á la manera de los filósofos helenos ó de los discípulos de Melanexton son necesarios á la mentalidad de la Península y de este continente.»

En hombres como Unamuno, como Vicente Blasco Ibáñez, como Cajal, como Sorolla, como Rodó, palpita la regeneración, la redención y la orientación hacia nuevas fuentes de salud para el alma.

Es hora de estudiar el cristianismo con amor, sin prevenciones: posee belleza, es grande y majestuoso. En buena hora deshójesele de todo lo absurdo y malo que le han agregado los fanáticos, los perversos, los críticos y vividores, pero júzguesele con respeto. Max Nordau, el vigoroso pensador que desde orillas del Sena

pontifica en nombre de la ciencia, se ocupaba no hace mucho de la cuestión religiosa.

Decía: «Se inicia con esto (la implantación del régimen laico en Francia y la reacción conservadora en Alemania con von Bulow) un experimento sociológico inmenso. Dos grandes pueblos aplican con toda energía en su enseñanza dos sistemas opuestos de educación. Uno pone á la escuela bajo la invocación de la ciencia, y el otro bajo la de la religión. Uno quiere que sepa la juventud, que formará la nación más tarde, y el otro quiere que la juventud crea.

»Tendrá, pues, un interés supremo observar el resultado de los dos principios y de los dos métodos. Como diletante, desearía que los dos países pudieran realizar íntegramente su ideal filosófico, para que el experimento fuese concluyente y definitivo.

»Como alemán, deseo ardientemente que el gobierno prusiano no tenga tiempo de cultivar hasta la cosecha el grano que se dispone á sembrar en la mente de toda la juventud del país. Creo firmemente en la superioridad de la crítica con respecto al dogma, y todo lo temo de la decadencia intelectual, que será la consecuencia de la clericalización despiadada de la escuela prusiana. Creo como él, pero poniendo

á salvo el principio filosófico de la necesidad de la fe en el ideal, en la superioridad de la virtud, de la nobleza, de la solidaridad, del altruísmo, contenidas en el Evangelio, libre de interpretaciones, independiente de toda organización eclesiástica. Cierta parte del clero ha sido el mayor enemigo de la filosofía cristiana.

»Lo infinito está aún por conquistarse; el hombre siempre mirará hacia el cielo, que le ofrece, como á Flammarión, el más vasto campo de la especulación.»

III

Vano es el esfuerzo de suprimir la espiritualidad, la crítica toda, el mal: todo cuanto ha habido por suprimirla, sólo ha obrado sobre las masas ignorantes. Á medida que este idealismo, que la elevada ética del filósofo de Nazaret ha perdido su dominio sobre el bajo pueblo, ha ganado adeptos entre los grandes pensadores cuyo criterio parecía alejado de toda preocupación que no fuera la actividad de los sentidos y la vida actual.

Así, Juan Morley, el eminente político inglés, miembro del actual ministerio liberal, ha dicho con toda sinceridad en su *Vida de Voltaire:* «El común de las gentes acostumbran á desear una revelación, ó si no, encuentran en el ateísmo una síntesis superior á las otras. Se afirman á una nueva transmitida milagrosamente con sus esperanzas correspondientes de recompensa y la comunicación diaria con la divina voz mediante la oración ó el sacramento; de lo contrario, se forjan un mundo que se mueve al través del espacio como una nave monstruosa sin piloto. La concepción deísta, desprovista de toda manifestación externa, que concibe á Dios dotado de poder soberano y suprema clemencia, con un poder irresistible y un espíritu de justicia incuestionable; que ama al hombre tiernamente, pero que al propio no le envía palabra alguna de consuelo y no le señala el camino de la liberación, es una cosa demasiado dura para quienes sobrellevan las cargas de las bestias, conservando conjuntamente la inteligencia dada al hombre.» ¿Y qué se dirá entonces de la humanidad superior? Por lo que á mí se refiere, si bien no puedo probar los motivos de mi fe en el ideal, me eleva de tal modo sobre las contingencias del mundo, volviendo tan hermosa y elevada mi vida, que aunque fuera incierta mi

creencia, la aceptaría de corazón como la más luminosa verdad. Júzguese de la causa por los efectos. En sus coloquios con Erkerman, Goethe se manifestó más vecino al cristianismo que en los días de potente juventud. Goethe puede merecernos toda nuestra admiración; por nuestro amor de la antigüedad, de la cultura y de la belleza, somos sus hijos. Dios fué para él, mientras adoraba con entusiasmos al arte, el intelecto supremo, la razón misma, *el amor absoluto.* El objeto de nuestras oraciones á Dios debiera ser, según él, grandes pensamientos y un corazón puro. En ese cúmulo de bellezas que es *Verdad y poesía,* dice serenamente: «Amo la Biblia, la aprecio y es á ella á quien debo mi cultura moral.» El genial pensador reconoció ampliamente nuestra deuda para con la Reforma cuando dijo: «No sabemos cuántas gracias debemos á Lutero y á la Reforma. Por ellos fuimos delibrados de las cadenas de la mediocridad espiritual, nos hemos hecho capaces, por una cultura creciente, á remontarnos á la fuente, á conocer el cristianismo en su pureza. Desde aquí en adelante tenemos el coraje de marchar con paso firme sobre la tierra de Dios, volviéndonos conscientes á nuestra naturaleza humana, que es una naturaleza divina.» El autor del *Fausto* hablaba con un respeto singular de

Cristo: «Se me pregunta si no es propio de mi naturaleza el manifestarle el respeto de la adoración, y yo respondo:—Seguramente!...» «Se me pregunta si estoy dispuesto á inclinarme delante un falange del pulgar de Pedro ó Pablo, y yo respondo:—Ahorradme, dejadme tranquilo con vuestras absurdidades.»

Un filósofo italiano, Angelo Mosso, al día siguiente de la muerte de Herbert Spencer se preguntaba si el gran pensador no fuese un agnóstico, ó si después de sus excursiones por la ciencia no se hubiese inclinado á alguna creencia religiosa. Spencer declaró que nunca había sentido abandonar al cristianismo, porque nunca lo aceptó. El hombre más sabio se engaña fácilmente. Cuando terminó sus *Principios de sociologia* se alejaba ya de su primitivo positivismo. Estas preciosas observaciones nos lo revelan hasta la evidencia: «Una verdad debe siempre volverse más clara, y es ella que hay una Existencia inescrutable que se manifiesta en todas las cosas, de la cual el hombre no puede encontrar ni concebir el principio ni el fin.

»Entre los misterios que permanecen tanto más misteriosos cuanto más se piensa en ellos, quedará esta única certeza absoluta: el hombre está siempre en presencia de una Fuerza Infi-

nita y Eterna, de la cual proceden todas las cosas.»

Á los ochenta años escribía lo siguiente el noble anciano, cuya vida era un culto continuo á la verdad: «La idea de un espacio, frente al cual nuestro sistema sideral inconmensurable se reduciría á un punto, es un pensamiento que me aterra, y junto al cual el espíritu se detiene.» Esta idea lo preocupaba sobremanera, y de ella á la admisión de una banca Suprema, no hay más que un paso.

De esas últimas cuestiones arranca el fundamento de la fe y de la religión; esa es su base científica. En las últimas páginas de su *Autobiografía*, el sereno filósofo exponía, aun rindiendo así un nuevo tributo á la filosofía de la creencia, sus postreros vislumbres de la verdad:

«En el génesis de un sistema filosófico, la naturaleza emocional es un factor tan importante como la naturaleza intelectual.»

Estas páginas revelan la esencia más recóndita de la gran alma de Spencer, que partiendo de los datos de la ciencia, llegó á las conclusiones intuitivas de la teología cristiana.

Á medida que el espíritu del filósofo se alejaba de la juventud, su actitud hacia lo inmovible se volvía más afectuosa...

Sentía la energía perenne, mas su mente no podía abrazarla en toda su magnitud, y como el más humilde salvaje le propicia sus mieses, él le daba los frutos de su entendimiento.

Llega un momento en que creyentes y negadores nos damos la mano. Frente al problema del destino postrero y de los orígenes, sólo caben dos cosas: la humildad y la resignación.

La duda, cual aguijón de la curiosidad insaciada, conduce á conclusiones cada vez más en armonía con la triunfal verdad.

Cuenta un escritor, exquisitamente sensible, que en las catacumbas existen cuartos en los cuales aun la vista más perspicaz no puede distinguir si uno se halla en un pequeño templo profano, ornado con los frescos de un artista pagano, ó si en vez se contempla la tumba de uno de esos primitivos cristianos, levantada por sus hermanos con la idea de una religión nueva y de una fe más pura. Así sucede con Spencer. ¿Fué creyente ó agnóstico? Ni aun él mismo podría decírnoslo. Pero con todo nos basta su vida tan perfecta, su virtud y carácter tan íntegros y su hondo sentimiento por el más allá.

Si existe un hombre que merezca actualmente el título de filósofo, ese hombre es Guillermo James, profesor de Psicología en la

Universidad de Harvard. Ha hecho de la experiencia religiosa un ensayo para contribuir con él á la psicología descriptiva de la creencia.

Pocas obras señalan una erudición más extensa y un ánimo más sereno para evitar el dogmatismo de la opinión personal, el apasionamiento y el error, nacidos del prejuicio.

Excuso decir que para él la experiencia religiosa es una realidad y tiene su trascendencia incalculable en la vida colectiva como individual.

Su conclusión no puede ser más filosófica ni más hermosa y vívida:

«Toda experiencia humana, en su viviente realidad, me arrastra irresistiblemente á salir de los límites estrechos en que pretende encerrarnos la ciencia.

»Me asisten razones prácticas y especulativas para acentuar esa creencia particular.

»¿Quién sabe si la felicidad de cada hombre á sus creencias personales no puede ayudar al mismo Dios á trabajar más eficazmente en los destinos del Universo?»

Así lo siento y pienso. El cristianismo está en ese caso. Con la labor y ayudados del amor, también la vieja doctrina podrá darnos un motivo más hondo para reflexionar, un acicate más permanente, una fuente de inspiraciones

más puras para esta vida que en los países do el catolicismo se ha cristalizado, comprometiendo así su vida y porvenir, no ofrece los halagos de aquellos en que ha pasado por el cristianismo el soplo siempre poderoso y útil de la critica y de la evolución.

Hombres de pensamiento, almas dirigentes, españoles representativos como Unamuno y Blasco Ibáñez y todos cuantos se consagran en España y América al mejoramiento de la raza, creen que es menester edificar y no destruir. Evolucionemos.

Estos ESTUDIOS han nacido de una carta que mi maestro y amigo Miguel de Unamuno me dirigiera exponiéndome su opinión sobre el cristianismo. Con ellos le contesto.

La palabra favorita del filósofo de Salamanca es inquietar; yo recojo su pensamiento: inquietémonos, vivamos también en lo eterno y de su energía inmortal.

ALBERTO NIN FRÍAS.

ESTUDIOS RELIGIOSOS

Dedico estos ESTUDIOS *á don Miguel de Unamuno y á don Vicente Blasco Ibáñez como testimonio de la confianza que tengo en ellos para transmitir á nuestra raza la fuerza de su carácter, la salud de sus ideas y su sed de progreso mental, como también aquella otra que nos eleva á la categoría de dioses: ¡la idea del misterioso más allá!*

Alberto Nin Frías

Montevideo, Marzo de 1907.

ESTUDIOS RELIGIOSOS

Jesús y la admiración del mundo

> Todos los hombres serán religiosos cuando se reconozca que la religión no ataca el libre examen y que todos los hombres verdaderamente religiosos respeten la ciencia, que da por sentada la existencia de una religión universal.
>
> ELIPHAS LEVÍ.

Me preparaba á escribir sobre la flojedad de nuestro estado religioso cuando, como si algún ser invisible hubiera querido obsequiarme con testimonios de la intensa vitalidad de Cristo en el mundo, me llegaron dos opúsculos religiosos: uno de Alemania, otro de América.

Yo también iba á interrogar á estas multitudes, y preguntarles: «¿Qué saben del hombre ideal y de su vida?» Porque fuera de la Iglesia católica, poco ó nada significa la personalidad

de Jesús en los países latinos. El pensador, el moralista, el hombre superior apartado de la Iglesia, olvida todo símbolo religioso. Otra cosa sucede en las naciones donde la religión se ha vivificado en contacto del sencillo Evangelio: allí todo agnóstico conserva cierto misticismo, que mantiene los caracteres del espíritu religioso sin las costumbres de la fe.

Rodeo el cuarto donde escribo, y pienso en cuanto halaga el sentimiento de lo bello y despierta por la belleza el sentido moral. Antes de fijar mis ideas me he dirigido á todo lo que tuve la dicha de tener por guía en la vida del pensamiento. Posé la mirada llena de arrobamiento sobre el busto de Narciso, que para el adorable Heleno fué el símbolo de la introspección, de esa facultad maravillosa que consiste en observarse minuciosamente y vislumbrar á Psiquis.

El perfecto adolescente en actitud pensativa, la hermosa cabeza baja, está representado frente al lago en que su divino cuerpo se refleja. El día en que el hombre comenzó á pensar filosóficamente fué desgraciado, surgió la duda, y con ella nació la soberbia. La vida entera de Grecia, con toda la belleza de sus templos relucientes, de sus gimnasios, de sus atletas, filósofos y artistas, surgió de pronto: visión sublime

que resume el busto de Narciso. La Hélade se perdió sobreponiendo en cierto modo la forma al espíritu. Y así, si la humanidad se helenizara, sólo viviría para el cuerpo y sus necesidades: el placer y lo hermoso serían la única norma de todas las acciones. Esta es acaso la Grecia de las multitudes y no la de Sócrates y Platón, á la cual admiro como lo más grande, pero no es la patria de la filosofía la que apasiona á la sociedad, sino aquella otra albergue de Calícrates. Para el sublime sentido de la vista no hay patria más hermosa que Grecia. Á ella busco cuando quiero soñar con la belleza sencilla y la armonía. Ella es mi compañera en los días «de la encantadora adolescencia del hombre pensante». ¡Belleza plástica, expresión de alma con salud, un entusiasta os saluda!

Aparto mi vista de esta visión de «la primavera del mundo» y me atrae un cuadro donde aparece el Dante: la escena ocurre en Florencia, cuya belleza es tan grande, que un arquitecto moderno la propone como modelo para la ciudad futura; el gran hombre, al atravesar el marmóreo puente de la Trinidad, se halla con Beatriz, la virginal doncella á quien ama como al través de un ensueño. Dante queda estático frente á su amor, teme profanarlo si se acerca; semejante á Narciso ante las aguas tranquilas,

ve en Beatriz reflejada su propia alma, oculta tras aquellas formas gráciles y tiernas. Piensa en la forma, pero más todavia en el espíritu. He aqui otro símbolo, otra gran ruta ideal trazada para la humanidad en la Edad Media. Luego pasé la vista por otras imágenes: Spencer, Ramón y Cajal y Taine. El primero me sugería una vida estoica, la satisfacción fría del deber cumplido como finalidad moral de la vida; el sabio español señalaba el microscopio, dirigido sobre un cuerpo donde la vida ha dormido para siempre; Taine, en actitud de mirar como quien teme deslumbrarse, parece atisbar algo oculto que, no visto en la juventud, se dibujaba en su mente cuando en el crepúsculo psíquico la sabiduría suprema descendía sobre su serena frente. Jesús venía hacia ellos cuando, cansados de la pesada vida y de la ingratitud de los hombres, se acostaban para dormir el sueño sin amanecer. Spencer no quiso saber de Dios, pero le apellidó *lo Incognoscible;* Taine habla con tal grandilocuencia del cristianismo, que un arzobispo ilustrado le ha citado en plena catedral. Preguntado el filósofo cómo habían de enterrarle, contestó: «Cual protestante», es decir, cristianamente. Y así, duerme en Cristo rodeado de los Alpes majestuosos, muy cerca del hogar donde tranquilamente, con sus com-

pañeras, la soledad y la Naturaleza, pensó sus obras Paúl Bourgert, su discípulo bien amado, cual el hijo que corona la labor del padre es creyente y miembro de una religión positiva. Herbert Spencer exhala el último suspiro oyendo el *Avem Maria* de Gounod. El célebre pensador, que quizá precedió á las doctrinas de Darwin sobre «el origen de las especies», pasó los últimos veinte años de su vida como delicado artista, ocupándose de Leopardi, de Meyerbeer, el compositor de *La Africana*, y cosa rara, muere precisamente como el poeta-músico: Chopín.

Retirado en «el principado de Mónaco inglés», Brigthon, allí donde el esplendoroso azul del firmamento, el aire tibio y el glauco mar se combinan para encarcelar casi perpetuamente á la grácil primavera, organizaba todos los días en su hogar pequeños conciertos. Siempre tuvo predilección por el autor de *Fausto*, y fué su *Avem Maria* sobre el primer preludio de Bach, tocado con devoción sobre un violín acompañado del arpa, la que le despidió de la vida física.

En aquella hora de angustia fúnebre, ¡qué delirante súplica no sugeriría esta melodía, que asciende con la suavidad del volar de un ave hasta terminar en acordes llenos de majestad!

Al llegar al *nunc et in hoc, el sí natural* vibra *con la intensidad convulsa de la desesperación... mortus... nostræ...*

Herbert Spencer cesa de existir; las últimas notas acompañan el «amén... amén... amén». ¿Puede morirse más cristianamente? Sócrates y Jesús, Grecia y el cristianismo, parecen trabar amistad y amarse. El cuerpo del pensador es dado á las llamas, como en los días en que el mundo era joven; concluye en el *Older's Green-Crematorium*, y las cenizas ingresan en la paz eterna, en el cementerio de High-gate.

...Abro el armónium é interpreto á Hændel, Bach, Beethoven, Mehul, Méndelsshon, Wágner, y en alas del más absorbente éxtasis abandono el mundo objetivo y creo estar do *El* divino está. Todos estos genios le amaron, y su inspiración servía para exaltar su persona sin igual...

Crecí junto al ideal, y la belleza rodeó mi juventud. Siento fácil repetir con Franz Speeman, estudioso que halla en Él todo lo bello esparcido sobre el mundo por el libro, el lienzo, la estatua, la música y la vida de sus discípulos. Viví la mayor parte de mi vida en «la ciudad de los libros», y mis goces más intensos se confunden con su lectura. Nunca pudieron ellos apartarme del amor á Jesús; por el contrario, todas las confesiones íntimas de los es-

píritus bellos como una estatua griega, que son Goethe, Dante, Milton, Klópstock, Miguel Ángel, Rafael, Palestrina, embellecieron mi amor. Viajé por Italia la hermosísima: sus ciudades con los duomos opulentos, los museos donde cuelgan las telas que representan todas las escenas de la vida; la Naturaleza sonriente y severa, cuadro de la gran civilización romana y universal; el éter luminoso y transparente en que la incomparable Nápoles se baña; la majestad de San Pedro; el asombro producido por el Vaticano y sus tesoros, todo me dijo: «Jesús ha sido el supremo objetivo de estos hombres; Él fué la fuente de toda esa belleza.» Dentro de la realidad objetiva, los arquitectos de esa civilización no realizaron la alta idealidad cristiana, mas la consideraron el *desideratum*, y á ellos cabe la gloria de haber fijado claro su rumbo. Ese ideal transparentado en el arte, único refugio de la aristocracia humana en sus tiempos, preparó el Renacimiento, cuya finalidad fué hermanar el cristianismo con el helenismo; en Italia se volvió á Grecia, en Alemania á Judea. La Biblia por un lado había de llenar todas las aspiraciones del alma colectiva; los modelos ideales de Fidias y Praxiteles deleitarían los sentidos. Á la fisonomía ideal del Cristo se agregó una nueva perfección, pero es ella tan ex-

presiva, que generación alguna logra reconstruirla por completo.

El Renacimiento y la Reforma fueron seguidos, como todo movimiento, de reacciones acaso regresivas. El cristianismo pareció tambalear cuando Francia y el mundo se estremecieron con la Revolución francesa. Volvió la sociedad al Evangelio, y él hizo amistad con todas las grandes cuestiones sociales. Ante el anarquismo, él es la fuerza del ideal y de la razón. En literatura equivale á belleza pura y honda. Junto al arte crea el gótico y el grecorromano, sugiere á William Bourgersan bellezas plácidas, á Henner trágicas hermosuras, á Burne Jones altos ideales caballerescos, á Böckiln ensueños dantescos, á Domenico Morelli reconstrucciones arqueológicas, á Rodin poemas bíblicos en que Natura aparece en su sincera desnudez, á Gustavo Doré grabados deslumbrantes y vigorosos, á Tissot cuadros perfectos y al evangélico Millet escenas donde se revela la confianza cristiana y la infantil fe del creyente que adora al Ser Supremo doquier asome, aun en la perezosa beldad del día durmiente. En Norte América, tierra poco afanosa del ideal, según algunos, ese arte se ha deleiteado en propagar á Jesús y su sublime vida mediante reproducciones infinitas. Maravilla hojear sus libros para la ense-

ñanza gradual de la Biblia. Arte, literatura, exégesis, bellezas de ayer, heroïsmos de todas las épocas, todo cuanto logre un conocimiento perfecto de las cosas santas, está allí. Es entonces cuando se presencia el convergir de todas las fuerzas más sutiles de la humanidad á formar de Cristo y su ideal la piedra angular, el punto medio de todo y el fundamento para todas las cosas. «Quien no le conoce, no se conoce á sí mismo y nada sabe del mundo», gritaba Pascal, abismado en la grandeza del maestro. También con su seductora insinuación ha penetrado el arte de Beethoven: sus sonatas expresan los sentimientos más elevados, los conflictos más complicados del alma en lucha con las pasiones, á quienes vence el ideal cristiano; Hændel comenta musicalmente la existencia del Mesías, Mozart y Rossini le glorifican en sus misas, Berlioz compone el poema musical de su infancia, el abate Perosi vuelve á ilustrar con sentidos acordes el Evangelio; en Inglaterra surge un viril talento, el organista Elgar Widor; Lefébure Welly, Saint-Saëns, Guilmant, Fowler Stainer y Farmer, arrancan al órgano sublimes bellezas del misterio de la otra vida. Abrid un himnario de la Iglesia anglicana ó del metodismo, hallaréis melodías á cual más espiritualmente hermosa: ¡cuántas veces me he con-

movido al cantarlas! Me han avecinado á mi ideal.

En Inglaterra, rica y severa, en cuarenta mil iglesias se levanta el sacerdote invitando al hombre á una vida más bella y más honda, en su nombre y ejemplo. En Alemania, treinta mil hacen lo mismo. En Francia el clero católico honra al catolicismo y allí, en aquella gran nación, todavía diez millones de almas no reniegan de Cristo. El Evangelio es oro del más puro en labios del pastor Wágner, cuya influencia moral se extiende de país en país con su *Vie Simple y Jeunesse*, contando entre sus admiradores á Roosevelt, en el ginebrino Franck Thomas, evangelista admirable. Cerca de mil médicos cristianos soportan la vida penosa de Oriente y África para predicar su santa palabra y llevar el auxilio de la ciencia. El cristianismo católico y reformado envía á miles de sus preclaros representantes para predicar el Evangelio al mundo pagano. En el esforzado Japón, miles confiesan el nombre de Cristo.

En su nombre, el kaiser Guillermo rige el imperio que columpia progresos sorprendentes. Roosevelt gobierna á Estados Unidos como un apóstol. Por doquier retoña el principio evangélico; las naciones donde florece mejor son

también las más prósperas y hermosas; su superioridad en el mundo está en razón directa de la práctica de este ideal. El día en que el fuego de esa fe se apague en el Occidente, esa hora señalará el dominio del Oriente y entonces la historia retrocederá mil quinientos años. El culto de Cristo engrandece á la humanidad. Si el aserto es demasiado aventurado, mirad á Francia, nuestra madre intelectual. Honda crisis trabaja á la primera nación del mundo; Francia está en el cénit de su gloria y de su prosperidad, de la cual todos leemos maravillas; mas Francia la amada no ama á Cristo: quiere desterrarle de la escuela, del hogar, del arte, de la literatura y hasta del espíritu humano. Ha divinizado al hombre: ha sustituído el ideal religioso por el humano; á causa de ello, aunque rica como Cartago y lujosa como Alejandría, está á sus fronteras el enemigo: la molicie del lujo, el enervamiento del oro y la indiferencia glacial de la sin fe. Porque digámoslo sinceramente: la gran campaña anticatólica en Francia es, en resumidas cuentas, un ataque al cristianismo, cuyos intereses mal ó bien representa. El catolicismo es superior al ateísmo ó al indiferentismo absoluto. Como en la Alemania moderna, puede éste, mediante la evolución, servir bajo formas más intelectuales la causa de

la civilización superior. Sin abandonar su fe, los católicos alemanes se han vuelto ciudadanos civilizados y conscientes de la grandeza moral y material del imperio. Leed una preciosa revista editada en Munich titulada *Hochland* (Tierra alta), y pronto veréis cuán honda es la demarcación entre el catolicismo á la española y el germano. En Inglaterra lo he observado personalmente. «La animosa minoría» hugonote es harto pequeña para intentar en Francia un movimiento hacia Cristo; esa tarea está reservada á los católicos, como Bourguet, Copée, Huysmans, Loisy y otros. Para inculcar al niño las ideas morales sólo existe un vehículo: la religión. Esa observación profunda sugiere á Lichtenberg, inspector de escuelas, el estudio prolijo de la educación laica. Él atestigua que para la mayoría, junto con la enseñanza religiosa, toda instrucción moral ha desaparecido; casi en todas partes la enseñanza de la moral está muriendo, ó si no ya no existe. Una Memoria dirigida en 1888 por los inspectores de los talleres y factorías de París al prefecto del Sena, contiene estas observaciones penosísimas de leer:

«Hemos notado con dolor la carencia de educación moral en nuestros jóvenes empleados...

»Es para nosotros un deber desagradable informar al señor prefecto que, por falta de educación moral, la niñez está perdiendo toda noción de respeto y del deber, habituándose á usar el lenguaje más obsceno. Su conducta en las calles públicas es á menudo escandalosa.

»...Ha sonado la hora de oponerse á esos *desastres morales.*»

Las casas de corrección están repletas de criminales juveniles. En 1883, los reincidentes sumaban 89.871. El señor Guillot, uno de los mejores jueces de Francia, llamaba la atención sobre el aumento alarmante de la criminalidad juvenil y sus estrechas relaciones con los cambios efectuados en la instrucción pública.

El jefe de las fuerzas policiales de París, señor Gustavo Macé, se expresa en estos términos sobre la *Ley de secularización*: «Reforma mal concebida y practicada de una manera inaplicable... Se corre inmenso peligro al querer despojar al niño de todo temor» (significando con ello el temor religioso). Julio Simón, el austero Sócrates de la Francia imperial, se lamentaba de que «nuestras autoridades no tenían más poder que el concedido por la fuerza oficial...» «La autoridad natural, la del padre y la de la madre, está desapareciendo al mismo tiempo.»

«El hombre interno se forma en la infancia y en el nombre de Dios», juzgó justo decir el mismo filósofo deísta, y no es otra la enseñanza toda del Nuevo y Antiguo Testamento.

Por esa época *Le Temps*, el más respetable de los periódicos franceses, ponía muy en duda las ganancias de la educación seglar, y se animaba á considerarla como una maldición y hasta un peligro para la nación. La lectura de Zola comprueba cabalmente los asertos de la estadística, así como las lamentaciones de los moralistas. Francia no es la única nación perjudicada por apartarse de Jesús. Las mismas causas traen los mismos efectos. Las colonias inglesas son un campo fecundo de observación para el mismo fenómeno sociológico. Las leyes psíquicas son tan eficientes como las físicas.

Australia adolece de los mismos males: la educación secular, lejos de disminuir el crimen, lo ha aumentado y sobrepasado al crecimiento proporcional de la población. Mientras esta última ha aumentado en el 30 por 100, el crimen ha crecido en la proporción de 50 por 100. En la gran isla-continente la infecundidad es un problema como en Francia.

En la India el gobierno británico sigue la misma pendiente fatal. Los hindus se quejan amargamente del agnosticismo infiltrado por la

ciencia occidental. En el decir de un hindu ilustrado, Inglaterra les imparte una luz peor que las tinieblas.

Lord Lawrence, gobernador general de la India, después del motín de los sepoys no temía expresarse así: «Si Inglaterra hubiese profesado sus principios cristianos en la India, el gran motín no hubiera ocurrido, ahorrándose de ese modo doscientos millones de libras esterlinas y ríos de sangre. No obstante, cuando el pueblo inglés ha beneficiado á esta inmensa posesión, los misioneros de Cristo han trabajado más que todos los otros agentes combinados.» Jesucristo es, en verdad, la luz del mundo.

¿Sigue la próspera Alemania esta senda de decadencia?

Esta nación adelanta cada vez más, y pronto será la primera potencia europea. ¿En qué relación está con Cristo y su doctrina?

Cuida prolijamente de la educación de todo niño, mucho de lo cual es sugerido por el kaiser en sus manifestaciones religiosas. Su estricta organización militar mantiene muy vivos la ley, el orden, la disciplina, el respeto por sí mismo, la obediencia, la rectitud y el honor. El Estado obliga y provee á la instrucción religiosa para la escuela secundaria y primaria. En las escuelas primarias para niños menores de catorce años

y hasta ese término, se dedican tres horas por semana á ese estudio. En las escuelas secundarias se dan dos horas semanalmente. El Estado reconoce al efecto sólo tres comunidades: la protestante, la católica y la judía; si existen niños en número suficiente para constituir una clase, se imparte separadamente la instrucción religiosa por uno de los representantes de cada credo.

Bélgica sigue el mismo sistema, con la diferencia de que estos cursos son dados fuera de las horas de clase. Nadie de ánimo sereno y corazón noble querrá se reproduzca en su patria la historia infausta de la Francia anticristiana.

No en todos los católicos ha producido violencia y odio la ley de separación, ley cuya trascendencia y utilidad resultarán de la manera amplia como se aplique. El obispo de Orleans, Mr. Trochet, ha dirigido al sacerdocio episcopal, elegido recientemente, estas admirables palabras, en las que huelga *el verdadero espíritu de Cristo:*

«Hoy no es la paz lo que existe entre el sacerdocio y la magistratura. Es la separación, y mañana será quizás la guerra. No es esto un estado social satisfactorio. Aun cuando la Iglesia esté separada del Estado, *aun cuando debiera, como muchos buenos espíritus lo prevén, perma-*

necer separada del Estado, no es esta una razón para que ella viva con él en desconfianza, menos aún en batalla. En los Estados Unidos la separación existe, es perfecta. Pero el respeto mutuo, la colaboración misma de los dos poderes aseguran la paz, á cuya sombra *se desarrolla en magnífico y continuo progreso el pueblo americano.*

»Es un ideal al que hay que tender, monseñores. No temo señalarlos.» Cada día vinculo mi mente con nuevas certidumbres. Entre el verdadero catolicismo, reducido á su esencia íntima, y entre el protestantismo no hay los abismos supuestos por el fanatismo y una animadversión que nada tiene de cristiana. Allende el ceremonial y los ritos, los católicos se allegan á Dios por la intensidad de su fe. Á pesar de la excesiva materialidad en que está sumido el culto por la abstracción, se llega á la adoración de Dios en espíritu, y se ingresa así entre los que conciben la euritmia de todas las creencias hacia un mismo fin. Ante el Supremo, todas las denominaciones caen; para Él, sólo existe el alma que se entrega á su ley y á su cariño. Cuando reza el que de veras cree, cierra sus ojos para orar, y cuanto más honda es su plegaria, mayor es su abstracción del ambiente. Entrados en la paz de Jesús, ¿qué importan

para esa alma, en comunión con Dios, las exterioridades? Uno y otro creyente están en el mismísimo caso; en ese momento no sabría distinguirse al evangelista del católico.

Para mí sé decir que esta es la genuina enseñanza de Cristo al respecto. Deseo comprender, no odiar. Si con criterio tan amplio y sereno se juzgaran los asuntos religiosos, ¿cabría la lucha, la intolerancia, el odio entre las diversas comunidades cristianas? Es ante los matrimonios mixtos donde surgen con más fuerzas esas consideraciones. ¿Puede en realidad el tierno príncipe de la paz desunir á dos jóvenes que le aman, y en cuyo nombre desean unirse para cumplir sus preceptos?

¿Puede ser ofensivo ese connubio á cualquier Iglesia que día á día casa á su juventud con incrédulos é indiferentes? ¿Cuál es mejor á los ojos del clero: un cristiano ó un agnóstico? El amor es todopoderoso. Acaso es cerca de esas virgencitas puras, de áureos cabellos y tranquilos ojos, donde muchos se concilian con la Iglesia, y por ende con su inspirador: Jesús. Esta amistad amorosa puede abrir las más halagüeñas perspectivas. Con todo el poderío fascinador de su edificio y de su dogmática, ella no puede sofocar esa fe sencilla, esa piedad sincera y suave.

En resumen: ¿qué diferencia cabe entre esta joven que necesita de la imagen para concebir lo infinito y otro joven que, pasándose de la forma, dialogue con Dios en los mismos términos y creyendo en los mismísimos misterios sagrados?

Si el pensamiento sereno y cristiano como la dorada luz se posara sobre la cuestión religiosa, llegaríamos á considerar al catolicismo, á la religión reformada, como ramas de un mismo árbol, cual hermanos de un mismo padre, semejante á discípulos de un mismo maestro, haces de una misma luz salvadora, cuyo antagonismo estriba más en los hombres que los sustentan que en la intimidad esencial de las cosas.

Toda forma religiosa es pensamiento elevado, manifestado por un cerebro que, á semejanza de un tamiz, sólo deja pasar de la Divinidad y de su gloria aquello que permite su estructura especial.

El testimonio de la juventud intelectual

Estás obligado á creer, porque los dioses no dan prueba material alguna.

GOETHE.

Nadie puede desconocer el valor positivo de los caracteres formados por los que poseen la luz interior.

Tienen paz, alegría y una armonía consigo mismos que es inquebrantable.

KANT.

Doscientos años hace que se fué Jesús, pero no está ausente para miles de vidas; para la vida de aquel que se ha apropiado el espíritu de su existencia, Cristo vive otra vez.

ROBERTO SPEER.

El ideal sano para un joven es fundar una familia, un hogar imperecedero, crear y gobernar.

TAINE.

Es la época otoñal: las hojas caen marchitas y la fecunda selva se prepara á dormitar hasta

el nuevo renacer, bajo los rayos de la primavera. Hasta mi ventana llega el rumor melancólico de las hojas que el viento lleva sin piedad... Así como las hojas, atisbo el alma hispanoamericana; ella es conducida en alas del viento de lo frívolo y ligero. El otoño, ese preludio del sereno invierno, se ha fijado en los espíritus como en la Naturaleza. He mirado con la intensidad del viajero que columpia el valle agreste y risueño y observa desde la cima, el panorama todo de esta sociedad novel. En sitio alguno he visto el paisaje de la fe. Junto al taller donde la industria crea; cerca de los areópagos; vecino al templo; en la estancia, do el pensamiento se concreta y se emancipa, en sitio alguno se ha refugiado la inquietud sutil del misterio. El sueño de la vida eterna, el malestar de la conciencia, la duda religiosa no han sido pensados. ¿Será que sea propio de los pueblos las faces de la vida individual y esta América esté en su infancia? ¿Fuera que la multitud no se eleva á la contemplación sino cuando, cimentando su vida con el bienestar, se serenan sus ardores para la lucha, descansa y sueña? ¿Sería acaso que el alma española ha perdido la virtualidad de creer? ¿Quizá al atravesar el europeo el Atlántico perdió la religiosidad que la tradición y las costumbres le impusieron con-

tra su agrado? ¿Preparará América un nuevo culto á lo invisible? La disolución de creencias á que asisto triste me mueve á pensar que una evolución sana amanecerá, ó de lo contrario nuestro único dios será el dinero y la religión: la persecución de la felicidad de los sentidos.

Aparte de algunos pocos, contados pensadores, las cuestiones religiosas no preocupan seriamente á nadie. Con razón sobrada no halla Miguel Unamuno el hondo soplo de seriedad que tanto ama en la literatura, porque allí donde falta esa condición de la producción inmortal, el arte concluye. Rodó es una excepción del medio, pero su idealismo ha tomado los rumbos de la estética y de la moral de Guyau, ante quienes la inmensa multitud todavía no se estremece. Su *Ariel* es para la raza electa del futuro. Será oro de Golconda para la juventud en cuya frente se dibujen los caracteres intensos del *Penseur* de Rodin. Hoy pocos jóvenes miran á Sirio: escasos son los congresales á una clase donde elevándose á la región de lo eterno bello, un profesor explique el sublime símbolo de Shakespeare. Obra de un esteta y de un filósofo, *Ariel* es para los artistas y los pensadores. Vagaba así mi pensamiento una tarde de domingo en que el silencio y el tibio sol alegran dando al espíritu el sentimiento de su libertad, cuando

tras un golpe seco del cartero me alcanzaron un librito blanco con franja dorada, artísticamente impreso. Lo abrí apresuradamente: recibir recuerdos del extranjero es una sensación deliciosa. En la primera página leí: «J. F. y su querido discípulo y amigo, recordando una fiel amistad. Domingo de Pascua 1906.» Todos los años, por esa época de intensa vida en el mundo cristiano, recibo obsequios parecidos de Suiza, donde cuento con la amistad de dos grandes educadores: Hermann Löhnert y Julie Fetscherin. Ella era quien me mandaba un librito, cuyo título me encantó: *Del renacer en Cristo ó del renacimiento hacia Cristo*. En él, un estudiante aventajado é instruído en la alta cultura moderna, Franz Speeman, reflejaba en páginas de belleza tranquila su testimonio cristiano. Me contó de una manera seductora cómo llegó á la teología después de haber divinizado á Goethe, á Voltaire (1), á Moltke y otros, cuya majestad marmórea de genio y carácter animó con la sangre de sus pensamientos.

Su conversación, su renacer en el Señor, como lo sugiere la poética portada de su librito, tuvo por ambiente la campiña en verano. Leía

---

(1) De Voltaire ha publicado el *Diccionario filosófico* esta Casa Editorial.

allí el Evangelio. Después de su lectura entonaba con un piadoso poeta alemán:

Jesús, mi goce y placer,
Jesús, sol de mi ser,
Jesús, mi salvador,
Jesús, luz de mi vida.

Tan profunda fué la impresión, que no sabe decirnos cómo volvió á la vida de todos los días después de su éxtasis. La vida parecíale un sueño, se sentía como alguien que volviera á la tierra tras larga ausencia. Entonces comenzó á comprender á Pascal... De vuelta á la ciudad halló á la humanidad pervertida y descubriendo el ideal del Renacimiento: construir, construir y construir; se pasó de Bach y Beethoven á la Teología para predicar la renovación moral del hombre por los méritos de la crucifixión y resurección de Jesús. Leía yo esto deleitado y me vinieron en mente tristes juicios de la tierra en que vivimos, sin venerar las cosas espirituales. Responsabilizo á ello de nuestro estado intranquilo: la autoridad sólo se apoya en la fuerza y no en el fuerte espíritu del respeto. Por esa razón este país, esta América latina no entran en la paz, como diría el filósofo de Salamanca si juzgase de estas cosas.

Pocos días después volvió á golpear á mi

puerta otra mano piadosa para ofrendarme otra joyita religiosa. Esta vez se trataba de un sudamericano, mozo rubio, alto, de perfil inglés, apenas señalando el bozo diez y nueve años de estudiosa juventud. Vestido de luto riguroso, con sombrero de anchas alas, asomando por debajo cabellos ensortijados, me recordaba á un joven puritano de Pensylvania, que un pintor inglés, Seymour Lucas, ha fijado con toda exactitud en sus cuadros de esa época. Entregóme su obrita para leer. Su sólo encabezamiento despertó en mí multitud de pensamientos: «¡Amo tanto á Jesús! es él mi mejor amigo.» Mi corazón latía de gozo. Cristo era admirado por un cerebro joven, apenas transpuesta la adolescencia, que sólo es activa para la asimilación. Su vida había hecho pensar á una cabeza joven y á un corazón lleno de amor. La plenitud de la gratitud, la certeza, el deslumbramiento que produce en todos Jesús, le movían á escribir sobre la redención. Frente á la Biblia, acaso apoyado en la oración, descubre y escribe de todas las bellezas del corazón que tanto ha amado á los hombres. La admiración del Universo le lleva á la adoración de Dios y piensa cuando éste «era solo» y «bendecido en sí mismo y por sí mismo». Á la pregunta intrincada del por qué Dios creó el Universo—«tal cual se presenta á nues-

tra vista, encantador por su hermosura y aterrador por sus miserias y sus crímenes»—, contesta de este modo filosófico y estético: «Al contemplar estos misterios nos encontramos todos como el antiguo sabio pagano, que, preguntado por su rey, «¿Qué es Dios?», pidió un día para responder; expirado el plazo, pidió otros dos, y cuando éstos hubieron pasado, pidió cuatro, y así sucesivamente, hasta que se dió por vencido, porque cuanto más estudiaba el problema tanto más difícil se le hacía la solución. Y no podía ser de otra manera, toda vez que la esencia de Dios y sus atributos no son tan solamente un objeto de razonamiento, sino también de fe, y cuando la fe falta, la razón vacila, titubea, cae y muere aplastada bajo el enorme peso de la inmensidad.»

Al recorrer estas cuestiones de ardua teología se evoca en mí el recuerdo de un cuadro que vi en Londres: un estudiante pasaba sus exámenes religiosos en la vetusta é imponente sala de un colegio de Oxford. Sus examinadores eran hombres austeros y graves. Sentado frente á ellos, ante una Biblia abierta é iluminado por un rayo que le servía de aureola, el jóven parece anonadado y su actitud, delante de la inmensidad de lo divino, se resumía en estas palabras: *Deo iluminatio mea.* En caso semejante debe haberse

hallado Scafarelli. Entiende, luego de meditarlo profundamente, que ni el interés, ni el deber, ni el amor son los móviles del Creador. «La bondad. He aquí el fin de la creación», prorrumpe.

Otro momento solemne del novel escritor es al pronunciarse sobre el concepto de Dios; son párrafos de un heleno que luego de oir á Pablo sobre el Areópago narra sus impresiones: «Él ama desde la eternidad á todas sus criaturas, á todas las visita con su gracia, á todas las sostiene con su poder; Él está en cada una de sus criaturas y en cada uno de sus actos; Él es testigo de todos los crímenes y hasta es el apoyo de los criminales; Él está muy cerca de las almas más degradadas, está en medio de las llamas de la eterna prisión, está en todas partes y todo lo llena con su presencia, todo lo ve, todo lo oye, todo lo toca, sin que nadie lo toque á él. Como los rayos del sol penetran en los más lúgubres reductos sin que pierdan nada su belleza y esplendor, así el Todopoderoso contempla y tolera el mal sin que le toque ni sufra nada por la demencia, orgullo, impureza é incredulidad de sus criaturas; tanto que si, por una hipótesis, todas sus criaturas de común acuerdo se rebelasen contra Dios y llegasen hasta el punto de sumergir el Universo en un

abismo, esta catástrofe, que sería fatal para el Universo, no sería nada para Él. Dios es siempre el mismo, siempre inmutable, siempre infinitamente bienaventurado. El mal ó el bien que causen las criaturas en el goce de su libertad, solamente redundan en daño ó provecho de las mismas.»

Taine, que un criterio poco zahorí ha tildado de irreligioso, es autor de una página á la que por su emocionante belleza ésta se le parece. Ante el misterio todos somos hermanos.

Hermosas consideraciones brinda la explicación del misterio de la Trinidad. El Hijo, dice, «por el conocimiento que tiene de sí mismo, llega á ser una persona distinta de la del Padre, como el pensamiento es distinto del Espíritu sin estar de él separado». La segunda parte del opúsculo, que me inclino á llamar un excelente sermón de Viernes Santo, se ocupa de la tragedia cristiana. El estilo es sencillo, como lo es el mismo Evangelio, y la sencillez constituye uno de los elementos de lo bello. En la primera parte hay más pensamiento, y se comprende que así sea, pues la una es un comentario, la segunda una narración. De ella sé decir que me llamó la atención la inculpación hecha por el autor á Juliano emperador. Ella es en mi sentir un tanto injusta. El heleno emperador no

odiaba tanto á Jesús, á quien sólo es posible amar si se le comprende, como á sus secuaces que ya por aquella época, desnaturalizando su doctrina, se habían transformado en una turba de disputadores. La preocupación de Juliano, en cuyo nombre parecía condenar al cristianismo, era la idea de la lucha entre el cuerpo, el arte (la forma) y el alma (los intereses morales). El sabio príncipe consideraba al cristianismo estrecho y fanático un enemigo del arte de los griegos. La desconsagración de los templos en que bajo las formas perfectas de Apolo, Diana ó Venus se adoraban las ideas y cosas más sublimes, era para el piadoso Juliano un crimen de lesa belleza. Cristo no vino al mundo para destruir; su vida es alto testimonio de ello; sus prédicas tuvieron por escenario la sinagoga como el mar, la calle como el hogar. No era el sitio lo que exaltaba la sublimidad de sus decires, sino su personalidad, que todo lo llenaba de grandeza divina.

El apóstol Pablo predicó sobre la colina de Marte en Atenas, junto á los magnificos templos y los augustos tribunales.

La vida de Juliano (1) abona mi afirmación,

---

(1) Ver Merejkowski, *La muerte de los dioses*, publicado por esta Casa Editorial en dos volúmenes.

y la lectura de ella lo afirma hasta la evidencia. Se puede no ser partidario de un hombre y sin embargo merecernos respeto. El genuino cristianismo no es iconoclasta ni artistófobo. El maravilloso florecimiento de la arquitectura en la Edad Media, el Renacimiento italiano, sugeridos y alimentados por la Iglesia romana, fueron inspirados por el cristianismo. El punto central, el fundamento del arte griego, era el desnudo, como lo es el vestido en el cristiano; el primero se dedicó ante todo á la Naturaleza humana en el ideal estado del reposo y de la serenidad del pensar; el segundo lo expresa todo. Diez siglos de cultura han sido menester para concebir esa armonía de las cosas opuestas. Hoy día otro sería el concepto del varón más templado y noble que llevó la púrpura imperial...

La juventud del profeta de Nazaret

Los discípulos de Cristo no pudieron inventar semejante carácter.

JOHN STUART BELL.

Fué el más puro y amable de todos los caracteres de la historia.

ERNESTO RENÁN.

Jesucristo es el ideal realizado de la humanidad.

HERDER.

Cristo es nuestra religión, no el cristianismo. Nuestro Señor no nos dió un sistema de ética. Vivió una vida... El ejemplo vale más que el precepto.

...El mundo difiere en opiniones teológicas, pero los hombres de todas las edades, razas y religiones, concuerdan en la estimación de una personalidad perfecta puesta á prueba por las dificultades más insuperables.

La nobleza de espíritu, el coraje, la paciencia, la terneza, el

sacrificio, constituyen acciones entendidas universalmente...

El que suscribe una fórmula religiosa puede faltarle el corazón y el valor de transformarse, mas el amor y la fidelidad hacia una persona inspira lo mejor, y la vida cotidiana se halla moldeada por ese amor.

ANÓNIMO.

Juventud adolescente que estudias y trabajas, baja la frente, la mirada triste y lánguida, levanta la cerviz y mira al joven de Nazaret, Jesús: está en el taller del carpintero José, su protector; la frente embellecida por un rayo de luz que ha ido á descansar allí venido de lo infinito. Su cuerpo dice salud y los miembros gráciles de su persona presentan el hogar más hermoso construído para alma alguna: trabaja y piensa en las cosas del Padre, la mente infinita.

El divino joven era completamente humano, como su naturaleza plenamente divina; creció en saber, al tiempo que aumentó en estatura y fortaleza.

Fué un verdadero joven, lleno de vitalidad, rebosando de la energía propia para las cosas

puras y nobles; ayudaba á sus padres y á sus conciudadanos, escudriñando las Escrituras en los momentos de ocio.

Evitó con cuidado cuanto quebrantara su salud, debilitando sus facultades mentales.

Apenado porque los hombres dejen de sentirse atraídos hacia él, uno que de veras le quiere buscaba el arte que le pintase sin las huellas de la anemia, sin estar encorvadas sus espaldas, sin el clásico ropaje de harapos y cola, ausente de su faz reverberante como el sol el aire deprimente de humildad.

Yo creo á Jesús el más bello de los hombres, porque fué el más moral.

Leed el viejo, Evangelio que tiene, como todo lo grande, el poder de no envejecer jamás: todo prueba allí que él era hombre fuerte, alto, de aspecto imponente, reflejando el conjunto la más admirable imagen de la belleza física.

Su fisonomía reunía, á los rasgos refinados del bello tipo hebreo, las líneas más perfectas de la belleza humana tal como se presentó en Grecia. Se equilibraban maravillosamente en esta cara todos los perfiles suaves de la mujer á los vigorosos rasgos del hombre.

Si es verdad, como lo han adivinado los poetas, que el alma se refleja en la fisonomía

como el sol en una superficie, entonces el espíritu complejísimo del Maestro debiera asomar en una faz en la cual la fuerza se uniría al poder, la terneza á la simpatía, la firmeza á la intensidad y á la resolución, reflejando además las divinas facciones el amor y la compasión tan resaltantes en las acciones de esta vida incomparable. Agréguese á todo esto la expresión divinal, reveladora de la luz interna.

Ese era el joven Jesús, ese será su joven discípulo.

«El que siguiere mis pasos—diría el Maestro pensando en el amado Juan—será hermoso, fuerte y viril como yo, siempre agradecido al Padre.»

«Lo esencial de la belleza plástica, es precisamente esa facultad de provocar la atención sugeriendo la meditación», escribe un esteta moderno: Paúl Adam.

En la entrada de la pintoresca casa de campo que albergó á Tennyson muchos años de su vida, en la isla de Wight, se leen las palabras: «La verdad contra el mundo.» Nada puede resumir mejor la actitud mental del que dijo á Pilatos: «Yo soy la verdad, el camino, la vida...» Al inaugurar su clase de Geología en el nuevo edificio de Amherst College, el doctor Hitchcock, dijo como exordio á una de sus me-

jores conferencias, refiriéndose á las amplias claraboyas que servían de techo al salón:

«Mis jóvenes amigos, toda la luz que tenemos aquí proviene de lo alto.»

La Biblia y las cosas espirituales poseen una gloria y un encanto que les es peculiar. Poco se preocupan de ella los que sólo se dedican á las cosas terrenales, y tal es su ignorancia sobre ese punto, que poco á poco comprenden las referencias de los poetas y filósofos á su respecto. Aunque Jesús no fuere un sabio, tenía su mente abierta á lo más imperecedero, á las cosas del alma. Su vida señala claramente la diferencia entre el mero saber y la sabiduría. Su espíritu gobernó siempre á su cuerpo.

Existe una estatua japonesa en la cual el alma está simbolizada por una joya fosforescente sostenida por una mano para contemplarla piadosamente.

El alma es el todo del hombre; ella moldea el carácter, el elemento primordial, incondicional de toda vida elevada. Despierta temprano, Jesús, en la juventud, pues el día que te ame, te comprenda, será el más bello de la vida.

Cada día son más costosos y malsanos los placeres á que los jóvenes se dan. Si la naturaleza humana pide aire, luz y movimiento para

subsistir y fortificarse, la parte moral exige calma, paz y sano entusiasmo para engrandecerse. ¿Quién puede dárnosla mejor que Él con los goces puros y profundos del hogar y de la salud?

¡Rey de los jóvenes inmortales, os saludo!

Reflexiones sobre la fe

Un día que le confesé mi admiración de que existiesen tantas religiones, me dijo: «Helena, hay una religión universal, la religión del amor. Amad con todas vuestras fuerzas, con toda el alma á vuestro Padre que está en los cielos; amad á cada uno de los hijos de Dios tanto como podáis, y tened presente que hay más ocasiones de hacer bien que de hacer mal.

»Así tendréis la llave del cielo. Y su vida entera ha sido la demostración de una gran verdad. En su alma, toda nobleza, el amor y la ciencia se unían en el dominio de la luz. El obispo Brooks no me enseñó ninguna ciencia particularmente definida, ningún dogma; pero me penetró de dos ideas: la paternidad de Dios y la paternidad de los hombres; me hizo comprender que estas dos verdades eran la base de todas las religiones, de

todas las formas de adoración. Dios es amor, Dios es nuestro Padre, nosotros somos sus hijos; por eso las más densas nubes se disiparán, y si la justicia es demorada, alguna vez su victoria no es sino aparente; el mal no triunfará definitivamente.»

HELEN KELLER,
Historia de mi vida, pág. 157.

Como la tendencia de mi espíritu es la armonía al través de la reflexión, tengo fe reflexiva. Afirmar la no existencia de Dios es tan insensato como negar la causa primera.

En el confín de la especulación mental, la idea de causa aparece *serena y eterna*. Admito un mundo objetivo: *la materia*; otro *subjetivo*, interno, psíquico. Por nuestra mente comunicamos con él; la idea sería una estadía en ese mundo invisible, pero por ello no menos real; la acción, su manifestación. La materia con su tendencia destructiva, pues está condenada á la muerte, vale decir transformación, nos llevaría al mal si nos fiáramos demasiado en sus solicitaciones. El espíritu, por el cual existimos para el otro mundo, nos conduce al bien. De esa dualidad en la materia organizada con vida humana, han

surgido las religiones como lazo de unión. Las religiones son explicaciones más ó menos exactas de una realidad no negada por espíritu alguno.

Cada cual se refugia, durante la cruel tormenta de la duda, en alguna doctrina ó religión, pero ello no implica que crean en ella á ciegas. Por mi parte, he ido al protestantismo por hallar allí á mis más amados maestros y amigos. Taine con sus obras, que son un gesto helénico, me ha llamado al Partenón, pero sólo existen ruinas suyas. Para poderlas admirar siquiera por una rendija del mundo moderno, he ido á la religión de la Reforma. He hallado en ella á intelectuales que, si bien como yo, no saben bien definir á Dios ó causa engendradora, le sienten al mirar el cielo las noches estrelladas, al contemplar al sol ocultarse tras las fantásticas nubes ó al elevarse por entre los tules vaporosos del aire húmedo, al atisbar las olas del infinito mar, al sentir la magnificencia de los paisajes, la majestad de la ciencia, la belleza al través de la prosa de un Guyau, los versos de un Shakespeare ó de un Leconte, la grandeza tranquila de la estatua griega, el éxtasis musical, la voluptuosidad de los sentidos, la acción heroica, el pensamiento bondadoso, un corazón noble ó una vida armoniosa... *entonces*

sé que mi cuerpo es un templo de Dios viviente y que los cielos anuncian su gloria. Mi alma es una orla de la inmensa vestidura de la Divinidad, un pliegue de su infinita frente, un suspiro del alma universal. Durante ese arrobamiento, no ya *yo vivo* sin ella, eterna energía, misteriosa creadora, inescrutable justicia.

Evohé, Abracadabra, Luz, Jehová, Pallas Atenea, *Jesús*, todos los pueblos han sabido balbucear su nombre.

¿Le conocemos aún bien? No. Las ciencias mentales y aun la propia que estudia la materia y sus fenómenos, nos van acercando al santuario, pero duda que ruedas rodarás por siglos, hasta que la prueba aparezca y entonces el hombre transformado de gloria en gloria volverá á verse cara á cara con su causa. ¿Qué es vuestra vida efímera, frente á la eternidad? ¿Nuestro cerebro, enriquecido cada vez más, ante la mente de las mentes?

Amemos, estudiemos las acciones bellas, ellas levantarán para nosotros el orden del divino velo; otras generaciones harán lo propio, y así hasta que contemplemos á Dios en su existir deslumbrante, que acabará por absorbernos.

La juventud del cuerpo y del espíritu dada por Jesús

Con fe robusta en la razón hay que buscar la razón de la fe. La ciencia de la religión es lo único que emancipará á los pueblos latinos de su esclavitud religiosa ó antirreligiosa; la meditación racional á la vez que cordial del cristianismo evangélico es lo único que les arrancará de las garras del paganismo que los enerva.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Para llegar á ser sabio se necesita primero la fe, luego la fe y seguidamente y siempre la fe.

DUCLAUX.

Podemos experimentar la unión con algo más amplio que nosotros mismos, y en esa unión hallar nuestra mayor tranquilidad de alma.

WILLIAM JAMES.

Yo amo los símbolos: en ellos ha fundido la humanidad pen-

sante, como el escultor en su bronce ó en su mármol, sus ideas más sublimes. Los amo aún porque ellos evocan en mi mente mil sueños de grandeza; hablan al alma.

ALBERTO NIN FRÍAS.

Los que por su situación social, su cultura ó las funciones que tienen á su cargo están llamados á ejercer la más ligera influencia sobre la opinión, no tienen el derecho de ocultarse ó de refugiarse en equívocos.

Tienen la obligación de hablar.

GEORGES LEYGUES.

¡Jóvenes! venid, venid á trabajar en la viña del Señor. El vino que obtendréis es aquel que da larga vida al cuerpo y una eternidad al alma; es aquel prometido á la Samaritana cuando el Maestro Supremo de la juventud cristiana, Jesús, le dijo: «Sólo has de adorar á Dios en espíritu.»

Tenemos alma, tenemos cuerpo. ¿Cómo conservarlos en juventud, vale decir, activos y sanos? Alma y cuerpo se influencian uno al otro; una elevada espiritualidad disminuye las pasiones de los sentidos; un agudo materialismo nos

vuelve escépticos. El *desideratum* cristiano es arribar á la salud corporal y al bienestar moral: *mens cristiana in corpore sano*. Para gozar de esta vida en todo lo que ella ofrece de bueno y hermoso, es necesario ajustarse á cierta higiene. Es saludable el pensar bien; estimula el vigor corporal. Los sentimientos de rabia, odio, envidia y sus congéneres, desarrollan secreciones mortales. La labor mental es de tanta necesidad como el ejercicio físico. El pueblo griego, maestro en muchas cosas, se acercó más que otro alguno á este equilibrio, al cual parecen también llegar los norteamericanos. Solón, Sófocles, Píndaro y Jenofonte, vivieron hasta los ochenta, y entonces trabajaron bien. Al morir el sublime autor del *Fausto*, los médicos descansaron su cuerpo descubierto sobre una mesa, y Sheffler, uno de ellos, exclamó llorando: «Es el cuerpo de un dios griego.» Pocas señales había en ese molde magnífico del desgaste de la vejez. Goethe había pensado y sentido con serenidad toda su vida. Miguel Ángel escribía versos á los noventa y nueve, y el célebre Ticiano casi llegó á la edad de cien años; su último ruego fué que pudiese vivir aún para terminar cierto fresco. Estos genios eran jóvenes á pesar de su avanzada edad. David, aquel rey hebreo que tuvo una juventud tan

espléndida y que Miguel Ángel ha sabido esculpir con contornos tan bellos y viriles, dice en una de sus oraciones al *Eterno Joven* (Dios): «Y tu juventud será renovada como la del águila.» En otra parte se expresa de esta suerte enérgica: «Como saetas en manos de valiente, así son los hijos habidos en la juventud.» Por hijos debemos entender toda la actividad desplegada en esa edad.

La vida virtuosa conserva esta juventud, que es algo más que el tener pocos años. Decíase de la célebre Mad. de Recamier: «No es anciana, sino joven desde largos años.» Esa vida mantiene la alegría, y ¡cuán grandioso es su poder! Ella es á la salud lo que la luz á una casa. Leyendo una revista inglesa que encierra el sumo de la sabiduría práctica para el bien vivir, hallé estos consejes, reglas áureas de la juventud que tanto amamos:

«Evitad frecuentar á personas mórbidas, cínicas y de espíritu crítico... Id á la gente contenta, por el bien de vuestra mente. Absorbemos el pensamiento de los demás.»

Escoged compañeros que tomen la vida por su lado optimista... Leed libros saludables... Cuando os sintáis débiles, meditad sobre la fuerza. Ordenad vuestra conversación, de manera que el hallar defectos y criticar sea para

vosotros un hábito del pasado. Perdemos nuestra fuerza mental por usarla mal y dirigirla peor. Lo semejante atrae lo semejante. El pensar bien de los demás hace que se piense así de nosotros mismos. El vivir con las cualidades de jóvenes—altruísmo, salud, belleza, curiosidad, entusiasmo—nos perpetuará en la encantadora juventud.

La fuerza omnipotente, cuyo cultivo sugerimos, tiene un empleo vastísimo en la causa del Evangelio.

¡Qué inmensas son nuestras ventajas, jóvenes! Todos nuestros medios están llenos de esperanza.

Á la obra, juventud, en las horas mejores de la vida.

Caminemos en la luz de aquel que ofrece, en cambio de nuestra virtud, la juventud perenne.

Hacia el alma por el Evangelio, la ciencia y la belleza.

Un filósofo moderno y el Evangelio

Amigos míos, vivimos en un mundo de labor. Justo es que trabajemos y tengamos que trabajar con fuerza. Ser industrioso es la condición normal de la mente y del cuerpo. Vivimos en un mundo inquieto, pero ni es juicioso ni es piadoso permitir que esa inquietud nos invada y que nos vuelva desasosegados.

Esa inquietud interior, tal intranquilidad de alma, transforma al mundo en un purgatorio, coloca á la verdad más allá de nuestro alcance, pone un halo de ilusión alrededor de todas las grandes verdades de la vida y de la eterna existencia.

Dr. Parkurst,
en el *Business World.*

La ciencia ejerce actualmente, á causa de los errores de una vulgarización, imbécil á menudo y odiosa, una influencia doble y funesta sobre los hábitos intelec-

tuales, morales y físicos de la humanidad.

TAINE.

L'experience n'a prise aucune sur les questions d'essence et d'origine.

LITTRÉ.

Je n'ai jamais été athée, je n'ai jamais nié l'existence de Dieu... Je crois que la théorie de l'Evolutión est tout á frit compatible avec la croyance en Dieu... L'imposibilité que ce gran et etonant univers, avec nos *moi* conscients, á pu naître par hasard, me paraît être le principal argument pour l'existence de Dieu.

DARWIN.

Uno de los testimonios de la superioridad del libre examen es, sin duda, la vigorosa intelectualidad que sustenta.

Alemania, la nación sabia por excelencia, cuenta con muchos teólogos, pero de ellos ninguno ofrece un conjunto de cualidades tan felices como Adolfo Harnack, autor de *La esencia del cristianismo.*

Cuando un libro nos impresiona fuertemente, sentimos misteriosa simpatía hacia el autor, y curiosos de conocer el alma maravillosa que

lo ha pensado, recurrimos á las biografías. He aquí algunos rasgos de la de Harnack:

Los filósofos, como los pueblos felices, tienen poca historia.

Harnack cuenta actualmente cincuenta y dos años y es profesor de Historia eclesiástica en la Universidad de Berlín que, aunque de reciente formación, cuenta con 487 profesores. ¡Qué severo Ateneo ha de ser!

Nuestro autor no es precisamente un teólogo ni un creyente ciego: es un pensador imparcial que piensa sobre los orígenes del cristianismo con simpatía, amor y justa clarividencia. Esta característica de su claro talento ha sido fijada admirablemente por un crítico.

Adolfo Harnack es un hombre de la más profunda y sincera vida espiritual, y si su credo no es grande por el número de sus artículos, influye vivamente en su vida práctica. *Es un cristiano viviente que desea una alianza con todos los soldados de Dios.* No esconde sus simpatías por los perseguidos, por las sectas disidentes, por las iglesias no conformistas. Habla, con disgusto visible, de todos aquellos que persiguieron en nombre del Evangelio... Personalmente es un hombre simpatiquísimo... como conferenciante es muy interesante y siempre dueño del argumento... Sus lecciones instruyen

y *edifican*. Hasta aquí el comentario del más intelectual de los periódicos evangélicos. Lo que he leído del hombre puede repetirse de sus lecciones, que manifiestan la vitalidad fecunda de las ideas cristianas.

El Evangelio es aún hoy, después de sus veinte siglos de edad, un compendio de la verdadera civilización social: todavía un modelo á imitar. Goethe, con todo su genio, halló sublime la moral del cristianismo.

El juicio de Harnack es terminante en este punto: «Pienso que no tenemos nada que enseñar al Evangelio, sino mucho que aprender de él.» Y más adelante, acudiendo al criterio ajeno para vigorizar su argumento, dice magníficamente:

«La aparición de Jesucristo—nota justamente un historiador moderno—persiste como cimiento exclusivo de toda civilización moral. Según se apague ó resplandezca la hermosa imagen, mengua ó se acrecienta la civilización moral de las naciones.»

El gran Taine pensaba de la misma suerte.

Todo el libro concurre á sugerir que tan sólo la religión *vívida* puede ser *sinceramente profesada*. El autor es sincero en sumo grado, y si su exposición del cristianismo nos parece novedosa, es tan sólo porque le conocemos

adulterado en la mayoría de los casos. «Conviene, pues—dice Harnack—, aislar la religión cristiana, que *es sencilla y sublime* y que no se propone una sola finalidad: la vida eterna en la vida terrenal, bajo el poder y ante la presencia de Dios.»

Hay en este libro una lección muy directa para nuestra sociedad. Ella es la definición de la nación cristiana, toda vez que la práctica del Evangelio fuera un hecho.

«Y todavía conviene agregar, para que no se empañe la sublimidad del precepto evangélico, que el discípulo de Cristo debe estar siempre en condiciones de abdicar todo cuanto esté comprendido en su derecho, y debe trabajar con empeño para que *la humanidad llegue á ser una nación de hermanas*, en la cual deje de afirmarse el derecho por la fuerza, y funcione mediante la espontánea obediencia de los hombres al bien; sea finalmente una sociedad, *no sustentada gracias á instituciones jurídicas, sino gracias á la reciprocidad del deber y del amor.*» ¿Verdad que esto es bello, estimado lector? Pero al propio tiempo entristece.

¡Qué lejos estamos los hispanoamericanos de tan grandioso ideal! Aun no hemos emprendido la ruta hacia la montaña santa. Todavía en la inmensa América, dos veces tan grande como

Europa, la guerra civil es un fenómeno social ante el cual deben resignarse las almas propicias á la más amplia civilización.

«No escasean los hombres dotados de intuición depurada, casi profética, que mantienen la vista y el pensamiento fijos en el reino del amor y de la paz, el cual *no es ya para ellos más utopía.*» Estas preciosas ideas de nuestro autor nos consuelan, pero no lo suficiente para abandonar la lucha que se impone cada vez más tenaz para la propagación del Evangelio.

Quisiera que este libro, lleno de «piedad sencilla y sincera», moviese los ánimos en ese sentido. Conviene á todos su lectura: el sacerdote hallará en él argumentos y citas para sus sermones; el maestro vistas sugestivas, y el laico meditaciones profundas.

No olvidemos que «*el reino de Dios no admite más fuerzas que las morales y religiosas, ni más fundamento que el de la libertad*».

El capítulo XV, dedicado á la religión cristiana tal cual se ha desarrollado dentro del protestantismo, es de palpitante interés. Allí está, analizado con profundidad, la trascendencia y objetivo de la Reforma. Léase con detención y recuérdese bien, pues no se puede dar idea más cabal del protestantismo, que tanto amamos.

Creo de corazón que Cristo y su vida interesan de nuevo á los hombres, que hartos de desquicio moral y de egoísmo, se encaminan al bien. Católicos como protestantes dejan á menudo caer esos apelativos para llamarse, sencilla y llanamente, cristianos. Ello indica que el más elevado de los progresos cristianos está en evolución rápida: *la tolerancia*.

Cuanto más amemos á Cristo, más estimaremos esa virtud, y nuestro espíritu sereno amará mejor cuanto hay de bello y de eterno en la religión.

El Evangelio y la poesía moderna

"LA SAMARITANA,,

Un drama basado en el Evangelio

POR

EDMOND ROSTAND

Et maintenant c'est la traîcheur que je vois
car mon âme a senti, de son ombre surprise
lourde, á flots de clarté, la fontaine promise!
Jallis, source d'amour et monte en jet de foi
et puis retombe en gouttes d'espoir chant en nous,
chant et suspend au lieu d'une poussière infecte
une poudre d'eau vive aux parois de man âme.

. . . . . .

Mon Bien Aimé—je tai cherché depuis l'aurore
sans te trouver—et je te trouves et c'est le soir
mais quel bonheur!—il ne fait pas-tout a fait noir
mes yeux encore pourront te voir...

EDMOND ROSTAND.—*La Samaritaine.*

Una emoción divina ha atravesado nuestros corazones. Al son del aura voz de Sarah y del suave ritmo de De Max, el Evangelio ha vivido. Rostand no escribió este admirable poema, lo soñó. Ha leído el más sugestivo de los libros, y sin esfuerzo, su espíritu ático ha tenido la visión de Palestina; sus más recónditas bellezas han surgido como las gotas cristalinas de un cántaro encantado. La emoción intensa sofoca el pensar, y de tanto sentir los escalofríos de

admiración, de respeto, de espiritual belleza correr por las arterias, ardorosas, he quedado algún tiempo inactivo ante el papel que fija la impresión estética. Pero si la belleza embriaga, es cierto que sugiere, y es á las sugestiones á lo que voy á dirigirme para reproducir el grato sueño mesiánico que se llama *La Samaritaine.*

Abre su *Evangelio* Edmond Rostand con una escena que representa el pozo sagrado do otrora Jacob hallara á Raquel: á lo lejos se divisa un bosque y montes; es de noche y velan el sacro sitio las tres sombras de los profetas mayores. Estas tres visiones blancas recuerdan la majestad del drama griego. Esta escena constituye el prólogo de la obra. Las sombras huyen ante la aurora que nace bella para saludar á aquel que vendrá en nombre del Espíritu Universal á enseñar las leyes amorosas del perdón, de la regeneración y de la igualdad moral. Se suceden varios cuadros y finalmente llega la nota culminante. Entra la Sarah Bernhardt, envuelta su plástica figura en los undosos pliegues de una túnica, que es una obra de arte. Va en busca de agua, y entretanto, su alma frívola piensa en los ensueños de la sensualidad. Espera el amado, que será bello como el amanecer, fuerte y vigoroso. Repite en tono distraído lo que el corazón siente, y engolfada en su amor terre-

nal, no percibe la visión de lo alto, encarnada en Jesús. Él está allí, sintiendo la amargura del desprecio. La Samaritana se va á retirar, cantando su canción amorosa, cuando el Profeta de los Profetas le pide de beber. La pecadora reconoce en él á un judío y rehusa complacerlo; su espíritu continúa entregado á la frivolidad. Jesús medita, le descubre su vida pecaminosa, y entonces, rendida, escucha la palabra de vida eterna. Este diálogo entre Jesús y la Samaritana es bellísimo, suave y sereno; toda la pieza está en él; es su *leit-motif*. Sarah pasó por una gama deliciosa de posturas plásticas á cual más admirable. Max personifica al Señor de una manera honda, que supone un estudio psicológico profundo.

¡Todo es admirable en este cuadro! Al ocultar el telón este ensueño evangélico, la Samaritana cae á los pies de aquel que reconoce como el Mesías, mientras lentamente recita las divinas palabras de su canción, que son más ó menos así: «Tú eres el Bien Amado que buscaba desde la aurora al alba, suelta sobre el cuello la dorada cabellera...»

La Samaritana ha sido tocada por el espíritu de Dios, y en el cuadro segundo se hace la mensajera del Bien Amado y de su doctrina; se transfigura y balbucea las profecías acerca de

la venida del Mesías, revelando las máximas sublimes del Nazareno.

En esta escena la eximia actriz se portó á la altura de la época en que para ciertos críticos era sin duda la reina del teatro. La voz de oro, el gesto, las *poses* plásticas que envidiaría el buril de Rodin. Todo ello fué insuperable: es el desmentido más grande á la decadencia de Sarah. La juventud es perenne en ella: ha bebido ambrosía. Fué en ese momento, el más hondo de la pieza, cuando nos salimos con los ojos húmedos de emoción. ¡Qué halagador es el arrobamiento estético!

En el último cuadro se ve como la fe de la pecadora ha encendido el entusiasmo comunicativo, logrando la siga toda la población de Samaria. La procesión gloriosa sorprende la tranquilidad del Maestro y sus discípulos.

Es allí donde dice el Cristo su palabra redentora: «Es menester que os acostumbréis á que los últimos sean los primeros.»

La apoteosis sigue su curso mientras por la fe los ciegos consiguen ver, los mudos hablar, los sordos oir y los que no saben llorar, el llanto copioso.

Espectáculos como este revelan y dignifican la misión del arte, que debe ser una sugestión continua de lo grande, noble y sublime.

¿Ha existido Cristo?

El hombre que se dice amante de la ciencia debe ser el más respetuoso de todas las cosas, pues el objeto del conocimiento lógico y razonado no es otro que comprender y explicar. Ahora bien; todo lo existente tiene su causa, su razón de ser. Evolución es la primer palabra del credo científico, y la humildad es el mejor estado de ánimo para acometer los más elevados problemas que conciernen á la humanidad. Para ser historiador es necesario ser imparcial; para ser filósofo, tener amplitud de miras y serenidad de juicio. La fe es un elemento de todo juicio, la base de todo estudio. Al leer á Suetonio, creo en los rasgos de genio y figura que consigna de los Césares romanos. Sin cierta fe, vale decir sin algún respeto por ese personaje, sin cierta adquiescencia de mi parte á su veracidad, estoy en el derecho de negar cuanto narra sobre los fantásticos caprichos de los

amos del mundo antiguo. Ese mismo argumento puede aplicarse á todos los historiadores, esa misma crítica puede dirigirse contra cualquier personaje histórico, pero hasta ahora se ha creído en las cosas más absurdas y monstruosas de príncipes abominables y se sigue creyendo con un aplomo cómico en todo ello; sin embargo, se llega á la vida, cada día más perfectamente posible, de un hombre santo, de un genio de nuestra humanidad, de un instructor, de un fundador del nuevo derecho y del nuevo orden social, y entonces toda la legión de espíritus científicos sólo piensa en apilar materiales para probar su no existencia. Significa ello que lo malo, lo criminal, por más sobrenatural que sea, debe permanecer incólume y en pie; lo bueno, lo excelso, lo sobrenatural, ha de destruirse. Cada día, repito, se hace más admisible la vida de Cristo con su actuación milagrosa. No pasa una hora del día sin que retroceda para el hombre el misterio del mundo. *El Día* del 24 del corriente transcribe un artículo de Cesare Lombroso, el indiscutido sabio italiano. Durante muchos años, para él las fuerzas suprasensibles fueron un mito. Fué el mayor detractor de los fenómenos producidos por los *mediums*. Hoy admite lo que otrora calificó de superchería. El modo de pensar de este

hombre es de tenerse en cuenta. Como él ya creían Currie, Flammarión, Schiaparelli, Tamburini, Richet y otros hombres de ciencia. Estupendos en verdad son los fenómenos de las sesiones espiritistas, estupendos son los milagros de Cristo, pero tan reales y tan dignos de no ser negados. Todo llega al que sabe esperar. La obra milagrosa de Cristo será, con el tiempo, tan fácil de comprender como el mecánismo de un fonógrafo ó de una máquina de escribir. Es amando á la ciencia y á sus métodos rigurosos como he llegado á esa conclusión. Mi fe no es ciega; se basa en el estudio y en el hondo respeto que tengo por el pasado. Para empaparse de toda la filosofía de la historia, para saturarse de todo el bello desarrollo de este pequeño planeta, donde la vida colectiva ha atravesado tantas vicisitudes, es menester eslabonar todos los fenómenos del mundo: los que nos son favorables como los que nos son adversos, los simpáticos como los aborrecibles, los buenos como los malos. Querer suprimir el autor del cristianismo es una insensatez histórica. Es uno de los ejes de la historia de Europa y América. ¿Cómo puede negarse una causa á ese efecto portentoso, lleno de luz y pleno de tinieblas, que inunda al mundo con su influencia? ¡Oh, no! La ciencia no puede inducir á tales faltas de lógi-

ca. La ciencia no juzga con sonrisas ni discute con orgullo; es humilde, sabe que lo que hoy es verdad, mañana, mejor ilustrado, podrá declararlo error; pero no por eso deja de constituir ese error un jalón en la ruta del progreso. La ciencia es el análisis, la fe es la síntesis; la primera conduce lógicamente á lo segundo, y yo aguardo esperando el advenimiento de esa conciliación que tiene y debe venir. En toda época, en todo país, hay hombres, hay cosas que tanto se acercan á la perfección, que son indiscutibles. Son cómo para el hombre su amada; para el esposo, su mujer; para el poeta, su ideal; para el discípulo, su maestro. Cristo y su vida es una de ellas.

Llevan de Palestina los viajeros una impresión de desolación y de desencanto. Todos los monumentos y los sitios donde se deslizó la vida de Jesús están llenos de manifestaciones de fanatismo y de superstición. Soldadesca turca vigila los santos lugares é impide las eternas querellas entre los monjes latinos y griegos. Todo es división, desolación y degradación en la tierra en que Cristo vivió para salvar la humanidad. Allí no está Jesús. Tampoco se le encuentra en muchas de las cosas y personas que toman su nombre en vano. El mundo moderno ofrece, bajo muchos aspectos, la imagen de

Palestina, otrora un país fértil, habitado por un gran pueblo.

Cuando se palpan esos ejemplos, es que el escéptico hace bien en dudar de la existencia de tan luminoso espíritu. Pero que no le busque allí; allí no está. Él ha resucitado. Pierre Lotti invita á buscarle entre los muertos. Jesús se encuentra en espíritu, y no entre las huellas fabulosas de su pasaje por esta ó aquella Iglesia. La Tierra Santa no revelará, nunca muchas de las grandes y majestuosas instituciones que hacen de sus doctrinas un privilegio especial. La superstición, el engaño, la hipocresía, son sus grandes enemigos, á la vez que la más dura prueba á que está sometida la fe en el mundo.

Siempre que las Iglesias han abandonado á Cristo, el ritualismo sofocante y excesivo se ha infiltrado en ellas.

Cuando más medito en el destino humano, tanto más me confirmo en el testimonio que ofrece la Biblia de la existencia de Jesús. Dios se manifiesta en la historia. Castiga á los países y humilla á las naciones. Esta es la más alta enseñanza apuntada por el pueblo de Israel. Cristo profetizó el porvenir de su patria; aun hoy obran sus vaticinios. La historia consigna ese testimonio en favor de la «existencia del Maestro».

La vida de Cristo es un tema vasto; considéresele hombre ó superhombre, tiene para la civilización la misma importancia. Su biografía debe darse á conocer á la niñez y á la juventud en la escuela y en la Universidad. No concibo enseñanza moral separada de él, aun dentro del más estricto laicismo. Se estudia á Sócrates, á Platón. ¿Y por qué no á Cristo? ¿No le pertenece, descartada su actuación milagrosa, uno de los más puros sistemas de ética concebibles?

Abstracción hecha de su divinidad, de sus poderes sobrenaturales, siempre será la figura culminante de nuestro planeta, el personaje ético reinante de toda época. El comunismo, el socialismo, el propio anarquismo, hallan en su doctrina el mejor fermento de sus vindicaciones.

El estudio de los orígenes del cristianismo ocupó la vida entera de un espíritu tan intuitivo y artista como el de Renán; Strauss le dedicó no pocas vigilias; Harnack, el teólogo alemán, ha puesto en evidencia de una manera notable la esencia del cristianismo; en Inglaterra, Farrar ha escrito una elocuente vida de Jesús; Andrews, Geike, Havgood, Hakes y otros se han ocupado de la divina existencia; Hartmann, el célebre ocultista, retraza la vida de iniciación del Maestro. Shuré le clasifica entre

los grandes iniciados. Luis Veuillot le hizo la apología católica. La lista completa de los historiadores de Jesús ocuparía un in folio de grandes dimensiones. De una ú otra manera, no ha existido grande hombre que no se haya ocupado de él. Entre los hombres de ciencia sobresalen Kepler, Pascal, Newton, Le Verrier y Pasteur; entre los estadistas, Gladstone y Guizot eran profundos cristianos. El libre pensamiento ha sugerido alguna vez que la fe va unida á la ignorancia, cuando no á la pobreza de espíritu. Nada más falso. Cuanto más se eleva el hombre sobre el ambiente y la mediocridad, tanto más admira la armonía del Universo, concluyendo por amar á su Autor. Entre los creyentes, como entre los incrédulos, hay sabios é ignorantes, buenos y malos; como en la bella parábola del Evangelio, el buen grano y el malo caen á menudo en la misma sementera.

No; cien mil veces no. Cristo ha existido. Puede que los Evangelios, escritos por hombres bien intencionados, pero imperfectos, no nos presenten de él la más acabada imagen; es posible que el hombre y las Iglesias, enceguecidos por sus apasionamientos humanos, lo desconceptúen; con todo, él es y será lo que es: el ser divino, el hombre perfecto y el sabio Maestro. Acaso una trabajosa crisis perturbe en la ac-

tualidad el desarrollo del cristianismo, quizá por el momento las ansias de la posesión terrestre y los apetitos desordenados de una sociedad ultramaterializada alejen de la mente humana la visión del reino interior de los cielos; pero ocurra lo que quiera, se cumplirán sus profecías, que suenan á una voz partida de lo infinito en viaje á los límites inimaginables del espacio.

Jesús y la historia

Los historiadores coetáneos de Jesús no registran su vida porque no se dieron cuenta de la trascendencia de su misión y el alcance de su doctrina. Nosotros mismos incurrimos en idéntico error sin darnos cuenta de ello. Atribuímos exagerada importancia á personas por el mero hecho de ocupar grandes puestos. Esas personas acaso ocuparán otro sitio en la mente del futuro historiador.

Por ejemplo: un escritor puede alcanzar por sus ideas una influencia considerable, y por ese medio, transformar el medio ambiente. Ese hombre quizá llevó una vida obscura y sin halagos mundanos; gobernantes y pueblos pasaban sin apercibirse de su existencia; sin embargo, llega la hora de la justicia, y es tenido en más cuenta que todos ellos.

El tiempo es el gran revelador.

Para ilustrar mejor este excelente argu-

mento, transportémonos á la época gloriosa de Inglaterra: el reinado de Isabel.

Shakespeare fué su humilde súbdito: poca consideración merecía entonces este hoy gran ciudadano del mundo á la reyecía y nobleza de su época. Á tal punto es esto cierto, que se ha dudado si él fué efectivamente el autor de los inmortales dramas. Se ha llegado hasta atribuir tan envidiable paternidad á lord Bacón, el filósofo de *Novum Organum*. Desde la época en que Shakespeare vivió desconocido, han transcurrido cuatro siglos, ínfimo parpadeo del eterno tiempo: hoy es considerado uno de los genios más portentosos; su nombre suena á divino; manda y gobierna á más corazones y cerebros que jamás gobernara la popular reina Bess, un tanto olvidada hoy.

El misterio rodea la existencia de los hombres más geniales. Aun se discute la existencia de Homero. En tanto permanecen *La Ilíada* y *La Odisea* como los más poéticos monumentos de la literatura universal.

Todavía no se sabe á ciencia cierta quién fué el autor de la *Imitación de Jesucristo*. Tres hombres, todos ellos eminentes, comparten el honor de haberla escrito.

Los genios se manifiestan tanto más así cuanto más transcurre el tiempo; poseen el

poder de agigantarse ante las generaciones. Así sucedió con Homero; así aconteció con Sócrates y Platón; así ocurrió con el fundador del cristianismo.

No ama la verdad quien sólo consulta los críticos y detractores de una personalidad. Forzoso es consultar ambas partes.

Creo sinceramente que la persona de Jesús sale ganando con este método. La vida del Nazareno es una de aquellas que no pueden estudiarse sin sentir cierto escozor interno, acompañado de una emoción singular de tranquilidad y de belleza que nos obliga á amarla.

Existe en ciertas vidas un poder invencible de atracción. Hay armonías póstumas conformes con el carácter de las personas. El reino de Jesús no es aún de este mundo.

Un pensador que conoce á fondo el espíritu de esta vida incomparable, la juzga de esta manera:

«...La historia aquí no puede ser explicada por los principios materialistas de Buckle y Draper. Ella no es una ciencia de términos medios ni una filosofía del fatalismo.

»Las fuentes de los acontecimientos que refiere y el orden en que se presentan, revisten á la vez un carácter espiritual é intelectual. Tienen que hallar su origen en el espíritu, en el

pensamiento, en la libre actividad mental, no en una necesidad física, inmutable é irrevocable al mismo tiempo. Cristo entró en el mundo y su ministerio detuvo el curso del desarrollo y del progreso humano. Él no era el producto de su época, sino su antítesis; no nació del espíritu del tiempo, sino que era más bien su antagonista. Él cambió el carácter de su época y puso los cimientos de una nueva historia, una historia tan diferente de lo pasado como lo es el cosmos del caos.»

El filósofo que esto escribe, aunque cristiano, no es ningún decadente, pues escribe como Buckle ó Taine y tiene la fe de un Pasteur ó de un Gladstone.

En punto á filosofía de la historia, el cristianismo ha contribuído con la ley más hermosa é importante: «De todas las leyes que gobiernan la historia, las espirituales son las más poderosas.» Un moralista, un carpintero filósofo, un joven sin más armas que sus prédicas concisas, paralizó el desarrollo del imperio romano, dió origen al catolicismo, determinó la Reforma y produjo la democracia con sus infinitas posibilidades. No es á grandes rasgos como pueden bosquejarse las consecuencias de su buena nueva.

La trascendencia del Evangelio

No se niegue la existencia del Maéstro; estúdiesele científicamente; divídase su pasaje por el mundo, como lo hace Stalker, en grandes períodos.

La natividad; la nación y la época; el año de retiro; el año de popularidad; el año de oposición; la última cena y la conclusión filosófica juntamente con la repercusión de este suceso en la historia del mundo.

No se ocupe el estudiante de lo sobrenatural, para no ahogar así su real influencia en la vida diaria. El doctor Stalker ha buscado tratarle con la exactitud de un personaje histórico, y lo ha conseguido sin menoscabo de su gran fe.

Semejante estudio, con ayuda de la historia política, social y literaria de Israel y hasta de su geografía, atraería á la personalidad de Jesús á muchas almas que se ensimisman mientras

otras adoptan un paganismo voluptuoso ó un ateísmo é indiferencia suicida.

Un judío racionalista, hombre de elevada condición, juzgaba á Cristo el judío más eminente después de Moisés. Es ya algo ganado en el terreno de la tolerancia y de la latitud mental. Sin sus enseñanzas no concebía á Wáshington ni á Lincoln.

Estamos en vísperas de las grandes concesiones de la incredulidad y del materialismo histórico.

Además de lo que llevo apuntado, sugeriría el estudio del Evangelio, libro siempre moral, la honda traza de la tradición cristiana en el arte del pasado y del presente; su hondo arraigo en mentes sanas como en la de Pasteur, sus esponsales con espíritus como el de Taine; Bourget, Huysmans, De Vogüe; el efecto producido en desequilibrados geniales como Oscar Wilde, y otras tantas ocasiones de sorprender aún hoy su fresca vitalidad.

La vida del mundo y la existencia efímera de un insecto cuentan lo mismo frente al tiempo inconmensurable; el pequeño espacio que ocupamos en el océano del Universo no es mayor que el grano de polvo mecido por los antojos del viento.

Nosotros, hombres minúsculos que á cada

momento atestiguamos la impotencia y lo aleatorio de nuestros esfuerzos, queremos negar al genio de la vida y de la muerte, el poder de lo grande, de lo hermoso, de lo eterno. Irrisión. Locura. ¿Que no es posible? No; para el que ha hecho del cuerpo humano una fábrica de colores, para aquel que ha dado miles de movimientos á nuestros músculos y nervios, para el que ha deslumbrado nuestro entendimiento con tanta grandeza, todo es posible.

Léase la obra de Gustave Lebon *L'évolution de la matière,* y se verá cuán deficientes son aún nuestras nociones de la química y física.

No pocas mentes creen al conocimiento inmutable y absoluto. El descubrimiento del radio compromete mucho nuestra noción científico-oficial de la materia y sus propiedades. Sólo Dios es absoluto; nosotros somos seres relativísimos; miles, cientos de miles de años tienen que transcurrir para la adquisición del real saber que conduce á lo eterno. Joven aún es el mundo, muy imperfecta nuestra ciencia y poco desenvuelta nuestra espiritualidad é intuición para pretender erigirnos en críticos de Cristo, ser superior en todo sentido. Considéresele en su elevada vida del hogar; las cuestiones más delicadas que conmueven á la sociedad moderna están planteadas y resueltas allí. Con res-

pecto al Estado, sus pensamientos son de los más sabios. «Dad al César lo que es del César» aun es una fórmula que, de cumplirse como él la cumplió, no existiría rozamiento entre los poderes civiles y eclesiásticos. Él sintió, como sólo él era capaz de sentirlo, que la grandeza del estadista y del gobernante «no se mide por la cantidad de impuestos cobrados, sino por la magnitud de los servicios que se prestan». Frente á la Iglesia establecida de su patria, es de todos conocido y admirado su gesto purificador cuando arrojó del templo á los mercaderes. Sus palabras grandiosas á la Samaritana pueden citarse aún como la mejor definición del culto á Dios. Como amigo fué grande; prueba de ello son sus relaciones con los doce apóstoles. «La amistad, como casi todas las cosas, se juzga por los resultados.» Compárese á los discípulos cuando comenzaron su misión y después.

Cristo era un hombre sociable; su vida dignificó este pensamiento áureo: «El poder como el carácter se derivan de la fuente de la oración.»

Era un profundo conocedor de las Santas Escrituras. El más influyente de los reformadores ejerció el oficio de obrero manual. Su parábola de los talentos evidencia la grande estima en que tenía la laboriosidad. Nadie ha sabido

sufrir como Jesús ni extraer tantos múltiples beneficios de su sublime abnegación. Fué filántropo, si es propio aplicarle ese nombre á su constante anhelo de aliviar el dolor y remover el mal de raíz. En él toma sus orígenes históricos la caridad. Su manera de atraerse las almas pecadoras es inimitable. En su predicación se fundían la elocuencia más conmovedora y la poesía más elevada. Como maestro, su éxito fué sin precedentes. Educó á sus rudos discípulos como á niños que paulatinamente van abriendo sus ojos á la luz del saber. Preguntado el profesor Tholuck, el gran teólogo alemán del siglo pasado, cuál era el secreto de su fecunda influencia, contestó con esta frase lapidaria: «Tengo una pasión: Cristo.» En su cualidad de controversista silenció á menudo á los fariseos con la expresión vigorosa de su ira santa y su acabada argumentación. Jesús fué tolerante con los humildes, los sufridos y los engañados, mas no tuvo piedad con la maldad recalcitrante y la hipocresía solapada. El corazón de Cristo conoció toda la gama de sentimientos delicados, tiernos y hondos. La influencia verdaderamente mágica que ejercía su presencia, la medimos por la impresión producida, lo mismo sobre los individuos que sobre las multitudes. Los Evangelios narran que los hombres se maravillaban

ante él; los poseídos temblaban; los atormentados por los más espantosos pesares, acudían con fe á él, esperanzados en que con una sola mirada ó palabra transformara su dolor en alegría, su pena en goce, su fealdad en belleza, su enfermedad en salud. «En los irreligiosos producía, despertaba repulsión y el anhelo de huir de él.» Junto á este tema desearía que mi alma diminuta tuviera un órgano de expansión sutil como la más leve emoción de belleza para fijarse cuánto experimento, á pesar de mis imperfecciones y sed de cosas mundanas. Todavía estoy, en punto á espiritualidad, lo mismo que el zoófito más elemental; aun me hallo en el primer peldaño de la escala de la vida, que empieza en la vibración más lenta de la materia para consumarse en el reposo de Dios. Filtran por mi ser, como las vetas de agua las entrañas de la tierra, las influencias de arriba, pero no aun en número suficiente para que emane de mi cerebro la verdad casta y purísima.

Dejo paso á un maestro; con él he recorrido el mundo espiritual y el ambiente humano en que se desarrolló la existencia de Jesús. Su visión la he hecho mía; en su pensamiento undoso y fértil, el mío toma alas y vuela:

«Un hombre puede esforzarse por conquistar influencia y no lograrla. Pero dejadle que cul-

tive el dominio de sí mismo, la conciencia, la pureza y la sumisión, y entonces no le faltará. Cada paso en el progreso interno nos hace valer más ante el mundo y á toda causa con la cual nos identifiquemos. El sendero de la influencia es, sencillamente, el camino del deber y de la lealtad. Permitid á un hombre acercarse á Cristo y que abra de par en par su corazón para admitir la energía de Cristo, y entonces, á sabiendas ó no—acaso sea para él mejor que no lo sepa—, crecerá en poder sobre los hombres para traerlos á Dios y éste á ellos.»

«Permaneced conmigo y yo con vosotros: así como la rama no puede dar fruto por sí misma si no permanece junto á la viña, tampoco vosotros lo podéis si no vivís en mí.»

El éxito de la corta vida de Jesús está en esas palabras, que parecen el eco de las más ocultas enseñanzas de la sabiduría.

Lectores: os invito á meditarlas seriamente; anticristianos: seguidlas, y acabaréis como yo he comenzado y espero terminar la vida, apelando á ese Jesús que en todas las épocas será como es hoy: el mejor amigo y hermano de la humanidad.

ENSAYO

SOBRE

"Conversaciones tranquilas sobre el poder,,

por S. D. GORDON

A la doctora Estela Long.

He notado que los libros entran siempre en la esfera de mi vida cuando necesito de ellos como si fuesen amigos y consejeros. Conocí este admirable librito en el momento más oportuno. Su lectura ha abierto mi mente á especulaciones espirituales. Al propio tiempo he podido cerciorarme acabadamente de cuán bien se hermana la eterna doctrina del Maestro de Nazaret con las sanas especulaciones del pensamiento moderno más avanzado. Parecíame increíble al leer este libro, de una conmovedora piedad y de una ortodoxia insospechable, encontrar allí muchas de las ideas que la filosofía cree suyas, cuando ha tiempo estaban escritas en el Evangelio.

Empecé á leer esta obrita hermosa y conmovedora en la agitada urbe moderna, acabándola en el campo un domingo de la divina primavera. ¡Qué sugestiva era esta circunstancia! Antes de leerla sufría de la inquietud malsana; después me poseía la serenidad de la fe. El domingo á que he hecho referencia era de una indescriptible belleza: el cielo, de un azul claro, volcaba sobre los campos verdeantes y los árboles frutales en que ya comienzan á aparecer las más olorosas flores. Había en todo una alegría serena, un aspecto de belleza armoniosa y fecunda. Ni una nube franqueaba el horizonte terso y límpido. Una claridad encantadora envolvía á los seres y á las cosas. Los objetos se veían nítidos, destacándose como esos lujosos adornos superpuestos al terciopelo ó al encaje. Por el camino que tomé para llegar á la campaña reinaba el más absoluto silencio, y en sus pliegues mi espíritu se sintió desbordante de dicha. Me parecía que mi alma era un gran y nítido espejo en que toda la belleza de la Naturaleza divina se reflejaba. Sentíala como se siente el palpitar de un corazón querido... y así también me sentí cuando lleno de sublime recogimiento cerré las tranquilas, suaves y nobles meditaciones sobre el poder del hombre que se deja guiar por el Espíritu Divino. Entonces ya

no experimentaba «la ansiedad que quita la frescura de la mente y la dulzura del ánimo...» Con todo su esplendor, se iluminaba para mí esta sentencia: «El acto más elevado de la voluntad más firme es dejarse guiar por una voluntad superior cuando ésta se encuentra.»

De la sabiduría de que este libro desborda, no podré dar pálida idea al que no lo haya leído; pero sólo diré que sus ocho capítulos son de una lógica acerada, donde con una sencillez admirable y precisión, el autor expone su comentario sobre «el Espíritu Santo».

No he leído tesis mejor sostenida. El autor se ha desposeído de cuanto podía distraerlo de su propósito; marcha derecho y firme hacia él. Su auditorio es la juventud cristiana.

Entre las experiencias que relata en el curso de sus estudios-sermones, he seleccionado las siguientes:

Habla del camino por el cual debemos decidirnos en un momento solemne que á todos llega en la vida. Muchos, aun permaneciendo en el bien y en la virtud aparentemente, se alejan sin quererlo de él por las causas más fortuitas.

«Conocí á un joven que sentía una gran pasión por una admirable joven; ambos eran cristianos educadísimos, muy superiores á la mayoría respecto á dotes naturales é ilustración. El

joven le hizo conocer sus sentimientos. Pero como ocurre con muchas mujeres que no confían esos asuntos á su mejor amigo y se inclinan á probar al amado, lo rechazó, probándolo repetidas veces, para comprobar hasta qué punto era verdadero su amor. Por fin, manifestándole ella indirectamente sus propios sentimientos en el asunto, le negó aún el consentimiento que solicitaba, hasta no someterse él á un cierto proyecto suyo. El proyecto, en sí mismo bueno, era ambicioso, y tendía decididamente á alejarlo de los elevados y dulces ideales espirituales que habían tutelado su vida en la Universidad y después, por más que él mismo no tuviera mucha conciencia de su propia tendencia. Lo único sensato en esta emergencia era tomarse tiempo para pensar á solas y aparte, á fin de tomar una decisión tranquila, ponderada y orar: así averiguaba si el plan de ella coincidía también con el plan que el Maestro había trazado para él. Pero el elemento personal probó ser muy fuerte para deliberar de esa suerte. La posibilidad de perderla lo afuscó. No fué ya cuestión entre el plan de ella y el del Maestro.»

«Este último fué perdido de vista, y muy probablemente de una manera inconsciente, porque fué resuelto ligeramente. «Ella tenía que ser suya», pensaba el joven. Eso dominaba

todas las cosas para él. Y sobre esa base tomó su decisión. ¿Con qué resultado? Él ocupa hoy un sitio prominente en el servicio de Cristo, es un orador sincero, un obrero infatigable, con una personalidad de las más atrayentes. Pero su vida espiritual se ha empequeñecido visiblemente. Sus ideales, todavía elevados y nobles, son á todas luces inferiores á los que poseía cuando era más joven. Los ideales intelectuales, admirables en sí mismos, pertenecen á un segundo plano en la vida cristiana; actualmente dominan el ambiente. Las concepciones y la comprensión de este joven respecto de la verdad espiritual han cambiado marcadamente.»

«La propuesta de una vida para sí, se le apareció de una manera muy fascinadora. Prontamente accedió á ello, aun cuando eso reportaba rehusar el plan que otro tenía para él, plan que él había reconocido claramente y aceptado.»

La conclusión de todo esto es que el corazón de cada hombre es un campo de batalla. De idea en idea, nutrida y bella, el autor llega á la contemplación de esa vida que es la maravilla de las edades. Escuchadle cómo la caracteriza: «Fué una vida de conflicto constante, pero espléndida, tranquila, de una paz

inalterable de ánimo y un maravilloso poder exterior.»

Hablando sobre las caídas que solemos tener en nuestra vida espiritual, trae á colación este ejemplo notable bajo todos respectos:

«Sin embargo, tengo conocimiento de un hombre—lo he conocido íntimamente por muchos años—, uno de los seres más santos que he tenido el privilegio de conocer. Durante algún tiempo fué misionero en el extranjero; predica actualmente en este país. Su vida es verdaderamente santa, y su prédica va acompañada siempre de manifestaciones de singular poder. Al conversar con un joven pastor, le dijo que no había conocido nunca la segunda bendición ó experiencia. Comprendo perfectamente que haya sido así. Pues, aparentemente, tan lejos como pueda verse su primera decisión, fué hecha de todo corazón. Había seguido sencilla y plenamente el camino tal como lo vió. No se había detenido, había ascendido gradualmente, y consiguió una revelación continua de la presencia del espíritu.

»Así puedo decirlo con propiedad, porque lo creo sinceramente, que en el plan de Dios no hay necesidad de una segunda experiencia.»

En uno de los capítulos donde trata de la iniciación del poder en nuestro espíritu, emplea

términos de mucha verdad y belleza para pintar la transfiguración de la vida y la intensa paz que de ella resulta. «Es la paz de Dios. Nos sirve como una coraza alrededor de nuestro corazón y de nuestros pensamientos para preservarnos de la inquietud. Es demasiado sutil para el análisis intelectual, mas penetra el corazón y el alma. No se puede comprender, pero se siente. El cerebro no puede contenerla, pero sí el corazón. No se obtiene. Ella os invade. No es menester comprenderla para sentirla.»

Y yo añado qué preciosa es esa paz, superior á la serenidad que viene de la ciencia; á la alegría del éxito; del contento de la salud; de la tranquilidad del dinero; la firmeza y el coraje que dan la confianza en sí mismo. Para comprenderla, Gordon me lo ha hecho sentir intensamente, fuera menester referirnos á esa sensación de frescura, de profunda satisfacción que sigue á los apetitos sanos del ser cuando se satisfacen. El aura fresca en una noche del reverberante estío, el agua cristalina, los abismos estelares, el silencio de la admiración y del respeto, el éxtasis, todo ello no alcanza á definir en su esencia, esquiva á la pluma del escritor y á la visión del artista. Y esa paz trae aparejado el amor, *que no sólo es la flor más fina de la vida cristiana, sino su prueba final.*

Los efectos del Poder Divino en nosotros están bien precisados.

«El grupo original de facultades mentales permanece lo mismo.»

«En cuanto á su desarrollo—expone Gordon—, pueden advertirse cuatro hechos:

»Primero. Aquellas facultades ó talentos que han permanecido hasta entonces latentes, sin madurar se despiertan para ser empleados.

»Segundo. Todas nuestras facultades se desarrollarán hasta la mayor elevación normal posible.

»Tercero. Se efectuará una vuelta á la normalidad en aquellas facultades que se han empequeñecido, torcido ó desarrollado anormalmente por el pecado ó el egoísmo.

»Cuarto. Todo este crecimiento y desarrollo se cumplirá extrictamente dentro de las condiciones de las dotes naturales del individuo.»

Parecen definiciones de un texto de física, química ó botánica, ¿no es verdad? La mente se inclina fácilmente á creer que en el dominio de la moral y del espíritu todo es vago. Estas verdades, proposiciones nítidas, claras, demostrables por la experiencia diaria, nos convencerán de lo contrario. El mundo toma para nosotros nuestra fisonomía.

El hombre sano sufre de una presbicia ilimi-

tada por el mundo, allende los cinco sentidos, así como el malvado y el frívolo son sordos y ciegos á las melodías y á las visiones del hermoso más allá.

«Porque—y aquí mi pensamiento entra de lleno como un manso arroyuelo en el río Gordon—el hombre es el arpa eólica de Dios. La habilidad enseñada por mano del hombre puede extraer una música extraña, pero comparada con la otra es monótona, aun cuando dé de sí el mejor sonido. Cuando se afina el instrumento para captar el álito completo de Dios, entonces resuena con una fabulosa riqueza de melodías. Cuando la vida se rinde por completo al impulso del Espíritu, encontraremos que la paz de Dios, que excede á toda comprensión, llena el corazón, y el poder de Dios, que sobrepasa á toda resistencia, inundará nuestra vida. Otros hallarán la belleza de Dios, que no es posible describir, transformar el rostro; y la fresca fragancia de Dios, que está más allá de toda comparación, llenará la personalidad, aunque probablemente no nos daremos cuenta de ello.»

Sólo un hombre penetrado de ese espíritu tan maravillosamente descrito, puede hablarnos así. La difícil doctrina del Espíritu Santo se hace en estas páginas comprensible al cerebro

menos iluminado. Todo el libro es, por así decirlo, un viaje por la metafísica del cristianismo, pero con un mentor tan sabio, tan amable y elocuente, que todas las regiones atravesadas parecen tierras de promisión.

Cierra las sencillas meditaciones, que el autor ha bautizado modestamente *Conversaciones tranquilas sobre el poder,* un episodio de la vida de un hombre, que aunque Gordon no lo manifieste claramente, presenta todos los caracteres del ser con poder del Espíritu.

Acaso en la batalla diaria de nuestra existencia inquieta y mezquina con los grandes y luminosos ideales, olvidemos la doctrina, pero estos ejemplos prácticos perduran como marcas de fuego en nuestra memoria.

«El profesor Johan Albrecht Bengel era maestro en el seminario de Denkendorf, Alemania, en el siglo XVIII. Poseía, junto á un profundo respeto por la Biblia, una agudeza de pensamiento á la cual nada escapaba. Los seminaristas vivían admirados de su gran intelectualidad, de su gran humildad y cristianismo práctico.

»Una noche, uno de ellos, ávido de sorprender el secreto de su vida santa, se introdujo en sus piezas mientras que el profesor atendía á sus clases en la ciudad, y se ocultó

tras las pesadas cortinas del receso de una vieja ventana.

»Esperó mucho tiempo, hasta que cansado de esperar pensó cuán fatigado estaría su maestro después de su labor diaria en las clases y fuera de ellas. Finalmente, oyó pasos en el hall, y aguardó, fuera de aliento, para conocer el anhelado secreto. El profesor entró, cambió sus zapatos por zapatillas, y sentándose en su escritorio, abrió la Biblia alemana, vieja y marcada de tanto hojearla, y comenzó á leerla tranquilamente, página por página.

»Leyó media hora, tres cuartos de hora, una hora, y aun siguió leyendo. Luego, descansando su cabeza entre las manos durante algunos minutos, dijo del modo más sencillo y familiar posible: «Pues bien, Señor Jesús; estamos aún en los mismos términos de siempre. Buenas noches.»

»¡Si pudiésemos vivir así! ¡Empezando el día consagrando un rato á estar solos y á sostener una buena conversación matinal con él! Y mientras pasa el día trabajosamente, extenderle la mano á él y decirle quedamente: «Conservémonos en buenas amistades, Señor Jesús.» Y cuando anochece irnos con él para mirarle la cara tranquilamente, conversarle y poderle decir con familiaridad respetuosa: «Buenas no-

ches, Señor Jesús: estamos en paz el uno con el otro; buenas noches.» Semejante vida estará penetrada de la presencia de Dios.»

Mientras esto leyera, sentía un solaz tan indescriptible, una ayuda tan eficaz para vivir con Dios en la inmensidad de su poder, que sólo me queda decir una sola palabra de síntesis: ¡Amén!

NORTE AMÉRICA

Los elementos idealistas de la vida

Al profesor W. R. Shepherd,
de Colombia University.

Cuando uno se avecina á la gran estatua de la Libertad se siente el corazón lleno de alegría. No sé por qué se piensa instintivamente en la visión de una humanidad del porvenir idealizada.

Un dramaturgo judío la llama sagazmente «la gran retorta en que se fundirán todos los pueblos del orbe para constituir un nuevo tipo humano, el más perfecto hasta ahora».

El hecho geográfico más saliente de este enorme país es su situación entre los dos más importantes océanos del mundo, poseyendo dentro de su área estupenda todos los elementos para ser el primer país del mundo. Es ya el primer productor de objetos manufacturados para usos domésticos. Produce granos, harina,

aceite refinado, lana y cueros, hilos de todas clases, instrumentos de agricultura, objetos hechos de acero y fierro de todas clases.

Situada América—y en este decir van envueltas las tres Américas, latina, sajona y británica—entre dos viejos mundos, Asia y Europa, su misión es conquistarlos. La civilización es fundamentalmente un hecho económico; mas si la consideramos desde un punto de vista elevado, es un hecho moral.

Desde la llegada de los puritanos, hay cierta unidad en la historia de la Unión. Á su llegada declararon en Plymouth Rock que todos los hombres eran libres ante Dios. La guerra de la Independencia fué contra la opresión inglesa, y su última guerra civil fué para obtener la libertad de una raza oprimida. La base de este país es religiosa y descansa sobre un concepto ético de la libertad.

El puritanismo ha tenido una gran influencia sobre el carácter americano, vigorizándolo hasta la dureza é inclinándolo á reverenciar lo artificial en las costumbres, quitándole los impulsos naturales. Pero esas reminiscencias están muriendo rápidamente, y el carácter se está desarrollando en el sentido de la energía, del libre pensamiento, del coraje, de la confianza en sí mismo.

Las tradiciones americanas han nacido en las colonias de Virginia y Massachussets, donde durante trescientos años se desarrollaron los rasgos más genuinos del carácter nacional.

Burke, el gran orador, encontró á los americanos apasionadamente enamorados del espíritu de libertad.

Los rasgos característicos del americano tienen su origen entre los ingleses de la época de Isabel.

Es menester darse cuenta del idealismo de Nueva Inglaterra si se quiere estudiar las transformaciones del espíritu público aquí.

Las cualidades prominentes de los primeros colonos fueron un carácter excepcionalmente puro, ausencia de sensualismo mórbido y un esfuerzo constante para gobernarse según principios sinceros y fundamentales.

Una tendencia marcadamente idealista, carácter de la teología puritana; se posesionó del alma americana. Debido á ello, el país está animado de una gran devoción por ideales, «la concepción de los cuales no se refiere al saber, sino á una fe ardiente».

La norma de la teología aquí es ir de la experiencia á lo abstracto en la investigación de la verdad.

La vida no puede conducirse sobre princi-

pios puramente abstractos; así, la vida espiritual de buena parte de este pueblo consiste en un idealismo social.

En su proclamación para el día de gracia nacional, el presidente escribe estas ideas que debieran grabarse en todos los corazones:

«Sobre el bienestar físico como base, debe edificarse una elevada vida espiritual, si es que esta nación quiere realizar su gran misión y llevar á cabo cuanto esperamos ardientemente y deseamos. Las cosas del cuerpo son buenas; las de la mente son mejores, pero mejor que todas ellas son las cosas del alma, pues en una nación, como en el individuo, después de todo lo que prevalece es el carácter.»

Hay menos convencionalismo religioso que en Inglaterra. Al clero no se le considera una casta aparte. El lado social de la religión está más desarrollado que en la Europa protestante. Hay, sin embargo, aún mucho convencionalismo religioso.

El país es esencialmente protestante y no hay el menor peligro de que prevalezca el catolicismo si el protestantismo persiste en las creencias fundamentales del cristianismo primitivo.

El catolicismo avanza á paso rápido, sin embargo. Veinticuatro millones de súbditos, ó

sea la décima parte de la población católica total del mundo, constituye una masa compacta frente á treinta y siete millones de protestantes, dividido en multitud de sectas. Por el último decreto papal, de 29 de Junio de 1908, los Estados Unidos han pasado de la categoría de país misionero á la de nación, con los privilegios de Italia, Francia y España.

Del obispo metodista Juan H. Vincent ha partido la idea de construir un templo exclusivo para la interpretación de la vida de Cristo y su relación con la civilización actual.

Esta *Aula Christi* es un símbolo hermoso, y todo ser pensante podrá adorarle allí silenciosamente. Creo que la frase «Hacer rey á Jesús» salió de aquí. Si realmente este es el deseo íntimo del alma americana, entonces profetizo que ningún país del mundo alcanzará su gloria y poderío. El país cuyos habitantes se dediquen al Maestro llegará á la más alta civilización, porque el Evangelio despierta cualidades imperecederas. Así lo presentían Goethe y lo sostiene un sociólogo tan eminente é irreligioso como Franklin Goddings.

Charles Wágner, el mejor escritor protestante de Francia, espíritu fuerte y justo, resume sus impresiones sobre América y su presidente en estas sabias palabras:

«He visto á América en el hogar, en las iglesias, en los colegios, en la sociedad y en los institutos de educación. Mis impresiones son magníficas y demasiado extensas para ser expresadas en pocas palabras. Estimo que América promete poseer gran poder espiritual, la fuerza más importante en cualquier país.

»¿Cómo puede adquirirlo? Esa es la gran cuestión. Cada generación trae consigo una interpretación personal del tesoro de la fe tradicional. Hay mucho que hacer en América si es que el oro viejo y hermoso ha de conservar su perfecto valor.

»Llevo una fuerte impresión de mi visita á la Casa Blanca. América tiene un presidente que personifica lo mejor de su tradición honesta, su poderoso espíritu de labor para lo presente y lo futuro.

»Me alegro sobremanera de haber conocido á semejante hombre, y de tenerle por amigo. Su único temor es hacer el mal.»

Roosevelt es un hombre representativo por su elevada idealidad, perspicacia, amplia visión de la vida individual y colectiva, y la aplicación constante de una sana filosofía á las condiciones actuales de este país.

Su fe en Dios y el coraje impetuoso con que abarca los problemas sociales, son sus rasgos

más salientes. El anciano rector de Harward, doctor Elliot, comparte con él la popularidad nacional.

El pueblo siente que la sabiduría, idealismo y fuerza de los juicios de estos dos grandes hombres, son un factor decisivo en el progreso intelectual y moral de la nacionalidad.

Con admirable concisión, Mr. John Van Vorst ha precisado algunos rasgos que hacen ejemplar á este pueblo:

«En América, todo hombre, mujer ó niño, tiene algún ideal. No importa á qué clase de idealismo pertenezca; el ideal es personal. Cree en él. Está pronto á perecer con él ó enfadarse consigo mismo si no lo realiza. Trabaja y progresa según esa idea. Hay sitio en el país para su pensamiento y su palabra. Esto le da coraje. Su esperanza es la suerte no experimentada; esta experiencia es su ideal.»

Si aun el americano no ha vestido á la vida con poesía, como dijera Emerson de Goethe, la ha adornado del goce santo del vivir, de la energía saludable y de la pasión por la verdad, en las relaciones diarias.

Nosotros, los del Sur, debemos estudiarla mucho, para evitar los males del industrialismo y de la emancipación femenina. La cultura está más al alcance de todos que en los pueblos europeos;

su inteligencia se parece mucho á la inglesa en su reposo y tenacidad. Existe aquí una maravillosa capacidad para hacer dinero y hacerlo una fuerza en beneficio del arte y de las glorias del saber. Es un pueblo caballeresco, poseedor de una urbanidad innata y exquisita para con la mujer en general.

El americano es excepcionalmente cortés con la mujer. Podría citar numerosos casos de su encantadora devoción al eterno femenino. Nunca me olvidaré que conversando con un sociólogo sobre un interesante tópico, al despedirme le envié recuerdos á su esposa. El efecto fué instantáneo; se incorporó, y con su más gentil sonrisa se quitó el sombrero, saludándome con el mayor respeto. En los teatros, trenes, Universidad y bancos, la mujer es tratada con la mayor deferencia. Sólo en Francia he observado algo similar. El americano culto es comparable al joven hidalgo de la edad de oro, cuyo horizonte mental es la dama de su predilección.

No hay señales de muy intenso escepticismo aquí. El cristianismo ha moldeado á los mejores hombres de ciencia y estadistas. Los librepensadores son escasísimos. En parte de la juventud se está operando una transformación intelectual y moral cuya partida es el cristianismo.

Estados Unidos constituye una nación religiosa. La Biblia ha sido hasta aquí el libro más leído y vendido, pero hay tendencia á abandonarlo. De todas partes se elevan voces que incitan al mejoramiento social.

Alguien sugiere la creencia de que como el abogado representa la mayoría, debe ser bien educado y partidario de las mejores ideas. Una tercera parte del Senado está formada de abogados; la Cámara de Representantes posee la misma proporción.

Hay cierto culto por los grandes partidos. El senador Alberto Boveridge, el orador más pulido de la Unión, habla en estos términos de los grandes hombres norteamericanos:

«Wáshington sólo fué grande porque personificó la voluntad popular en su lucha por la independencia; Lincoln fué grande porque representó su determinación para ser una nacionalidad; Roosevelt es grande porque es su portavoz el deseo de justicia social.»

Todos los hombres cultos y patrióticos están contestes en que los Estados Unidos sólo podrá llegar á ser la primera nación del mundo cuando sus hijos obedezcan á un elevado ideal político. La verdadera política tiene la elevación de una pasión religiosa.

Hasta ahora el desarrollo material ha dis-

traído á la parte sana de la poblacióu de la política, dejada á *bosses* poco escrupulosos. En las municipalidades sobre todo, el gobierno ha sido deficientísimo y desordenado.

Se está operando una gran reacción en este sentido, y á hombres como Roosevelt y el gobernador Hughes se debe esto.

Con estas frases vibrantes se dirige el rector de la Universidad de California á la juventud que se graduó en 1908:

«No ha vivido completamente aquel que no ha aumentado su vida por pérdidas y sacrificios. Después de todo, las palabras del Hijo del Carpintero fueron la expresión de esa sabiduría mundial que llamamos buen sentido.»

«Aquel que desee salvar su vida, que la pierda. Aquel que anhele ser el mejor de todos, que sea el sirviente de todos.»

John Maclaren, el humorista escocés, en una de sus conferencias, exclamó:

«El día de hoy es el mejor que conocemos, y nuestros hijos conocerán uno aun más bueno.»

Al ser preguntado si el mundo había mejorado moralmente, contestó:

«La condición del pueblo mejora material y físicamente. Existe mucho desasosiego religioso. Creo que el dogma sufrirá grandes cambios, pero las grandes verdades fundamentales pre-

valecerán. La fe no está desapareciendo en América.»

El americanismo como ideal constructivo, está cundiendo rápidamente. Según hemos podido observar, uno de los hechos característicos de la América contemporánea es la intensidad con que se hace sentir *la necesidad de ideales*. Por un lado el maravilloso desarrollo económico ha destruído ciertos elementos superiores, y por otro, ha despertado un sentimiento de nueva responsabilidad.

Hasta aquí la cultura americana procede de la europea. La literatura es una rama de la inglesa, en el drama descuellan grandemente, y no está lejano el día en que sus piezas sociales y cuadros encantadores de costumbres triunfarán por doquier se hable el idioma inglés.

Á pesar de una ola de inmoralidad que ha invadido los teatros neoyorkinos, las piezas tienden á la moral.

He visto una pieza, *El sirviente de la casa*, realmente poderosa en todo género de sugestiones. Es un sermón dramático de efecto. Cristo está personificado en un sirviente que entra á una casa donde reina el caos, el egoísmo y la inquietud lenta, pero seguramente debido al sacrificio, al altruísmo y á la obediencia, todo vuelve á la calma y á la paz. Se ha publicado

en libro, y desearía de corazón el verle traducido para el público español. Los socialistas, y acaso los anarquistas, lo hallarían hermoso y ennoblecedor.

La religión reposa en las concepciones del Antiguo Testamento. América y su espíritu, considerado como algo nuevo, es aún algo por venir. Desde ahora se puede adelantar que un sincero é intenso idealismo tutelará el devenir social.

El espíritu universitario es de los mejores y refleja altos ideales y las más sabias reflexiones del pueblo.

Esta magnífica declaración del presidente del Distrito Federal expresa bien el sentimiento público:

«Nuestra ciudad existe, fuerte y sencilla, para realizar cosas de la mente y del espíritu. Por encima del clamoreo de los mercados y la marea de los placeres sensuales, Wáshington nos recuerda constantemente aquellos hombres que eran demasiado ocupados para acumular dinero y demasiado bien intencionados para malgastarlo, dando al país lo que otros dan á sí mismos. La voz de la ciudad llama á la juventud del país irresistiblemente para señalarle como deber una vida generosa, dedicada al esfuerzo patriótico.»

En sus vigorosos juicios sobre América, Paúl Adam compara esta vida de combate contra el mal y la inactividad francesa:

«Et l'on ne retrouve pas ici le repos latin, le petit trot du fiacre, la profusion des discours, les querelles interminables sur les congregations, l'indolence des tentatives, la timidité des révolutionnaires, le gout du certain et du joli, le desir de l'aise paresseuse, l'economie sordite et craintive, le langage très ironique d'esprits ayant chassé toute chimère grandiose pour tenir sûrement le moyen, le solide, le positif sans aléas...»

Otra faz de este pueblo en que revela su fe en una democracia perfecta es la campaña nacional contra el alcoholismo. Muchos son los Estados y ciudades donde está prohibida la venta y fabricación de bebidas alcohólicas. Se cierran treinta despachos de bebidas diarios. En el Sur, sobre todo, este asunto toma proporciones colosales. Se dice, y se cree, que el americano es tan sólo un comerciante: nada más erróneo; dudo exista un pueblo más inclinado á las cosas superiores. Algo los distingue de los demás pueblos en religión y en literatura: un fin práctico y concreto.

El pragmatismo es una filosofía netamente americana. Cuatro ideas constructivas infor-

man este producto típico de esta civilización anglo-sajona: democracia, evolución, energía y método científico.

Otro rasgo que reza con las observaciones anteriores es la generosidad de los ricos. El hombre rico se vuelve siempre el bienhechor de la comunidad y trabaja para su progreso cívico.

En fin; muchas son las fuerzas que trabajan un porvenir brillante á esta nación. Por otra parte, muchas cosas turban la paz pública. Por un lado la megalomanía de los trusts y la actitud provocadora de las sociedades de resistencia. Los peores enemigos de esta sociedad son sus multimillonarios. Muchos de ellos trabajan por establecer sobre este suelo libre los prejuicios europeos y su aristocracia demodada.

El divorcio excesivo es otro elemento perturbador. En veinte años se han decretado un millón de divorcios. De diez matrimonios, dos acaban en la separación. La proporción está alarmando á los estadistas.

El negro es otra fuente de preocupación pública. Á pesar de la existencia de tres millones de mulatos, la raza no se mezcla con la blanca en la proporción suficiente para ser absorbida. El norteamericano, por regla general, tiene una alta idea de la pureza de la raza.

La inmensidad de este país hace que se sus-

citen en él los más variados problemas; pero pesando el mal y el bien, hay más motivo para estar altamente esperanzado de que será el heredero de Inglaterra en la civilización del mundo.

He venido á América animado de gran curiosidad; estoy sorprendido por la enormidad de sus conquistas materiales, políticas é intelectuales, si bien echo de menos nuestra pasión por lo bello, lo intelectual y el espíritu de familia.

Nada es tan necesario á este pueblo como ideales, porque la grandísima prosperidad y amor del dinero pueden desequilibrar fácilmente á esta democracia. Sus pensadores lo prevén, y por ello, de un lado á otro de la patria de Lincoln, se eleva el grito: «¡Excelsior!» Con nuestro pan de cada día debemos por fuerza absorber ideales para conservarnos puros, fuertes y nobles.

LA RELIGIÓN DEL ÁRBOL

La religión del árbol

Trescientos años ha, las naciones que hoy más admiramos, Inglaterra, Francia y Alemania, estaban cubiertas en su mayor parte de vastos bosques.

Los árboles que poblaban estos países no eran tan grandes como los de las alturas del Líbano; aun tenemos reminiscencias de ellos en los grandes robles.

Entre todos los árboles, este último era el más interesante por su resistencia á las violencias de la tempestad y al apolillamiento.

Nuestros antepasados, como lo habéis leído en la historia, eran rudos guerreros cuya ocupación primordial era la guerra y las artes que la alimentan; pero también para sus instintos guerreros llegó el día venturoso de trocar las lanzas y los sables en hachas para abatir los árboles en busca de madera. Con ella constru-

yeron los hogares donde habitar y gozar de los incomparables frutos de la paz.

Todas las sociedades de la tierra pasan por estas faces, y la nuestra, donde aun el espíritu marcial vibra tanto, está por entrar en una franca evolución hacia el amor de la estabilidad. Como á nuestros ascendientes, va invadiéndonos el deseo del reposo en hogares embellecidos por el arte, cada día más al alcance de los más modestos. Deseamos hogares iluminados por el florecimiento de un hondo espíritu de familia.

Pero esos hombres, hasta poco tiempo atrás bárbaros y violentos, se volvieron artistas, y aún las obras salidas de sus manos nos pasman de admiración. Hoy día no amamos el arte y la belleza como ellos la amaron. No se limitaban sus viviendas á refugios donde pernoctar. Trabajaban la madera traída de los bosque seculares, convirtiéndola á fuerza de ingenio y de profundo sentido de lo bello en hermosísimas casas. La humanidad ha ido sin duda más lejos en la aplicación de las leyes de la mecánica, mas en materia artística está estacionaria, si no ha retrogradado.

Este es el sentir de las personas pensadoras, á quienes atrae el arte sugestivo de los antiguos.

En estas ciudades y villas había seguridad,

relativa por lo menos, al fuego, pues no se usaba como en nuestros días. Era de práctica retirarse á descansar cuando la noche sobrevenía. La casa se tornaba entonces en sitio de descanso.

Estas gentes sencillas no poseían la fiebre moderna de leer novelas sensacionales á la luz de la lámpara, ni tampoco se inquietaban porque la casa no estaba alumbrada á *giorno* para alguna festividad nocturna. Sólo ardía una lumbre en la casa: el hogar, en cuyo derredor toda la familia se congregaba. Los miembros de una misma familia gustaban referirse los hechos del día.

Los constructores de estas viviendas eran hombres pensativos.

Tenían del hogar un concepto más elevado del que tenemos en esta época febril; él era casi un templo, una mansión serena y bella donde el corazón podía entregarse en verdad á los goces de la familia y la vista recrearse con objetos de arte.

La visión de lo hermoso produce en nosotros modalidades más suaves, actitudes más estéticas y un modo de ser contemplativo y elevado, que nos acerca á la vida superior.

Un paseo por Gaslar, en el Norte de Alemania, ó por el Sur de esa populosa confederación, donde está situado el viejo Nuremberg, ó atra-

vesando el Canal de la Mancha y penetrando en la ciudad arzobispal de Canterbury, en Chéster ó Ipswich, nos convencerá plenamente de que los antiguos eran muy reflexivos.

Construían los techos de sus casas muy altos, dándoles la forma de picos parecidos á las cimas de las montañas. Sobre éstos colocaban cuartitos comodísimos con amplias ventanas. Esos constructores amaban el aire y la luz alegradora.

No les bastaba horadar un agujero en la pared y convertirlo en ventana; construían balcones salientes con tres costados por donde entraba la luz, y con ella la alegría del vivir. La arquitectura modernísima ha vuelto á poner de moda esos balcones colgantes.

En muchas casas *art nouveau* de nuestra capital podemos observarlo. De tarde se sentarían allí para ver el movimiento diurno de las calles hasta la caída del día, cuando es más bello observar hasta los cielos con sus millones de estrellas.

Los habitantes de estos hogares eran compañeros de la Naturaleza.

Hallaban infinitos é interesantes placeres en todo lo hermoso que ella poseía en sus vastísimos dominios.

Ellos se esforzaron en esculpir guirnaldas

de flores tal cual las habían visto florecer en el flanco de las colinas y en los valles de su país.

Más en contacto con la Naturaleza ellos que nosotros, trasladaban á los objetos de arte sus obras caprichosas é ingeniosas. Así fué sugerido á los bellos griegos el más perfecto de los capiteles por la vista de las hojas de acanto, graciosamente agrupadas. Por vías parecidas llegaron á concebir los medioevales el arco gótico. Tomad una hoja de fresno y cortadla por la mitad; tendréis una forma que es el símil de la ojiva, forma siempre seductora cuando la vemos en las majestuosas catedrales ó en las portadas de las mansiones palaciegas.

Un estudioso muy amante de esta forma la encuentra de lo más hermosa, no porque sea la más fuerte, sino por ser su forma una de las más halladas en los trabajos de la Naturaleza y porque la deidad la ha señalado como una fuente de placer para la mente humana.

Si estos hombres hermoseaban sus *homes* amando á la Naturaleza y revelando ese amor por las bellas flores que esculpían en los frentes de sus construcciones, no amaban menos las Sagradas Escrituras, de las cuales los pueblos latinos no son lectores.

Acostumbraban grabar sobre las paredes de su hogar un libro abierto de lectura prove-

chosa, de esa lectura que algunos llaman alimento del alma.

La ciudad de Ipswich, en Inglaterra, es muy interesante por una casa de madera construída cuando este elemento primaba. Sobre sus paredes pueden verse figuras representando á los cuatro continentes conocidos en la época de su construcción. También se encuentran allí escenas del inmortal poema de Virgilio, el Homero de los romanos.

No contentos con perpetuar tan sólo en sus esculturas lo que veían en la fisonomía sugestiva de la Naturaleza y cuanto tenían por fehaciente en la palabra divina tal como la concebía su espíritu limitado, aparte de su aprecio por la literatura clásica, grababan sátiras revelando la agudeza de su crítica para los males de aquellos días sombríos. Una de ellas representa á un monje vestido de zorro, predicando á una congregación de gansos. El espíritu de penetrante observación de la Reforma estaba por hacer eclosión en aquella sociedad, cuyo único solaz legítimo era el arte y sus esplendores.

El encanto sencillo y plácido que comunica esta arquitectura de madera, consiste principalmente en sus relaciones íntimas con la inventiva humana que, echando mano del más común de los materiales, construyó con ellos

sus viviendas, adornándolas con esmero, sin más pretensión que el de ser originalísimo y personal.

Los habitantes de estas casas pensaban seriamente en las cosas que los rodeaban, y sintiendo por ellas mucha simpatía, buscaban imprimir en la madera formas semejantes. Cultivaban superlativamente el sentimiento de lo bello, manifestando su profundo sentir en estas moradas que el tiempo ha preservado de la decadencia, tan hermosas como en los antiguos días de gloriosa juventud. Á medida que el arte se aleja de su cuna, se torna más mecánico é impersonal. La obra artística es tanto más bella cuanto más presenta una manera personal de ser breve, un alma que ha sondeado hasta lo más hondo de sí para dar una novel interpretación de la sublime belleza.

Hacer arte es acercarse á aquel que al formar las hojas de los árboles queridos dióles hermosura y poder para sugerir al hombre las combinaciones más armónicas de las líneas y curvas. Nos alejamos de Dios por las acciones feas; los actos hermosos son también los buenos, y con ellos parécenos que, cual sucede en una leyenda del espíritu del mal, subimos por un momento á la región de la eterna vida.

LA VIDA DEL ESTUDIANTE Y LA MORAL

La vida del estudiante y la moral

Ensayo-conferencia

Señores estudiantes:

Invitado por vuestro esforzado decano, el doctor C. Maggiolo, para dar á ustedes una conferencia relacionada con la materia de la cual tengo el placentero honor de ser sustituto—he escogido como tema uno que acaso hallarán demasiado grave, pero que por otra parte es de carácter íntimo y estrechamente vinculado á los más caros afectos de mi corazón.

La moral tiende á volverse, en ciertos pueblos y en ciertos individuos, una ciencia puramente libresca, fuera de nuestro alcance; se la estudia como á un cadáver, sin el hondo soplo de amor, simpatía y amistad que intervienen en nuestras relaciones con los seres vivos.

¿Es cierto que el día de la moral ha concluído? ¿Es verdadero afirmar el progreso del

hombre sin ella? El tema es vasto, pero voy á limitarlo á la vida del estudiante en sus relaciones con ella.

El buen estudiante es un ser moral, digo más, intensamente moral. En los pueblos llamados latinos, hay en general una tendencia marcada á olvidar toda la grandeza y belleza del carácter, de la voluntad y de la energía moral. Lejos de mí el decir que no me admiren estas prendas admirables de la personalidad humana; pero lo que yo quiero decir con esto, es que no se les tiene en cuenta como en Inglaterra y en Estados Unidos, donde las cualidades morales son las que más prevalecen en el ánimo de la sociedad al juzgar al hombre. Nosotros tenemos en más la brillantez de un espíritu muy inteligente, la precocidad juvenil y la funesta disposición oratoria, á la cual debemos no pocas ligerezas históricas y calamidades nacionales.

Para ilustrar mi tesis no hallo nada mejor que referiros la vida de un colega vuestro, que vivió su vida de estudiante modelo en la patria de Wáshington y Horacio Mann.

Voy á contaros cómo él entendía el valor de la juventud, cómo para su temprana edad manifestó el más elevado de los heroísmos, sacrificar su vida en aras de otras; cómo los princi-

pios morales que le inculcaron en su bello hogar paterno subsistieron incólumes en las aulas universitarias, y por ello procedo á llamarle con toda verdad el estudiante héroe.

Vuestro hermano del Norte se llamaba Guillermo Lancáster Mc. Laughlil y cursaba sus estudios en la Universidad Wesley, Ohío. No he estado en Estados Unidos, donde á menudo vuela mi espíritu con el pensamiento, mas conozco mucho su cultura y sus altas instituciones de enseñanza superior por esos artistas de la palabra y de la idea que se llaman Paúl Bourget y Paúl Adam, é innumerables amigos é hijos de ese gran país. Sé que el aspecto de la Universidad de Hadwad es delicioso; sé que el terremoto que dió en tierra con la soberbia San Francisco, puso en ruinas la Universidad más grande y lujosa del mundo, legada á la ciudad por la millonaria Stafford en memoria de su esposo é hijo, y especialmente para recordar á este último, arrebatado á la santidad, á la nobleza y hermosura de la vida estudiantil en plena primavera promisora. Esa maravillosa joya de arquitectura ha pasado, mas no dudo por un momento que será construída más esplendorosamente, porque los grandes pueblos se distinguen por su amor al saber y la veneración con que rodean á los que lo dispensan.

Si visitarais las universidades inglesas, por largo tiempo vibraría vuestra imaginación al lado de lo que el filósofo Ruskin hubiera llamado con placer las Piedras de Oxford y de Cambridge. El polvo somnoliento de los siglos adorna aún el precioso decorado de esas ciudades reflejados en sí mismas y por cuya atmósfera vetusta se desliza la más plácida de las existencias universitarias.

Por largo rato podría seguir evocando la munificencia norteamericana á este respecto, mas me limitaré al país que más conozco y que más amo, por ser allí donde fuí más feliz cuando niño, joven y estudiante.

No es sin cierta angustiosa emoción como despierto los recuerdos dormidos de esa vieja Inglaterra, tan vital aún de energías para el bien, la verdad y lo bello moral. Es allí donde el saber ha sido rodeado de más poesía y majestad. Las ciudadelas del conocimiento son, sobre todo, Oxford y Cambridge, verdaderas colmenas de jóvenes estudiantes, cuyo objeto es el doble culto á la ciencia, al vigor y al desarrollo corporal. Como los griegos, siempre divinos, aman por igual al cuerpo y al espíritu. Platón parece haber repetido á sus organizadores su plan de vida y estudios, grabado en aquel consejo famoso que me veo precisado á citar, ¡es él tan

bello!: «Lo mismo que cuando tú erijes un templo para obligar al dios á delectarse, á frecuentarlo y á hacer de él su morada, tú ornas de manera superior el peristilo y todas las partes del monumento, desplegando todas las gracias de la arquitectura, así del mismo modo, si tú quieres que esa partecilla de lo divino, que es tu alma, habite larga y felizmente la envoltura de tu cuerpo, embellece ese cuerpo por la gimnasia, como el más glorioso templo de mármol.» La cita es acaso larga, pero ¿puede fatigarnos el oir lo que es hermoso y cierto?

Al ver á los estudiantes ingleses se percibe claramente que realizan el ideal antiguo: la manifestación del alma en un cuerpo, digna morada suya, proporcionada á ese huésped sutil que nos recuerda á cada paso ese código de que he hablado al principio, la moral. Oxford y Cambridge son, como Salamanca y el Cambridge de los Estados Unidos, ciudades puramente universitarias, donde además de la multitud de colegios con fueros universitarios antiquísimos, existen las casas de profesores y de los estudiantes, que generalmente viven con ellos, y las necesarias al comercio é industria local. Son ciudades tranquilas, de un pasado histórico, siempre relacionado con la expansión intelectual del país. El estudiante hace vida de tal y

únicamente, ¡tal es lo sugestivo del sitio! Las universidades están rodeadas de magníficos parques, y la ciudad se halla situada á orillas de un río pintoresco que, dividiéndose, como en Oxford, en varios brazos, serpentea por los fondos de muchas de las casas del saber. El árbol vive y crece allí como en la selva, su casa; los cisnes majestuosos se pasean tranquilos por el río y los arroyos contiguos, las fuentes murmuran en los patios académicos; el estilo gótico y el de los albores del Renacimiento domina en los edificios severos como la ciencia é imponentes como la verdad; cada colegio tiene su célebre biblioteca y capilla, donde el arte religioso ha meditado maravillas para edificar é incitar al recogimiento.

La Universidad está constituída por unos veinte colegios, cada cual con su edificio propio, rodeado de jardines y parques, de cuya belleza incomparable darán cuenta las personas que, como yo, los han visto. El culto á los árboles, á los verdes prados, á las flores, está llevado á su más perfecto desarrollo. Por los muros de los colegios trepan como en su casa la hiedra y la glycina; en los paseos al borde del río y arroyuelos, que son muy numerosos en esta comarca, crecen los árboles con una magnificencia que sobrepasan á los puentes y edifi-

cios. Desde más de seis siglos, este sitio, sin rival por la hermosura de su flora arborescente, ha sido el refugio predilecto de los estudiosos. Allí pasaron su juventud vigorosa los hombres que luego se hicieron célebres por su elocuencia en las Cámaras y su amor á la libertad sin violentar el derecho ajeno; los poetas y los literatos que han vertido en sus poesías el amor más vivo por la Naturaleza; los hombres de ciencia que han revolucionado el conocimiento.

En estos colegios campestres se hacen hombres, no libros, porque el estudio, lo más hermoso de la vida, se alterna con los ejercicios físicos que embellecen el cuerpo y reflejan salud, sin la cual la inteligencia no puede funcionar con claridad y energía.

Cuando visité Oxford era muy joven, y á pesar de ello no he podido olvidar lo bella que era la Naturaleza. Después he pensado que si los habitantes de Oxford eran inteligentes y sabios, se debía, en primer término, á su culto entusiasta por la vida de campo, sana, sencilla y tranquila. Rectores y profesores viven consagrados, como apóstoles de una religión, á la tarea de iluminar, porque enseñar es dar luz. Los profesores ancianos son muy queridos y venerados, y á todos se les respeta, ya por sus

vastos conocimientos, ora por su brillantez de exposición, ya por la belleza de su vida moral. En su mayor parte alcanzan reputación de sabios y autoridades en las materias á que se dedican, como un arquitecto á sus construcciones ó un comerciante á sus negocios, durante toda su vida. He oído muchas confesiones de estudiantes, he leído muchas memorias de esa época áurea, y puedo asegurar que la mayor parte de los estudiantes concluyen sus carreras pesarosos de abandonar á sus mejores amigos y al mejor hogar de su mente. Todos los hombres célebres hablan con amor y terneza de su pasaje por las queridas aulas, y esta aseveración es tanto más sentida cuanto que el estudiante ha cumplido con su deber, realizado, en una palabra, los principios de la moral. He pasado por toda esa digresión á fin de describir el ambiente en que se movió mi héroe, porque no es posible hacer la descripción de una batalla sin ocuparse de la topografía del terreno en que se libra.

Nuestro querido colega, pues profesores y educandos todos somos estudiantes en distintos grados, había pasado su infancia en la República Argentina, donde tanto héroe militar y civil ha visto la luz; sus padres eran norteamericanos, y como no lo ignoráis, ellos nunca olvidan

á su patria, y tienen razón para ello. Así que el niño hubo recibido la educación é instrucción primeras, le enviaron allá al Norte, al progresista país que les vió nacer y donde embellecieron su alma con la práctica de la virtud. Allí fué electo presidente de su clase á la edad de diez y ocho años, ganando los más altos honores en los exámenes de oratoria, también por esa época. Á estas distinciones se agregaron otras: fué promovido al grado de cadete por mérito durante tres veces consecutivas en el curso del mismo año.

Más tarde fué electo uno de los *once* atletas de la Universidad Wesley para ir á medirse con los seis grupos de otras tantas universidades, á fin de obtener uno de los más altos premios que se tributan en los juegos olímpicos de Norte América.

Guillermo Lancáster Mc. Laughlin tenía alma griega y corazón bondadoso; hubiera sido, en los tiempos heroicos, un discípulo del maestro de la belleza intelectual, Platón, porque reunía á un cuerpo fuerte, sano, bello, la inteligencia clara y la bondad ingénita y noble.

He visto su retrato, lo he contemplado con simpatía, casi con amor de hermano, y puedo declararlo: en las facciones romanas de su fisonomía franca había los rasgos de la volun-

tad y de esa frescura insuperable, de ese encanto sutil, de esa atracción que ejercen las idiosincrasias sinceras, bellas, las almas atentas al ideal y á la virtud.

Ante ella me inclino; no puedo expresar todo lo que sugiere, pero escucho á alguien hablar por mí, y extasiado oigo el elogio de Taine á los jóvenes que frecuentaban en Atenas la escuela de Sócrates y Platón: «El aspecto serio y calmoso, inmóvil como un ser que se deja vivir; la actitud es de una nobleza sorprendente; parece estar por encima de toda agitación (y qué cierto resuelta ello, sobre todo cuando sepamos toda la historia de esa pequeña vida). La cara no es más expresiva que el resto del cuerpo; el espectador no se siente atraído, como en las imágenes modernas, por el pensamiento de la frente, por lo apasionado de la mirada ó de los labios. Se contempla con sumo gusto esos pies ágiles y ese pecho robusto, tanto como esa fisonomía hermosa; uno experimenta tanta alegría en sentir ese cuerpo vivir, como en observar á ese espíritu pensar. La naturaleza humana no está en él, como en nosotros, desarrollada unilateralmente; está aún en equilibrio; gozan tanto con sus sensaciones como con su vida moral...

»Una vida tranquila se desarrolla silencio-

samente en ese espíritu en calma; él no razona, lentas imágenes pasan por él, como el cortejo de nubes sobre el luminoso azul del cielo. Pero que se observe atentamente el óvalo puro y altivo de esa faz y se verá que ese joven en reposo es un soldado de Pericles y un discípulo de Platón.»

La descripción es exacta; evoca con rasgo severo y preciso á nuestro héroe, y si un día algún artista se siente movido á perpetuarlo en el bronce, que no olvide esas líneas sugestivas, llenas de encanto, llenas de arte.

Guillermo Lancáster Mc. Laughlin estaba en vías de ser útil á su patria, y acaso á la lejana Argentina, su segundo hogar; ya se pronunciaban los contornos del talento en su personalidad naciente, cuando se encontró cara á cara con una de esas situaciones que cambian por completo el aspecto de la vida. Todos hallamos en el camino áspero é incierto del vivir, como Hércules, las dos vías del bien y del mal. Guillermo escogió la senda del bien, y vamos á ver cómo.

Su tío, el doctor F. W. Gonsaulus, de Chicago, iba á dar una conferencia en el teatro Iroquois, y pasando el joven estudiante por allí, se le ocurrió entrar para inspeccionar el enorme *auditorium* ó sala del teatro. Mientras se

hallaba allí surgió un pánico indescriptible, debido á un incendio que estalló despiadado. El teatro estaba lleno; la concurrencia, compuesta casi exclusivamente de mujeres y niños, pues se trataba de una matinée para los niños.

Pudo haber salido ileso, mas decidió regresar para asistir á otras personas que se sofocaban en los gases producidos por los escapes. ¿Podemos imaginarnos situación más angustiosa para ser resuelta por un joven lleno de vida, pletórico de salud, con un vasto horizonte de gloria y honores ante sí? ¡Ruda era la prueba á que se iba á someter esta juventud admirable! Su decisión fué la obra de un instante. Optó por la muerte, que en este caso podemos declarar gloriosa, sublime, ¡bien venida!

Se fué á la salida del segundo piso, frente á una ventana de la Facultad de Derecho de la Universidad de Northuwestern.

Hasta ese instante no ardía. Varios hombres le interceptaron el camino, anteponiéndose á las madres y niños que gritaban por salvarse. Trató de disuadirlos por la crueldad que cometían al quererse salvar ante el inmenso ejército de los débiles y desamparados. En la Universidad contigua procuraron unir las dos ventanas con planchas de madera. Después de un penoso trabajo, que costó la pérdida de algunas

vidas, se consiguió el objeto y con ello se estableció un puente. Al llegar aquí, un tipo bestial empujó groseramente á Guillermo, mandándole se retirara del camino. Prontamente devolvió un correctivo á ese monstruo, y se aprestó á pasar á diez y seis personas, pudiendo haber salvado su vida esas tantas veces.

Entretanto, el fuego se avecinaba furiosamente. Sin embargo, pudo proteger á una mujer que ardía, y luego se le vió á él mismo en llamas. En seguida se desplomó una escalera de acero, y con ella varias personas. El cuerpo del joven héroe fué hallado debajo de ocho cuerpos, siete de los cuales estaban inanimados. Medio moribundo fué llevado á una de las clases de la Universidad contigua, convertida en hospital. El médico quería aliviarlo de sus dolores terribles, pero respondia invariablemente: «Voy á morir; preste su atención á las mujeres y á los niños; voy á expirar y estoy pronto para ello.» Palabras conmovedoras que sacuden todas nuestras fibras humanitarias, palabras de un espíritu fuerte, de una presencia de ánimo que para hallarle su igual es menester recordar á los mártires cristianos y al anciano Bernard de Palissy, que prefirió la cárcel antes de renegar su fe en el Evangelio.

No todos estaban poseídos de esta tranquili-

dad: por doquier resonaban desgarradoras risas histéricas, los gritos, los sollozos, los lamentos, las imprecaciones y los ruegos.

Los cirujanos del hospital manifestaron el coraje y virilidad de Guillermo al sufrir las curas. Todo su pensamiento se concentraba en sus lejanos lares. Alguien le habló de la grandeza de su acción y sus consecuencias. Él se manifestó plenamente consciente de lo que había hecho, y al citarle esa persona estas palabras llenas de belleza heroica y piedad altísima: «Guillermito, tú no dijiste: «Padre, sálvame de este trance cruel», pero sí «Para esto llegué yo á esta circunstancia.» Sólo halló bien responder con sublime sencillez y concisión: «Sabía que seguía al Señor y no podía hacer otra cosa.»

Á su tío le dijo que algunos hombres alcanzaban su día de éxito á los sesenta, otros á los cuarenta, otros á los treinta, pero que él lo había hallado á los diez y nueve años.

Le tocó su lote y lo ganó, encontrándose por ello, según su propio decir, muy feliz.

Al ser preguntado si sufría mucho, dijo por toda respuesta: «No me encuentro tan confortablemente como otras veces.» Sólo podía verse del joven los ojos y la boca; lo demás estaba envuelto cuidadosamente en algodones. Su tío,

clérigo de la ciudad de Chicago, había predicado el domingo anterior sobre «El ministerio frente á la única gran oportunidad». Al verle por primera vez, después de su horrible accidente, le dijo: «Espero que haya sido mi ministerio; yo sé positivamente que esta ha sido mi única oportunidad.» Al observarle éste que si viviere cien años no encontraría una ocasión semejante de desplegar tanta grandeza de alma, respondió:

«Estoy contento de lo que he hecho; pero solamente siento por mi pobre madrecita.» Y aquí acaso su corazón estalló de emoción, y las lágrimas ahogaron sus palabras.

Ninguna frase que se le citó para confortarle le produjo tanto bienestar como ésta: «Él salvó á los demás, pero no pudo salvarse á sí mismo.»

Vivió veintiocho horas en pleno conocimiento hasta su último suspiro. Cuatro horas antes de dormirse en sus ideas religiosas recibió un telegrama de su padre, procedente de Buenos Aires, que decía:

«Cariños á Guillermito.» Este recuerdo le alegró sobremanera, y después de breves instantes se le oyó decir: «Mi padre y mi madre no hubiesen querido que obrase de otro modo.»

La ciencia se empeñó, como nunca, en defender á esa vida en su carrera vertiginosa ha-

cia la eternidad; mas todo fué en vano: expiró tan valientemente como Sidney ó Bayardo sobre el campo de batalla. Hagamos un paralelo entre la conducta de este joven estudiante que sacrificó su vida para salvar á los pequeños, á los débiles, y la de otros y aquellos que sólo pensando en sí mismos desprecian con su inconciencia á las jóvenes y á los niños.

Este hecho logró conmover á toda la nación norteamericana, y tal fué su influencia para edificar á las masas, que el profesor John H. Grove declaró que él era solo comparable con el hermoso fin del presidente Mc. Kinley.

El elogio de todos sus profesores fué elevado y tierno. Uno hallaba bueno decir que ninguno de los alumnos contaba con tantos amigos como él, calificándole de rayo de sol alegrador de cuanto encontraba á su paso; otro alaba su fisonomía siempre sonriente, su caballeresca respetuosidad y consideración, su dignidad y aspecto tranquilo, su espíritu pronto, investigador y celoso, sus elevadas aspiraciones morales y espirituales, su propósito deliberado de sacar todo lo más de sus cualidades, su interés encantador por los estudios y la aguda apreciación de las deferencias que le conquistaba su excepcional modo de ser. Su profesora de matemáticas, la eminente señorita Konantz, estima que

ningún acontecimiento de la Universidad conmovió más hondamente á los estudiantes. «Le queríamos—dice hermosamente—por la bella vida que siguió entre nosotros.»

Otro de los que le conocieron de cerca y le amaron por sus cualidades morales y su despejo intelectual, recuerda la lectura que hizo, en la clase de Historia de Inglaterra, de una de las más entusiastas arengas de Enrique V. Al pronunciar las grandiosas palabras del genial Shakespeare, su vida entera resonaba en ellas:

«Pero si fuera pecado el ambicionar honor, soy el alma viviente más pecadora.»

Así vivió y así se fué Guillermo Lancáster Mc. Laughlin. ¿No tenía yo razón en afirmar al empezar mi conferencia que el buen estudiante es un ser intensamente moral?

Esta vida, este ejemplo admirable, nos lo prueba y embellece singularmente el verdadero concepto en que debemos tener la época dispuesta por la Naturaleza, llamado para ocuparnos de ese encantador y placentero estudio.

Ahora que comprendo lo que el estudio significa, ahora que lo amo como la más preciosa ocupación de la existencia, desearía volver á la época de tierna juventud, y asevero con todo el corazón que mi héroe, mi modelo é ideal humano sería este joven Mc. Laughlin.

Para reverenciar su memoria, os invito á amarle como yo le amo desde hoy: levantémosle en nuestros nobles corazones un monumento por la práctica de las cualidades y de la abnegación, que le transformaron en un héroe de todos los tiempos.

No puedo terminar sin hacer de los padres de Guillermo el más alto elogio. Merecieron tal hijo, y si no escuchad estas palabras llenas de esa belleza tranquila y pura que es el *desideratum* del arte:

«Muchos han hablado de este joven valiente en el mismo tono cariñoso, pero aquellos que le quisieron entrañablemente no lo alaban con tanto exceso. Fué simplemente un cumplidor de su deber, y murió luego. Casi sus últimas palabras fueron: «No podía conducirme de otro modo», y aunque sus corazones estén oprimidos y destrozados, se alegran de lo que hizo. Hubo muchos héroes en el horrible incendio, sus nombres están escritos en el Libro de la Vida..Fué sencillamente uno de tantos, solamente que por cierto inescrutable misterio su abnegación, entre las escenas horripilantes de las llamas y de la muerte, fué observada por muchos que ahora dan testimonio de ello. Su padre, madre y hermanas le vieron cuatro meses antes cuando se despedía á bordo de un trasatlántico para re-

gresar á la Universidad, después de pasar cinco semanas de vacaciones en su lejano hogar argentino. Ellos le volverán á ver cuando el día amanezca y las sombras se disipen...»

¡Bien por el padre que puede escribir de esta manera á la muerte de su hijo! En estas líneas campea, así como un halo luminoso, la esperanza confortante del más allá, pero aquí detengámonos al borde del misterio, pues acaso no me acompañaréis en esta ascensión. Yo he sentido la divina paz. Experimento en toda su magnificencia las palabras de un gran psicólogo, que estudiáis en vuestro curso de Psicología, William James: «Podemos experimentar la unión con algo más vasto que nosotros mismos, y en esa unión hallar nuestra mayor tranquilidad.» Así habla ese filósofo honrado que vuestro querido profesor Carlos Vaz Ferreira en tanto estima.

No podéis imaginaros, queridos amigos, lo que el conocimiento de esta vida heroica ha influído últimamente en mi idiosincrasia. Me ha hecho pensar intensamente en que mi deber no está sólo en gozar de la vida, sino también en mejorarla en mi persona para transmitirla más buena á mis descendientes. El bien moral que el hombre hace á sí mismo, lo hace á toda la humanidad.

Guillermo Lancáster Mc. Launghlin ha levantado mi espíritu, entonando mi mente, vigorizando mi voluntad y robusteciendo mis aspiraciones.

Si otro tanto despierta un vosotros, no serán inútiles estas páginas sinceras, escritas por amor de Aquel que forma á la clase de jóvenes á la cual pertenece Guillermo. Su nombre es un mundo, su influencia sobre la raza humana incalculable: Jesús.

Bien venido sea este maestro de los maestros y el ejemplo de su joven discípulo en estos claustros de nuestra digna Universidad.

He dicho.

"LAUS VITÆ,,

"LAUS VITÆ,,

Ensayo sobre la belleza considerada como religión y finalidad en la vida

Al Sr. D. Francisco Sempere

Homenaje de gratitud y amistad sincera

He leído á Taine, á Renán; he escuchado con fervor religioso el *Lohengrin* de Wágner; oído á Massenet; viajado por Italia, la bella y soberbia; vivido en los sitios más poéticos de la noble Inglaterra; en Francia, nido de la dicha y de lo bello; he confundido mis ansias de lo infinito con la extensa visión de Cristo; he abrevado mi sed de saber en la fuente de las más finas filosofías y con la más exquisita poesía. Conozco el verde Océano; he visto el perfil de tres continentes; me han deslumbrado tiernos idilios; á menudo he contemplado extasiado el sereno cielo azul y el anchuroso mar. La noble amistad me ha hecho vibrar en lo más hondo.

He sido espectador y actor en el cruel drama de la vida, he palpado el auge, he orillado el malestar que la falta de dinero crea en derredor nuestro. He recorrido con mano enguantada toda la gama de la vida para hallar su nota dominante y eterna, la melodía que la embellece é ilumina. Belleza me han contestado todas las cosas, y desde entonces me he vuelto su adorador en la vida y en la muerte. En aquélla observo la luminosa ondulación del movimiento fecundo; en ésta la belleza del reposo aparente, porque morir es sólo prepararse á nacer más perfecto y elevado. Si pudiese manifestarse de alguna manera el alma de las cosas, exclamaría: *Belleza.*

Todo tiene su fondo bello, pero para percibirlo es menester refinarse. La belleza es el sello de artista genial en todos los seres. Somos su creación desde la flora que ondula en el fondo abismal del Océano hasta el tejido nervioso mejor organizado; su profunda beldad es nuestra inteligencia, nuestra piedad, nuestras ciudades, vibrantes de hermosura ó agigantadas por el esfuerzo; el hogar sereno; el héroe de las luchas, el genio descubridor; el talento su discípulo; los asimiladores sus súbditos. Y así, todas las cosas de la tierra harían eco á un himno á la belleza.

Bella también, y más bella que cualquier otra cosa, es la joven en quien la maternidad ha impreso su sello tierno y grave. En ese estado, las ideas de belleza no deben abandonar á la pareja humana, porque de ellas pende el destino de miles de seres. Sus ideas descansarán constantemente en lo bello, que es el aspecto de Dios en las cosas, fijando así con más fuerza esa imagen de la vida suma, inexpresa, silente, misteriosa y deslumbrante. Presente tendrán el pasado de Grecia y sus adolescentes bellos como las frentes de las altas cimas y luminosos como un día de sol.

La joven, por ser madre, conocerá los siglos de gloria, las épocas de vida intensa, los grandes hombres, los poéticos cuadros de Bouguereau, la gentil figura de *La Source* de Ingres, las melodías de Massenet, los misteriosos acordes de Grieg, los estados de alma del semidiós Wágner, las páginas sabiamente encantadoras de Guyau, la altiva poesía del pensativo Leconte de Lisle, la infinita fantasía de Shakespeare, la majestad y sereno ardor de Goethe, el optimismo de un soñador como Elíseo Reclús, el estilo soberbio y terso de un poeta de la prosa como Onésimo Reclús, las páginas sutiles de Mæterlinck, el ritmo sensitivo del heleno Schelley, el orgullo intelectual de un Gabriel d'Annunzio

que esforce la beldad de su amor por las cosas tenues y frágiles. La madre es el arquitecto de la belleza física y del esplendor espiritual. Á ella deberá el futuro sus triunfos más preclaros. Sólo en su seno la belleza humana puede dilatar su reino. Los seres hermosos serán también las mentes de pensamientos bellos y serenos. Si se trata de una joven alma de héroe con la sublime fisonomía de Apolo, su gesto de conquistador será bellísimo como el del corso audaz que se sentó en el trono desmantelado de los Borbones, resucitó el espíritu de Julio César con su pompa magnífica, y quiso para la Europa muda, bajo el amparo del águila, la República de Augusto.

Si el ser nacido de tan noble mujer se inclina al pensamiento, las facciones helénicas ocultarán al Superhombre, cuyo dominio sólo estriba en la fuerza de sus ideas, engarzadas en un estilo clarividente.

Si sigue el comercio, no será su tráfico puro comercialismo baladí, sino las grandes transacciones que cimentan la paz y progreso de los pueblos, engrandeciéndolos y procurándoles los ocios nobles que hicieron de la activa Atenas la capital del pensamiento y del arte, y hoy día al industrial París, donde la ley divina hace crecer junto á los más abominables vicios virtu-

des sin par; los pensamientos que promueven la acción fecunda y los que contribuyen á destruirla, enervándola. Si este ser bañado de luz se dedicara á la agricultura, con gravedad sacerdotal arrojará á la tierra bendita la semilla del dorado trigo y de todos los cereales que mantienen el vigor y perpetúan la hermosura y la salud entre los hombres. El alma de este agricultor será de las más puras y transparentes, porque vive más ensimismado en la soledad divinal y el silencio de los campos, frente á la naturaleza física, que nunca se oculta para él. Amará las flores con sus embriagadores perfumes y su estructura delicada.

Si abraza la carrera de arquitecto sabrá pasearse silencioso y meditabundo por el Foro romano, la Acrópolis de Atenas, las Pirámides de Egipto, Versalles, el castillo de Windsor, el de Cintra, en Portugal, y los palacios y jardines de Génova. Irá á inspirarse en los lares de Atenas; en las ruinas de Pompeya y en los palacios elegantes del Renacimiento francés, Fontainebleau, la casa de Francisco I, el Louvre incomparable; en el Panteón, donde yacen Voltaire, Pasteur y Berthelot; en los jardines del Luxemburgo, en el pequeño Trianon, en las góticas naves de Notre-Dame; en Florencia, Roma, Venecia, la soñadora, Nápoles, Pisa,

Bolonia, el imperial Berlín, Oxford, Windsor, la abadía de Wéstminster, la catedral de San Pablo, el Parlamento Británico, los parques de la gigantesca Londres, las ruinas sugerentes de Jerusalén, los esplendores de la arquitectura árabe, las pagodas de la India, todo ello constituirá el horizonte de su pensamiento artístico. En el pasado encontraremos el arte digno de sí mismo; nuestra época actual, tan contraria á la religión de la belleza, es mal ambiente para el artífice de obras inmortales. El pasado es en muchos sentidos lo hermoso; el futuro, que sólo depende de nosotros, será bello si lo deseamos con fuerza irresistible. La falta de amor por la belleza, en sus diversas y variadas manifestaciones, acusa carencia de nobles aspiraciones. El ser humano es el que logrará todas estas transformaciones: huelga hipnotizar en el protoplasma humano todas estas ideas. Esta aplicación de la estética á la moral, acabaría por transformar poco á poco este vasto campo que es aún el planeta, salpicado de extensos desiertos, poblado de multitudes ignorantes y miserables.

En el Asia inmensa, cinco veces tan grande como la ática Europa, habitan sociedades sometidas á la más infecunda pasividad. Los santuarios, otrora elocuentes, están mudos para estas

muchedumbres famélicas y casi mentalmente en la infancia. En África, el continente triste, reina la barbarie más absoluta; el negro no ha sobrepasado el estado más rudimentario. En la América latina, el alma se concentra en las ciudades populosas; solamente en ciertas zonas altamente civilizadas de Norte América y la Europa Occidental y Central es donde tan sólo ha surgido el medio ambiente en que puede aclimatarse una vida espiritual superior. Por esto, no valiendo simplemente las virtudes domésticas y civiles, sino el culto de todos los momentos á la belleza. Para realizar este fin, se someterán todos nuestros movimientos, todas nuestras acciones é ideas á la alta estética.

Belleza no es tan sólo las cosas que perciben nuestros ojos, son también los objetos suaves y tersos que palpamos, las armonías escuchadas, los olores saludables, cosas invisibles del mundo que empieza donde la palabra acaba y el pensamiento se hace vago. Una modalidad poco común, pero intensísima, de la emoción de lo bello, es la oración. Pocos perciben su íntimo sentido. Á pesar de la multitud de templos en honor de lo invisible, en muy pocos de ellos la oración adquiere los caracteres de la absoluta belleza.

Sin el ánimo tranquilo, la oración es sólo repetición de palabras sin sentido.

Conviene al que ora la relajación de sus músculos, el olvido progresivo de toda preocupación mundanal y la doble atmósfera que crean el silencio y la soledad. Luego pasamos á pensar en cuánto nos ha vigorizado la santa esperanza de mejorarnos, intelectualizarnos, de elevarnos en la senda de la perfección y del conocimiento. Primero nuestras ideas musicalizan un adagio, luego un andante y le sigue el coro luminoso de todas las bellezas que ha sembrado lo eterno en nuestra vida. Finalmente prorrumpe una sinfonía grandiosa, donde lo particular é individual se confunden en una suprema síntesis. Entonces el silencio absoluto reina. No somos más nosotros mismos, es ello la absoluta belleza que nos transmite su grandeza mediante una emoción de paz y de goce inefable... Hemos orado. Para acostumbrarnos á este ejercicio de pacificación interna, digamos á nuestra alma superior cuanto nos place de elevado y bello; á nuestro corazón, de tierno y noble; no acallemos un sentimiento bello, no dejemos sin realizar una idea benéfica. Comuniquemos al Logos, á la suprema razón de toda existencia, todos nuestros deseos en voz alta, como si los dijéramos al ser más amado. El deseo es como la semilla. Desear es trazar en el plano mental una casa hecha sin manos, pero

por ello no menos real. Toda causa se proyecta en efectos hasta la consumación de los siglos. Todo se cumple, y como nuestra alma es bella y constructora, es eterna; ella será con el tiempo el personaje de todos los dramas que plantea; moradora de cuantos palacios ó pocilgas se construya.

Laboremos por construir, construir, construir siempre con líneas más armónicas, con elementos más puros de la eterna belleza que lentamente va descubriendo su faz sublime.

Según este concepto, extrictamente psicológico, de la oración, ella se vuelve nuestro taller de construcciones mentales. Por ella nos iremos acercando con paso firme y delicioso al plan supremo de nuestro desenvolvimiento. Orar es otro vocablo para edificar. La oración ilumina, embellece, vigoriza, serena, nos vuelve más sabios y más hermosos.

En todo movimiento físico, mental ó espiritual asoma la sin par belleza, á condición de ser un ademán constructivo.

«Buscad y hallaréis», suena al través de los siglos la voz del gran profeta. Durante miles de centurias, en su nombre se sellaron las fuentes de la investigación, y justamente fué él quien las abrió, enseñando á la humanidad la manera honda de comunicar con su padre, que también

es el nuestro, prototipo de esa ideal belleza cuyo culto describe en estas páginas.

El silencio fué para ese espíritu oro de la más pura ley. Era en esos momentos que fluía hacia él esa inspiración sublime, que luego se transformaba en acción enérgica y perdurable.

Jesús pasó inadvertido por este mundo, taciturno como otros tantos espíritus creadores. Enamorado del silencio, amante de la meditación, dominaba los problemas de la intrincada realidad.

Así Buena Nueva, en que firma la belleza espiritual por sobre la física, semeja al Universo, océano inagotable de mundos, de soles, de sociedades infinitas, en quien la Belleza Divina quiere penetrar al través del dolor y la dicha.

Hay una región en que lo bueno, lo bello y la verdad se confunden. Esta religión va en pos de ese ideal.

FIN

INDICE

Págs

Carta-prólogo. V
Sobre el espíritu filosófico del autor. IX
Du Dictionaire International des Écrivains du Monde Latin. XIII
Datos biográficos del autor. XVII
Ensayo sobre las obras que la Casa Sempere ha publicado acerca del cristianismo. XXV

ESTUDIOS RELIGIOSOS

Dedicatoria. 59

Jesús y la admiración del mundo. 61
El testimonio de la juventud intelectual. 81
La juventud del profeta de Nazaret. 93
Reflexiones sobre la fe. 99
La juventud del cuerpo y del espíritu dada por Jesús. 103
Un filósofo moderno y el Evangelio. 109
El Evangelio y la poesía moderna. 117
¿Ha existido Cristo? 121
Jesús y la historia. 129
La trascendencia del Evangelio. 133
Ensayo sobre *Conversaciones tranquilas sobre el poder*. 141
Norte América.—Los elementos idealistas de la vida. 153

La religión del árbol. 171
La vida del estudiante y la moral. 181
Laus vitæ. 203

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

OBRAS PUBLICADAS

Ernesto HÆCKEL.—*Historia de la Creación de los seres según las leyes naturales.*—Obra ilustrada con grabados.—Dos tomos en 4.°

P. LANFREY.—*Historia política de los Papas.*—Traducción, prólogo y continuación hasta Pío X, por J. Ferrándiz.—Un tomo en 4.°

A. RENDA.—*El destino de las dinastías.* (La herencia morbosa en las Casas Reales).—Un tomo en 4.°

J. FOLA IGÚRBIDE.—*Revelaciones científicas que comprenden á todos los conocimientos humanos.*—Un tomo en 4.°

David-Federico STRAUSS.—*Nueva vida de Jesús.*—Traducción de José Ferrándiz.—Dos tomos en 4.°

P. J. PROUDHON.—*De la creación del orden en la humanidad ó principios de organización política.*—Un tomo en 4.°

José INGEGNIEROS.—*Histeria y Sugestión.* (Estudios de Psicología clínica.)—Un tomo en 4.°

José INGEGNIEROS.—*Simulación de la locura ante la Criminología, la Medicina Legal y la Psiquiatría.*—Un tomo en 4.°

Luis BÜCHNER.—*La vida psíquica de las bestias.*—Un tomo en 4.°

Augusto DIDE.—*El fin de las religiones.*—Un tomo en 4.°

Rafael ALTAMIRA.—*España en América.*—Un tomo en 4.°

Mi
Mi

A.